

Ultimo acto- Mario Carvajal de la Fuente

Mario Carvajal de la Fuente

Image not found.

Capítulo 1

1

La mañana era hermosa, el Sol brillaba a través de las nubes y el aire era fresco. El aroma a geosmina por la lluvia de la noche pasada recorría las calles. Un día perfecto para llevar al límite tú moral. John Digger desayunaba en un pequeño café al frente de un verde y acogedor parque. Leía el periódico, sección local, mientras mordía su gran y suave cruasán de jamón con queso. La noticia trataba sobre unos hombres que atracaron un banco, algo salió mal y todo termino en una gran balacera dejando dieciocho muertos con tres heridos. Bajo esa noticia, un artículo de un loco que mato a su esposa a golpes frente a su hijo. Ninguno de esos era el artículo principal, la primera plana estaba doblada junto a su café con leche y harta azúcar. Levanto la vista fuera del local, observo el parque. Una mujer de la tercera edad, de unos sesenta y tantos paseaba a su perro, un salchicha. Después de oler las raíces de un árbol, el perro agacho el culo y se dispuso a cagar. La mujer llevaba un periódico y una bolsa de plástico bajo el brazo, cuando el perro acabo de defecar, la anciana miro a su alrededor, no había ninguna persona que la observara, más que John. Tanto el perro como la mujer se quedaron contemplando la mierda. La anciana puso cara de asco y jalo al perro para seguir el recorrido, dejando la gracia del perro embarrada a medio camino. ¿Por qué dejarla ahí? Se suponía que el periódico y la bolsa eran para eso ¿acaso solo las llevaba para que todos pensarán que era limpia y responsable? Apariencias. Para John, todos somos actores, de alguna manera. Todas las mañanas, antes de salir de casa, nos miramos al espejo y nos ponemos una máscara invisible para que nadie nos vea, para que no se enteren de nuestra sombría verdad. Convivimos y reímos junto a personas que tratan que no veamos lo miserables que se sienten por tener un trabajo que odian. Volteo la cara y vio a la mesera, ella también tenía una máscara. Regalando falsas sonrisas y coqueteando con los clientes. No por que quiera o porque le agraden, sino para ampliar la propina y ganar un poco más de lo que gana con su horrible sueldo.

Miro de nuevo al parque, más adentro del camino donde paso la anciana, se veía una zona de juegos infantiles. Había niños alegres columpiándose, otros bajaban y subían por la resbaladilla, y otros que preferían correr junto a otros imaginando que escapaban de alguna tribu salvaje. Ellos no tenían su máscara, no tenían que utilizarlas todavía. Si veían a alguien gordo, lo decían; si veían a alguien con gustos raros, lo decían. Decían la verdad, lo que sentían. Si les daban una mala noticia, lloran o gritan enfadados. John extrañaba eso, cuando a él le dieron la peor noticia de su vida quería quebrarse a llorar, de abrazar a alguien, quería que su mama estuviera ahí acariciándole su cabello diciéndole que todo saldría bien. Pero si rompía a llorar y a pedir que viniera su fallecida madre, le dirían que aprovechara la vida al máximo las mismas personas que en las

borracheras semanales se quejaban todo el tiempo de su esposa y trabajo. Por eso se tragó toda su angustia, no tenía a nadie a quien decirle su noticia, nadie de esa confianza. Pensó en sus colegas de trabajo o algún vecino; tenía muchos vecinos amigables, pero después de decirles eso, todas las conversaciones iban a ser sobre eso. Y las hipocresías aumentarían, el chisme iba a correr y todos lo iban a ver con una falsa sonrisa y ojos de cachorro, hasta que sus ojos ya no abrieran nunca más y no pudiera saberlo. Alzo la mano para llamar la atención de la camarera.

-¿Qué puedo ofrecerle, Señor?- dijo la mesera sonriente. Con voz tan dulce como su aroma. -La cuenta- dijo John. - Enseguida. Camino apresurada a la caja. John le dio la última mordida a su cruasán acompañándolo de un gran sorbo del delicioso café. Se limpió las manos con una servilleta, acomodó su periódico y espero. Al minuto la mesera regreso dejando una pequeña cesta en la mesa con la cuenta y un dulce sabor café. John busco en su billetera y dejo caer un billete al interior de la pequeña cesta. Puso el periódico bajo el brazo, se levantó de su asiento y vio por última vez su lugar favorito para desayunar. Le hecho la última mirada a la mesera, era muy guapa, quizás demasiado guapa para ese trabajo. Le alegro la idea de que con ese trabajo podría estar pagando sus estudios, una chica linda e inteligente, no había nada mejor. Se echó a andar a la salida, dio unos pasos fuera del local.

-¡Señor! Regrese, olvido su cambio- grito la mesera. - ¡Es todo tuyo, Linda! -Muchas gracias, señor. Vuelva pronto.

John camino hacia su auto que estaba estacionado frente al café. No creyó posible volver. Antes de meterse al carro le hecho otra última mirada al negocio, también a Linda. Los iba a echar de menos a ambos. La mesera lo vio y lo despidió enérgicamente con la mano. Pensó que debió de haber aprovechado alguna vez para invitarla a salir, pero ya era tarde. Encendió el carro y se acomodó en el asiento dando un gran suspiro. Que mañana tan nostálgica, pensó. Pero tenía que continuar su día, tenía que aprovecharlo, después de todo, era su ultimo día.

2

Semanas antes. Después de una larga espera sobre la dura silla de plástico. La recepcionista lo hizo pasar a consulta. Le sonrió al tiempo que le indicaba donde tenía que ir, como si tener que visitar al médico fuera alentador. Semanas atrás, al notar que cosas como escribir o caminar se volvían más difíciles cada vez, se convenció de ir con el médico. Este le

hizo una serie de preguntas acerca de sus síntomas, John le dijo que había estado experimentando calambres, rigidez en los músculos y en ocasiones dificultad para hacer las tareas diarias. Charlaron durante una hora. Cuando terminaron, el doctor lo mando a hacer unos análisis y le dijo que se los mandara cuando los tuviera, él lo llamaría después para decirle el diagnostico.

No saber lo que puede pasar cuando la posibilidad de algo trágico es alta, es algo que no merece ser pasado. Se hizo los análisis. Sabía que tener que hacerse esos análisis no significaba nada bueno. Se esperaba algo malo, no lo peor. En los siguientes días todo giro en la llamada de teléfono, no le quitaba la mirada de encima. Salía del trabajo y corría a casa a ver si había algún mensaje en el contestador, después se quedaba en la sala hasta quedarse dormido esperando la bendita llamada. El teléfono nunca sonaba, lo cual no era raro, no había mucha gente que lo llamara. Tres días más tarde, John preparaba su especialidad, spaguetti a la boloñesa, no había paladar que después de probarlo no quisiera más. Ring- ring, el teléfono canto. Pego un salto en el cual casi tira la olla. Corrió al teléfono. En el camino tiro una maceta, tropezó con una mesita, y tiro una lámpara. Cogió el auricular mientras se deslizaba por el sofá. Apretó el botón verde.

-diga, habla John- dijo mientras recuperaba el aliento.

-John, buenas tardes. Soy Nancy, la recepcionista del doctor Torres. Tiene los resultados de tus pruebas, dice que vengas a su consultorio en cuanto puedas.

John cerró los ojos y pasó la mano por su cabello.

-Gracias, Nancy. Iré más tarde.

Coloco el teléfono en su lugar. No era nada bueno, ningún doctor te citaría para decirte que tienes una simple gripe. Tiene que ser algo malo y ese "malo" variaba entre lo infame y lo peor. ¿Qué sería? ¿Cáncer? Tal vez, era lo probable. ¿Y si lo fuera, que perdería? ¿Qué cambiaría? Con o sin él su vida seguiría siendo miserable, tal vez la enfermedad fuera una ayuda para acabar su melancolía.

-¿Quiero morir?- pregunto a su vacía sala.

Pensó que, quizá, la preocupación de una enfermedad terminal era una exageración. La mente humana tiene el instinto de esperar el peor escenario posible. La única manera de ponerle fin a toda esa incertidumbre seria visitar al médico. Pero lo haría en un par de horas, tenía que procrastinar un poco.

Despertó un par de horas después. Cepillo sus dientes, se puso unos viejos jeans y una camisa. Condujo hasta el consultorio del doctor Rodríguez. Al abrirse las puertas del elevador, se encontró en un pasillo lleno de consultorios, no había luz, y la poca que había, se filtraba a través de las ventanas entreabiertas, dando un ambiente oscuro y gris. Era como si el ambiente se adaptara a su estado de ánimo. Atravesó todo el pasillo y llegó a una sala de espera con harta luz, saludo a la recepcionista que metía unos papeles a un cajón de su escritorio y se acomodó en una silla. Al cabo de un rato, un anciano salió de uno de los consultorios, no se le veía bien, caminaba viendo al piso y sin expresión. El hombre le dijo algo a la secretaria y se fue. Pensó si saldría de ahí con la misma expresión que él. La mujer le indicó con la mano que pasara con el médico. Dudo antes de mover la perilla, saco aire y entro. El doctor se levantó de su sillón de cuero y estrecho la mano de John, le indicó que se sentara.

-¿Cómo has estado, John?

Las palabras le sentaron como si le pasaran un hielo por la espalda. Coño, ¿Por qué tenía que preguntar eso si el mismo medico sabia como se encontraba? John no respondió. El doctor iba a insistir con otra pregunta pero John hablo primero.

-Déjese de rodeos y dígame ya.

-Revise los resultados varias veces, y estoy más que seguro que se trata de esclerosis lateral amiotrofica.

El nombre no era agradable y menos con un doctor rodeando el tema.

-Solo dígame que es.

- es una enfermedad degenerativa. Pasa cuando las células motoneuronas disminuyen su funcionamiento y mueren. Cuando está en...

-No me interesa eso. Quiero saber en qué me va a afectar y si es curable.

El medico paso casi una hora explicándole las consecuencias de la enfermedad, le dijo que los síntomas solo eran el comienzo y, que con el tiempo, le esperaría una parálisis total, y lo peor de todo era que el desarrollo era irregular, así que no podría saber cuándo quedaría como vegetal. El doctor le recomendó medicamentos y tratamientos. Le dijo que era una época de grandes avances, que tuviera esperanza.

-La esperanza es como la fe doctor, un engaño.

Los dos callaron, el único ruido del cuarto era el sonido del aire

acondicionado.

-Es normal lo que sientes, John. Tienes todo el derecho de estar molesto.

John miro al doctor de abajo para arriba. Se levantó y fue a la puerta.

-Váyase a la mierda usted y sus cinco etapas del duelo- dijo mientras salía del consultorio dando un portazo.

3

Observo su reflejo en el retrovisor. Puso atención a como su rostro había cambiado con los años, tenía 44 años, los cachetes comenzaban a perder su firmeza y la frente ya no era tan lisa como antes, se veía más viejo. Estaba listo y también nervioso. Tenía que hacerlo hoy, no sabía cuánto tiempo le quedaba antes de terminar inútil en una silla de ruedas. Estiro el brazo y abrió la guantera, dentro estaba una 45mm automática junto con 3 cargadores. Tomo la pistola. Su vacilación se esfumo, la sensación que le causaba el arma era excitante, sentía que tenía el control sobre todo. No se le niega nada a un hombre armado. Volteo al café; bien hubiera podido hacerlo ahí, pero su fijación con la mesera era tanto que no quiso mancharla de sangre. Tenía que buscar otro lugar. Encendió el carro en busca del lugar ideal.

Después de vagar largo rato por la ciudad sin ningún rumbo, una gran construcción se revelo a lo lejos, no era cualquier edificio, sino el centro comercial más grande de la ciudad, seguramente era un buen lugar. Aparco el auto en el estacionamiento de la plaza, antes de apagarlo tomo la pistola de la guantera junto con sus 3 cargadores, puso su cartera en la bolsa trasera de su pantalón y los cargadores los puso en las bolsas de los lados de su chaqueta. Empuñar el arma le recordó cuando años atrás cada domingo practicaba su tiro en un establecimiento en las afueras de la ciudad. Era muy bueno, incluso gano un par de concursos, los instructores decían que era un natural y bromeaban acerca de que sería un pistolero espectacular, sin embargo, nunca había disparado en contra de una persona, tal vez hoy sería su primera vez. La primera vez. Eso lo emocionó, la posibilidad de matar a alguien, aunque también le preocupó. Debía de ser una sensación única en la vida. Se preguntó si esos pensamientos lo tenían todas las personas al tocar un arma. El poder de controlar la duración de otras vidas es algo muy seductor, John solo tenía que dejarse llevar, y era lo que iba a hacer.

Guardo la pistola en su chaqueta y salió del auto. Camino a la plaza, cruzándose con personas que iban y venían. La plaza se hacía más grande con cada pazo. Era domingo, seguramente había cientos de personas, lugares abiertos, policías, seguridad, muchos teléfonos y vías de escape. No era un lugar muy bueno. Debía de buscar algo más pequeño y cerrado, y fue cuando tuvo la epifanía. Justo al lado del estacionamiento, un

restaurante. El lugar ideal, pertenecía a una cadena de restaurantes que se esparcía en todo el país, el lugar perfecto para ir a comer un domingo por la mañana después de hacer las compras semanales, donde las típicas familias comen tranquilamente. Se dirigió allá. Espero que no hubiera niños, no quería arruinar su futuro implementándoles la violencia a tan corta edad, aunque seguro estar ahí sería justo lo que quieren. Irónico, sus padres dándoles discursos sobre no pelear ni recurrir a la violencia, y ese fin de semana lo llevan al cine a ver la película con más acción para no aburrirlo con un drama. Quizá una pequeña demostración de violencia les haría cambiar de parecer. John estaba a tan solo unos 20 pasos del restaurante, la pintura era de color café, los vidrios polarizados y solo había una entrada y salida para los clientes, la otra (donde dejaban los cargamentos) estaba detrás. Antes de empujar la puerta, un hombre fornido vestido de traje le abrió la puerta.

-Muy buenos días, señor, espero todo sea de su agrado, provecho- dijo el hombre con traje haciéndole una elegante reverencia como saludo. -Estoy seguro de que lo será.

El hombre del traje le señaló una mesa vacía y lo despidió deseándole provecho. El lugar no estaba muy lleno, pero había las suficientes personas para jugar, alrededor de veinticinco personas. Se sentó en la mesa del rincón, donde podía verlo todo. Se fijó que nadie lo viera, metió la mano en su chaqueta y palpo el mango de la pistola. Sentir el aire de superioridad se volvió una adicción. Un mesero se acercó. Saco la mano y lo saludo con una sonrisa.

-Buenos días- dijo el mesero, colocó el menú en la mesa y se retiró.

John hojeo el menú, estaba algo lleno pues ya había desayunado antes en el café, pero que carajo, si no iba a pagar por la comida. Se decidió por una hamburguesa con tocino, papas fritas y una soda. Le hizo una seña al mesero para que viniera y pidió la orden. Analizo todo el lugar, grabándose a la gente, los lugares, contándolos, esperando el momento perfecto, aunque podría ser cualquiera, solo tenía que levantarse y sacar el arma. Debía de tener cuidado con el sujeto que le abrió la puerta, en realidad era un guardia de seguridad, el único del restaurante, la suerte estaba de su lado. Junto a su mesa comía una pareja joven, a su lado habitaba un pequeño de 5 años, reían alegres, bromeando con su hijo, comenzaban su vida, a ganarse su lugar en el mundo. Verlos juntos y felices conmovió a John, su inocencia casi le saca las lágrimas, una familia guapa, de película, no quería perjudicarlos. Se levantó y fue a su mesa. Antes de que dijera algo la pareja volteo a ver al extraño que se les acerco.

-Disculpen. Deberían irse, esto se pondrá feo en minutos- dijo con tremenda seriedad. El hombre y la mujer se miraron las caras. No sabían

si temer o reír. Un loco, es lo que debieron de haber pensado.

-Se los advertí.

John volvió a su mesa. La pareja hablo en voz baja unos instantes, luego llamaron al mesero. Rato después el mismo mesero le trajo la hamburguesa a John, luego le dejo la cuenta a la familia. Estos dejaron un par de billetes y se levantaron. Antes de salir se voltearon y le lanzaron una mirada a nuestro protagonista, este les respondió despidiéndose con la mano. La familia salió aprisa. John termino su hamburguesa tiempo después. Tomo un poco de refresco y se levantó. No podía seguir aplazándolo, tenía que hacerlo ahora. Fue al baño.

-Puedo hacerlo- dijo mirándose al espejo. Lavó sus manos y se enjuago la cara. No había nadie más en el baño. Saco la pistola, le quito el seguro. Apunto a su reflejo del espejo.

-Bang- dijo mientras mataba a su yo del espejo con una bala invisible.

Cerro la puerta del baño tras de sí, no sin antes meterle seguro. La gente en el restaurante estaba metida en sus asuntos, nadie le prestaba atención a John, nadie veía la pistola en su mano derecha, no la ocultaba. Camino despacio al centro del lugar, fuera de sí, con una mirada nueva, ya no era el enfermo ni el melancólico viejo que conocimos, el antiguo John Digger murió en el baño. Vio a su alrededor, aun nadie se había dado cuenta. Eso lo alegro. Cada quien estaba en lo suyo, ajenos a las otras personas. Se escuchaba el ruido de los cubiertos chocar con los platos, gente carcajeando y masticando; se escuchaba el murmullo creciente típico de los restaurantes, los meseros iban y venían con platos y bandejas. Las personas hablaban a la vez, cada quien en su mundo. Un mesero servía limonada a una mesa. John alzo el brazo, apunto al techo con la pistola mirando al frente. Adiós al día familiar, que pasara lo que pasara. Disparo.

4

El sonido metálico de los utensilios callo, el murmullo de las personas se apagó al instante, el vaso de limonada que servía el mesero choco contra el piso haciéndose añicos y salpicando de agua sus piernas, unos reconocieron enseguida el sonido y se arrojaron pecho tierra buscando protección, otros agacharon la cabeza cubriéndola con ambos brazos, algunos fueron rápidos y se colaron debajo de las mesas. Nadie hablo. Del techo cayeron pequeñas partículas de polvo blanco donde la bala impacto. John bajo el brazo. El amable guardia de seguridad corrió hacia John, que

le daba la espalda. No dudo en desfundar su arma y apunto a John.

-Tire el arm...

John escucho los pasos del guardia acercarse a él, se volteo lo más rápido que pudo. El guardia quedo a dos metros de distancia, puso las dos manos en la pistola apuntando a John mientras este se volteaba. Quedaron apuntándose el uno al otro. John, al tenerlo de frente, no lo pensó más y disparo dos veces antes de que el otro pudiera reaccionar. Ambas balas dieron en el blanco, una dio en el estómago, la otra bala rozo la lateral del tronco. El fornido hombre tambaleo hacia atrás hasta chocar con la pared, se llevó la mano a la herida, donde la sangre no paraba de salir, tenía los ojos pelados. Se resbalo por la pared hasta caer de nalgas al piso, su pistola cayo lejos de él. John contemplo cómo se desmoronaba aquel hombre. El silencio prosiguió hasta que alguien grito segundos después.

-¿iqué has hecho!?- grito una señora con un tono tan agudo que desearías arrancarte las orejas. Su mesa estaba a escasos metros del guardia. John le tiro una mirada de soslayo. La mujer bajo la mirada y sus manos temblaron. Cerca de ahí había una pareja de adolescentes vestidos de blanco con sus mochilas recargadas en una silla.

-Ustedes- dijo John con autoridad.

La pareja lo miro con miedo.

-¿s-s-si?- dijo el chico. Sin verle a los ojos.

-Ustedes dos, ayúdenlo- dijo señalando al guardia-. Parece estar sangrando demasiado-.

Ambos se vieron entre sí, confundidos.

-Apresúrense, ¿o quieren terminar como él?

Les apunto con el arma. Los chicos se levantaron y caminaron apresurados hacia el guardia. Claramente eran estudiantes de medicina. Hicieron lo que pudieron. La demás gente no se había movido de sus lugares desde el disparo. Lo raro para a John era que nadie había salido corriendo desesperadamente después de que disparara. Camino donde la señora que había gritado tiempo atrás. Subió a su mesa y dio el mensaje.

-Quiero que todos se levanten de sus lugares muy despacio. Vayan hacia atrás- señalo el rincón donde comió antes-. Y mientras hacen eso, ustedes- señalo a tres personas-. Quiten las mesas de en medio. Rápido,

o los chicos mueren-apunto a la pareja que auxiliaba al guardia.

Todos obedecieron las órdenes, quitaron las mesas de en medio y las apilaron a un costado, después fueron donde John había señalado. Cuando tienes un arma en tus manos todos se vuelven tus mascotas. John soltó una risita al comprender el poder que tenía sobre la gente. Se divertía. Bajo de la mesa de la señora y fue a la de los chicos. Tomo una mochila, la abrió y la sacudió hasta tirar todo lo que tenía dentro. Entre los rehenes había un niño, sostenía un juguete de spiderman en sus manos, no parpadeaba, parecía que le gustaba lo que pasaba. Su madre lo abrazaba con fuerza, temiendo por el niño y por ella. John lo vio y el niño le devolvió la mirada.

-Hey, chico. Acércate- dijo John. Lo llamaba con la mano que llevaba la pistola. Su madre lo abrazo con más fuerza y le susurró al oído.

-No te hagas del rogar, niño. Todo irá bien.

-No, no iras. Te quedaras aquí- dijo su madre. No le quitaba los brazos de encima. John le lanzo una mirada de enojo a la mujer. La madre vio la pistola y tembló, tomo a su hijo por los hombros y le susurro "ten cuidado". El niño asintió y camino hacia John. Se paró frente a él. John se agacho para quedar cara a cara con el niño.

-Tú serás mi cómplice- dijo sonriendo. El niño no respondió. -Me ayudaras con algunas cosas. Me ayudaras a que todo esto sea espectacular; si tenemos suerte, será como estar en una de las películas de acción que te gustan, sé que lo harás bien. El niño sonrió con timidez.

-¿Te gusta esto?- John abrió la palma de su mano y le mostro la pistola. El niño la vio atónito. Asintió con la cabeza sin quitarle los ojos de encima. El chico movió la mano para tocarla, John la aparto.

-Aun no, amiguito. Pero te prometo que si me ayudas hasta te podría dejar dispararla.

El niño sonrió de oreja a oreja.

-¿te gustaría ayudarme? -¡Sí! -Bien- John le dio la mochila-. Ahora lo que tienes que hacer es pasar por donde están todos pidiéndoles que pongan su celular, carteras y relojes en la mochila. Sobre todo los celulares, ¿entendiste? -Sí. -Entonces ve, cuando acabes me traes la mochila llena. - Entendido. Emm, una cosa más. -¿Que?- dijo John. -¿En serio si disparare?- -Solo si te portas bien. Incluso podría dejarte disparar a alguien- -¡Genial! -Sí, ahora ve a hacer lo que te dije.

La gente hablaba más fuerte mientras John hablaba con el niño. Disparo

al techo de nuevo. Callaron como la primera vez.

-No quiero ruido. Me pone tenso y cuando me pongo tenso, me da por disparar a la gente, como a ese- señalo al guardia-. Quiero que todos pongan su celular, cartera y relojes en la mochila. No se levanten, mi fiel asistente pasara por sus lugares.

En lo que el niño pasaba lugar por lugar recogiendo las cosas de los demás rehenes, John conto que habían 25 personas en todo el lugar, así que por lo menos debía de haber de 21 a 23 celulares. Observo a la pareja que atendía al guardia.

-¿Cómo se encuentra?- dijo John. -Pierde mucha sangre- dijo la chica-. La bala dio en el estómago, necesita atención médica urgente. Tenemos que sacarlo de aquí.

-De aquí no sale nadie. ¿Estudias medicina, cierto? ¡Demuéstralo!

Nadie lo noto. Cuando abatieron al guardia, su arma voló y cayo debajo de una silla junto a una de sus patas, no era fácil notarla pero era visible si te quedabas viendo esa parte. John fue el único que la vio, se sintió algo nervioso, alguno de los estudiantes podría verla y tratar de matarlo. John estaba lejos de la pistola, pensó que si se movía para recogerla se vería sospechoso y lo atacarían por la espalda o huirían. Observo al niño recogiendo los celulares, todos parecían estar cooperando, no había nadie que le opusiera resistencia, a menos por el momento. El niño termino de recaudar los celulares, sonriente por haber cumplido con su tarea. Camino hacia John sosteniendo la mochila en lo alto.

-Bien hecho- dijo John. Lo apremio acariciándole la cabeza. -Ahora quiero que vacíes la mochila cuidadosamente en la mesa y cuentes los celulares. Hazlo rápido.

-¡Sí!

Vació la mochila sobre la mesa, todas las carteras y celulares inundaron la mesa, había celulares de todo tipo, desde las últimas versiones del iPhone hasta celulares desechables.

-uno, dos, tres...

-Ya tienes el dinero de todos nosotros, déjanos ir...tienes ya una buena suma de dinero- dijo uno de los rehenes.

John busco la proveniencia de la voz, la localizo de inmediato. La persona que hablo era un joven en la veintena, cabello corto, guapo. John se sorprendió al notar que venía solo, era la imagen viva del cliché del chico bueno, ejemplo a seguir de hermanos menores y el sueño de las madres

con hijas fáciles con complejo hacia los chicos malos.

-Estúpido- dijo John, furioso, como si lo hubieran insultado-. Si quisiera el dinero ya me hubiera largado ¿no crees?

-Esto no es acerca del dinero. Quiere rehenes, ya los tiene, la pregunta es qué hará con nosotros- dijo otro hombre de la multitud Este se encontraba en los cincuenta y tantos-.Y por lo que veo, no tiene idea.

Esa fue la primera vez en todo el atraco que John sintió que perdía el control, solo un par de oraciones de ese sujeto bastaron para hacerlo sentir inseguro aun sosteniendo un arma. Decidió ignorarlo.

-Hey, niño, ¿Cuántos teléfonos hay?

-24 celulares, los conté varias veces, ¿ya puedo dispararle a alguien?

-Aun no. Anda, ve con tu madre.

El chico corrió a ella. Lo recibió con un gran abrazo.

El hombre tenía razón, no tenía idea de que era lo que iba a hacer con los rehenes, se pasó tanto tiempo armándose de valor para hacer algo así que no se detuvo a pensar que era lo que haría después, tenía que ocurrírsele algo rápido, no tenía tanto tiempo, la policía podría llegar en cualquier momento. Reflexiono un momento, en realidad no importaba que no supiera que hacer con los rehenes, porque ya eran sus rehenes. Sus opiniones no importaban, todos estaban a su merced, por primera vez en su vida sintió que esto era lo suyo, era su momento, era el único capaz de llevarlo a cabo. Era el rey de la monarquía y ellos eran su pueblo, podía hacer con ellos lo que se le diera la gana.

-¿ya tienes alguna idea de lo que harás?- dijo el hombre mayor.

-Quiero divertirme. Claro con ustedes, no quiero excluirlos. Vamos a jugar un rato, aunque no garantizo que todos saldrán con vida- Miro a la pareja que atendía al guardia, ya no podían hacer más-. Ustedes, vayan a sentarse con los demás.

Los chicos llegaron con los demás rehenes y se incorporaron.

-Ya que todos estamos reunidos- dijo con tono de padre de iglesia-. Antes de comenzar. Quiero que los que no piensen que van a poder soportar esto se levanten y den un paso al frente.

Cinco personas lo hicieron. La señora que grito cuando dispararon al guardia; dos hombres, uno era un mesero muy delgado con grandes gafas, el otro hombre era de unos 38 años, gordo, llevaba un traje de

marca, seguramente un hombre de negocios. Una mujer anciana y una hermosa joven rubia.

John les sonrió a cada una.

-Ustedes. Mis queridos voluntarios, les tengo una buena noticia... pueden irse.

Los cinco pusieron cara de asombro y alivio, los que permanecieron sentados se miraron entre sí. Otra persona se levantó.

-¿Qué crees que haces?-le dijo John.

-y-yo q-quiero salir de a-aquí tambi-e-en.

John se carcajeo.

-lo siento, chico. La oferta se acabó. Esos que ves ahí, serán lo afortunados- John le apunto, el sujeto se sentó a una velocidad increíble-.Cobarde- susurro John.

-Ustedes cinco podrán salir libremente. Pero antes tendrán que hacer algo, ya saben, para ganar su pase de salida- John tomo aire-. Escogerán a uno de ustedes. La persona elegida... morirá. Y los cuatro que sobren podrán seguir sus vidas como si esto nunca hubiera pasado, si es que pueden vivir con esto en su conciencia. Pero, si toman la estúpida decisión de no sacrificar a nadie y quedarse, lamentablemente debo decir que no podrán. Si no dicen quién será el sacrificado o si se les ocurre una pendeja idea... mueren los cinco. ¿Capisci?

5

John jamás pensó acabar así. Siquiera pensó que fuera a disparar en contra de alguien, pero lo hizo, sentía que después de derribar ese paradigma podía hacer lo que sea. No matar era una regla que se había impuesto a si mismo desde hace muchos años. Ahora, esa norma ya no tenía sentido, quería hacerlo, quería sentir sangre ajena en sus manos, el primitivo instinto que las personas con el paso de los años ocultan salió a la luz, deseaba matar, y ese día era uno perfecto. Sintió algo en las piernas, una pequeña debilidad, era la enfermedad, le recordaba que seguía ahí, esperando el momento para arrebatarse todo. Quería sentarse pero permaneció de pie, no iba a dejar que la enfermedad lo limitara. No

antes de cumplir sus objetivos.

¿¡Hacer que!? ¡no puedes hacer algo así!, ¡eso es inhumano!-dijeron personas del público.

-Mierda, ¿Quién se cree este tipo? ¡Está loco!- dijo una joven rehén. Sentada en el piso como los demás, a tres personas de estar pegada a la pared. Víctima de sus emociones, una lágrima resbalo por su mejilla.

-Tranquila, no dejes que tus emociones te dominen. Nosotros somos más, tenemos que ser pacientes, ya llegara el momento adecuado- dijo el rehén junto de ella (el mismo tipo que le dijo que ya tenía el dinero y le pregunto si los dejaría ir).

La joven lo miro, esperanzada.

-¿Qué? ¿Tienes un plan?

-No, pero hay que ser optimistas.

-No creo que el ser optimista vaya a hacer que no nos mate a todos.

-Lo sé, pero alguien debe de mantener esa mentalidad en medio del caos ¿no crees?

-No lo sé.

-A propósito, Dylan -Le tendió la mano.

-María- dijo María, le estrecho su mano. Después de sacudir sus manos voltearon al frente para no llamar atención de John con la plática.

-Esa fue una buena jugada- dijo el hombre que había hablado con anterioridad.

-Si no quieres terminar la jugada, mantente callado- dijo John.

-Una jugada terminada no marca el final del partido.

-¿Quién eres?- dijo John.

- Mi nombre es Rick, ¿Cuál es el tuyo?

John permaneció en silencio.

-Vamos, dinos. Creo que a todos nos interesa saber el nombre del hombre

que nos tiene prisioneros- dijo Rick.

-John- su voz fue débil. De alguna forma se sentía intimidado por aquel hombre, se sentía torpe, su sola presencia no lo dejaba avanzar. Pensó meterle una bala en la boca, pero eso lo mataría al instante. Tenía que sufrir, tenía que entender que el no poseía ningún control.

-Y ustedes, ¿ya decidieron?- dijo John. Refiriéndose a los cinco voluntarios.

Ninguno respondió. Se veían mutuamente pero nadie hablaba.

-¿Quién será el desafortunado?- dijo John-. Recuerden que si no deciden, los cinco morirán- sonrió, mostrando los dientes.

-El será- dijo el hombre de traje, señalando asustado al mesero-. El, el será.

El mesero lo miro, temblando.

- ¿ique!?- dijo el mesero alzando los brazos. -no, yo no... no, por favor, no- sacudía los brazos con fuerza con las palmas abiertas, estaba blanco como la leche, su cara era la pura expresión del miedo y desesperación. John le apunto. El asustado mesero se achico, metiendo sus hombros, se cubrió la cabeza con los brazos, sus lentes cayeron al suelo por el movimiento. No podía dejar de ver el cañón de la pistola. John estiro el brazo apuntando al mesero directo a la cabeza. El mesero sollozaba, su mundo se caía a pedazos.

-iBang!- grito John, doblo el brazo como si hubiera disparado.

Al escucharlo, el mesero dio un grito ahogado y cayo inconsciente al suelo. John no hizo ni dijo nada, solo se quedó viendo al hombre de traje, que evadió la mirada. La joven rubia fue en ayuda del mesero. Le dio unas palmadas en los cachetes. Poco a poco se incorporó. Al abrir los ojos, lo primero que vio fue el rostro angelical de la chica, por un segundo pensó que había muerto y despertado en el cielo. Después vio el techo y a las demás personas. Había despertado en el infierno. Se sentó y pasó las manos por su abdomen buscando una herida, afortunadamente no encontró ninguna.

-¿estás bien?- dijo la chica.

-s-si- dijo el mesero. No pudo evitar sonrojarse, nunca había visto a una chica tan hermosa para sus ojos.

-Una hora. Tienen una hora para decidirse- dijo John.

6

Los músculos le pesaban, pensó que iba a caer, apenas se pudo mantener de pie. Ir a sentarse sería una muestra de debilidad, pero, al carajo, él tenía un arma, quienquiera que se atreviera a hacer algo acabaría con un hoyo en la frente. Sin dar la espalda a los rehenes, John jalo una silla cerca de donde estaba, la acomodo enfrente de las personas y cómodamente tomo asiento.

-Tengo una pregunta- dijo Rick.

-¿Qué quieres?

-Quiero saber qué es lo que harás con los demás, ¿vas a matarnos?

-No, solo a ti. Voy a dejarte un hoyo en la frente.

Al levantarse, John tiro la silla por la rapidez en la que lo hizo. Apunto con las dos manos la frente de Rick. Este no hizo nada, ni siquiera se movió o dio una expresión que reflejara temor, estaba sentado mirando los ojos de John sin importarle que estuviesen a punto de matarlo. Su inexpressión enfureció a John. Apretó la pistola con fuerza y en el momento que iba a jalar el gatillo hubo un gran alboroto en el exterior.

-¿Qué coñ...

El sonido de las sirenas invadió toda la plaza. Las patrullas entraron abriéndose paso entre los demás autos y peatones, los policías bajaron de ellas y tomaron posición detrás de las puertas apuntando hacia el restaurante. Varias patrullas y camionetas se aparecieron segundos después.

-Mierda- dijo John. Al contemplar el asunto desde la ventana.

-Parece que te la hicieron buena- dijo Rick.

Bajo el arma. Se paró de puntas para tener una visión mejor. Habían rodeado el lugar, los policías tomaban posiciones estratégicas alrededor del restaurante.

-Te dije que había que ser optimistas, esto se acabó, pronto saldremos de aquí- dijo Dylan María lo volteo a ver emocionada y sonrió.

¿Cómo paso? Tome sus celulares, nadie ha salido de aquí. ¿iPor qué mierda la policía está aquí!? ¡Es demasiado pronto! Pensó John. Dejo de apuntar a Rick y miro de nuevo la ventana. Los policías no entraban, ellos sabían lo que pasaba dentro, sabían que si hacían algo tonto, John dispararía no a un policía, sino a un rehén. Lo cual lo hacía seguir teniendo el control de la situación. No faltaba mucho tiempo para que llegara el negociador. John tomo aire, y exhalo, después volvió a tomar asiento y estiro las piernas.

-Hacen mucho alboroto, ¿no creen?

Las caras de salvación de algunos cambiaron cuando John tomo esa posición cómoda, se dieron cuenta que seguían en la misma situación.

-Aún tienen que elegir, la hora sigue corriendo- dijo John.

Los cinco que se habían levantado hace un momento se sentaron sobre el piso, la anciana señalo una silla y luego vio a John, John le hizo un gesto de aprobación, la anciana jalo la silla y se sentó. Formaron un círculo y hablaron entre ellos.

-¿Qué haremos?- dijo la joven rubia.

-¿Algún voluntario?- dijo el hombre de traje.

-¿Por qué no te ofreces tú?- dijo el mesero, enfadado.

-¿Qué tal si lo dejamos a la suerte?- dijo la señora.

-No, no podemos jugar con las vidas, tenemos que llegar a un acuerdo entre todos- dijo la anciana.

-ieso es!

Todos miraron al hombre de traje.

-Tú serás la elegida, eres la más vieja de todos, puedes morir en cualquier momento. Ya viviste, ahora muere por nosotros.

-Eres un cerdo ¿Cómo puedes decir algo así?- dijo la señora.

-Tiene razón- dijo la anciana con su débil voz -. Yo ya viví lo suficiente, la vida ya no me da sorpresas, todo es igual.

-No, no diga eso, no lo haremos de esta manera. No aceptare eso, todos tenemos el mismo derecho de vivir- dijo la rubia.

-entonces ¿Cómo?- intervino la señora.

-¿Qué tal si empezamos diciendo nuestros nombres?

-Suena bien- dijo el mesero.

-Están locos, tenemos que elegir a uno sino nos mataran a los cinco iy ustedes quieren comenzar a formar lazos! La decisión tiene que ser fría, de este modo nadie saldrá afectado-dijo el de traje.

-Desde que ese maniático disparo, todos nos afectamos. Mi nombre es Marlene- dijo la señora.

-Aurora- dijo la anciana.

-Kevin- dijo el mesero.

-Daniela- dijo la rubia.

Todos miraron al gran hombre de traje.

-está bien, está bien-saco aire por la boca como cuando le dicen a alguien que haga un trabajo pesado.- Bob.

-Mucho gusto a todos- dijo Marlene.

Rick seguía viendo a John. Este no le quiso tomar importancia y se puso a jugar con el arma. Algo andaba mal en Rick, no estaba asustado ni desconcertado como la mayoría, el permanecía sereno, sin ningún nerviosismo, su tono de voz denotaba confianza y no miedo.

Los cinco siguieron hablando, los demás rehenes tenían pláticas entre ellos, John permaneció sentado. Minutos más tarde, una melodía compuesta por un teclado y batería, salió de un teléfono. Todos guardaron silencio dejando que la música poseyera el lugar. El tono siguió y segundos más tarde callo. No pasaron ni tres segundos y volvió a sonar

-Niño, ven.

Obedeció y fue con John, gustoso.

-¿Qué pasa?- dijo el niño.

-Ve a la mesa de los celulares y tráeme el que suena. Apresúrate.

El niño corrió a la mesa, enseguida se percató del celular que sonaba, lo

tomo y lo llevo con John.

-Bien hecho, puedes irte a sentar.

-¿Ya podre disparar a alguien?

-oh, aun no, pero te lo estás ganando. Pronto lo harás.

-Está bien- El niño bajo la cara-. Pronto será- Y fue con su madre.

El celular ya había dejado de sonar, pero John intuía la próxima llamada. Y así fue. John vio que el número no estaba registrado en el teléfono, el número era privado. Pulso el botón verde. No dijo nada, espero a que la otra voz hablara.

-Mi nombre es Frederick Reynolds. Soy el negociador de la policía. Me gustaría ayudar- dijo la voz al otro lado del teléfono.

-ya se había tardado oficial, pa...

-¿me estaba esperando?- intervino el oficial-. ¿Quieres rendirte?

-¿rendirme? ¿Por qué quería rendirme? Oficial, ¿está de coña?

-Si se rinde todo acabara en este momento, no habrá más sufrimiento. Sino...

-¿Y montar todo este espectáculo para nada?, no me venga con eso, oficial. Sus juegos pendejos no servirán conmigo.

-Esto no es un juego. Si sigue así, esto no tendrá un buen final. Usted puede detener esto.

-Podría, pero no lo hare. Aún queda mucho por hacer

-Le dejare pensar en esto un rato, hablare más tarde para saber su opinión.

El oficial colgó.

John se quedó mirando las teclas del móvil.

-Quiero saber- dijo en alto dirigiéndose a los rehenes-. ¿A quién pertenece este celular? Que el dueño se levante.

John alzo el teléfono para que todos lo vieran.

-Recuerden que con solo un vistazo a las imágenes puedo saber quién es el dueño, pero yo creo que todos los presentes somos honestos y no haría falta verificar ¿o me equivoco? Por cierto, si nadie se levanta, alguien al azar morirá- dijo John, esbozó una sonrisa en las últimas palabras.

Todos voltearon a verse entre sí, buscando al dueño con la mirada. Nadie sabía quién era, solo el dueño sabía. John se levantó del asiento y apuntó con su pistola, pasando el cañón entre varios rehenes.

-a la 1, a las 2, a las...-

Una mujer morena se levantó.

-Es mío- dijo. Oliendo la muerte.

-¿Cómo es que la policía supo que tenía que llamar a tu celular, si no hubo forma de comunicarse con ellos?

-yo... no. No lo sé.

La mujer se cubría el pecho con los brazos. Protegiendo su corazón.

-¿no lo sabes? Bueno, verifiquémoslo.

La mujer apretó los labios, su cara era una mueca de horror.

John busco en las llamadas. La última que había hecho había sido a las 8 de la mañana, así que no era posible que llamara a la policía.

-Nada en llamadas, veamos ahora en los mensajes.

Abrió la opción de mensajes, no había ninguno mandado a un número desconocido. Tal vez la policía llamo a ese número por que identificaron a la mujer, pero si así era, lo habían hecho muy rápido. Entonces vio el principio de un mensaje. "por favor lla...". Apretó un botón para entrar al mensaje, el destinatario era un tal Patricio. "por favor llama a la policía, dales mi numero si quieren comunicarse, estoy en el restaurant Bigsby. Diles que hay un loco con una pistola, es urgente".

-Así que pensaste que no me iba a dar cuenta, pensaste que era un idiota y te quisiste burlar de mi ¿no es así?

-No, no es así... yo...

-¿sabes que les pasa a los que me quieren ver la cara?

La mujer trago saliva. Dio un paso atrás. John le apunto.

-¿lo sabes?

7

Frederick Reynolds colgó el teléfono. Pensó que sería mejor dejarlo por un momento. El captor no parecía que fuera a matar a nadie, al menos por ahora. Reynolds había estado en muchos atracos con rehenes en su carrera, este no parecía ser diferente a los demás. Un sujeto inestable emocionalmente toma un arma y toma rehenes en algún lugar para tener la atención que nunca tuvo. También, para buscar ayuda. Reynolds había logrado con éxito terminar situaciones sin ningún herido, hacía que los captores se rindieran, incluso algunos le llegaron a agradecer, lograba que algunos criminales se identificaran con él, sin embargo, este no parecía ser el caso. Este captor buscaba algo más que atención, buscaba hacer algo, pero estaba seguro que ni él sabía que era. Hasta este momento el captor era como cualquier otro, de alguna forma todos eran iguales. Salió de la camioneta donde archivaban las conversaciones, no se podía apreciar bien el interior del restaurante, las ventanas estaban polarizadas. Otro agente más joven se acercó a él.

-Reynolds, ¿Qué tenemos aquí?

-Hasta ahora no hay mucho, un sujeto tomo el restaurante, creemos que tiene al menos de 20 a 25 rehenes.

-Un clásico. ¿Qué hacemos parados aquí? Lo que debemos hacer es entrar y sacarlo a jugos- saco su pistola.

-Nosotros no hacemos así las cosas, Carlos.

-¿Y cómo las hacemos? ¿Hablando con él acerca de su deseo por su madre hasta que salga llorando a abrazarte? Lo que debemos hacer es actuar, voy a entrar.

Señalo con su pistola al restaurant, camino en dirección hacia unos policías.

-Hey, chicos. Vamos a entrar, cúbranme- dijo Carlos.

Frederick fue hacia el apresuradamente, lo tomo por el hombro y le dio la vuelta.

-Ni se te ocurra hacerlo.

-Suéltame, procederé a mi manera.

-No lo harás, yo soy el encargado de esta operación, así que harás lo que te ordene ¿entendido?

Acercaron sus caras hasta que rozaron narices.

-Está bien capi, no tienes por qué ponerte así.

-No hagas pendejadas. Recuerda lo que paso la última vez por actuar imprudentemente.

-Y tú recuerda lo que paso por no hacer nada.

Carlos quito con desprecio la mano de Reynolds de su hombro. Lo vio y camino a otro lado dándole la espalda. Frederick lo vio marcharse. Le hablo a un policía cercano.

-Mantenle el ojo encima.

-Entendido señor.

El oficial fue tras él.

Frederick movió la cabeza en signo de desaprobación. Se escuchó un carro venir. Cuando Frederick se dio cuenta ya tenía dos camionetas de una televisora encima. El movimiento de la elise de un helicóptero se escuchó a lo lejos. Varios reporteros bajaron rápidamente de las camionetas, otros venían corriendo, cargando sus cámaras y micrófonos. Se acomodaron y tomaron fotos a todo el lugar. Una mujer muy bien vestida y maquillada se bajó de una furgoneta, un hombre con una cámara gigante la seguía. Se puso a unos metros de donde estaba Frederick. La toma de la cámara era la mujer y detrás se veía el restaurant.

-Estamos a unos metros de donde se puede apreciar el restaurant Bigsby. Un temible hombre armado con un arma de alto calibre ha tomado prisioneros a los civiles que se encontraban en paz hace tan solo minutos en el restaurante. Es terrible, no sabemos cómo vaya a terminar esto. Para alivio de todos, la policía ya está tomando medidas ¿Cómo le harán para liberar a esas pobres personas? – Dijo la reportera con la clásica voz de presentadora de televisión-. Sígueme- El sujeto de la cámara siguió sus pasos.

Se acercó al agente. Frederick estaba con los brazos cruzados viendo hacia el restaurante simulando no haberse dado cuenta de los periodistas.

-Señor oficial, ¿Qué opina de todo esto? ¿Qué harán para contrarrestar la situación?

John volteo a ver a la reportera sin moverse. Volteo a ver al restaurante.

-Ahora no.

La presentadora no pareció escucharle y acerco el micrófono a la cara de Frederick. Este se movió hacia la cámara.

-¡sin comentarios!

Le dio un manotazo a la cámara y el encargado de ella hizo la lucha para mantener el equilibrio. La reportera se acercó a John y cuando estaba a punto de escupirle un insulto, se escuchó un fuerte ruido que duro menos de un segundo. Un disparo. Todas las miradas fueron al restaurante.

-¿Qué has hecho?- dijo Reynolds.

8

-¡no lo hagas!

Un hombre se levantó de golpe. Se paró firme pero sus brazos temblaban. John retiro el dedo del gatillo, aunque no dejo de apuntar a la mujer.

-¿Por qué no?- dijo John, viendo a la mujer.

-Por qué no es correcto.

-¿Por qué?

-Porque es malo.

-¿y es malo por?

...

-Porque...porque... le estarías quitando todo lo que tiene y podría tener una persona.

-No es mala respuesta, ¿y si ella fuera una mala persona?... matar es malo, pero lo que haría sería matar a una persona mala ¿eso no lo hace una buena acción?

El sujeto permaneció callado. Todo lo demás seguía igual.

-No la mates- dijo.

-Y volvemos a lo mismo. Entonces te mato a ti.

El sujeto se estremeció.

-Nunca dije eso- dijo encogiéndose de hombros.

-¿entonces por qué te levantaste?

-yo... no lo sé... para impedir que la mataras- dijo. Lo último lo dijo con seguridad.

John movió su mano. Ahora era el hombre quien estaba siendo apuntado.

El tipo dio un paso atrás. Las personas de su alrededor se movieron.

-¿Qué planeabas hacer cuando te levantaste?

-¡Solo quería impedir su muerte!- dijo casi llorando.

-¿Y cómo lo vas a hacer?

...

-Si quieres salvarla de la muerte, tendrás que sacrificarte.

El sujeto trago saliva. Su fin se acercaba. Pensaba, pero no encontraba las palabras correctas para parar a John, no encontraba manera. Si él se sacrificaba moriría, sino se sacrificaba moriría la otra mujer. En cualquier caso, alguien tendría que morir. ¿Sería capaz de morir por una persona que ni siquiera conoce? Él no quería morir, pero tenía un impulso que decía que se arrojara a la bala. Él podría tener razón, pensó. Qué tal si la mujer es una mala persona, yo no conozco nada de ella. ¿Qué tal si ella está sonriendo por dentro al saber que no va a morir por que le estoy salvando la vida?

John miro a la mujer, estaba con una mano tocándose la barbilla y con la otra se tocaba el brazo, los ojos del otro sujeto veían el piso, preocupados.

-¡Ya basta!- dijo Dylan. Se levantó de golpe al ver la injusticia que se cometía.

-¿tu otra vez?-dijo John con desagrado- ¿Qué quieres?

-¡Quiero que pares! ¡Esto ya es suficiente, deja de jugar con nosotros!
¡Nadie de aquí te ha hecho nada!- dijo Dylan vociferando.

-Tienes razón, pero quiero desquitarme y alguien debe pagar.

Seguía apuntando al primer sujeto que se levantó.

-Eres un maldito lunático.

-Yo estoy seguro. Cuando entre aquí yo era quien había perdido la razón, pero conforme esto avanza siento que ustedes son los que están perdiendo la razón y yo en el que la tiene-

John se volvió hacia el pobre sujeto, sus piernas temblaban.

-¿Ya decidiste? Tú sabes que si no dices nada alguien va a morir de todos modos.

El sujeto se quedó viendo a John pero no dijo nada, tenía los ojos muy abiertos y las cejas hacia arriba arrugando su frente.

John sujeto la pistola con las dos manos apuntando a la mujer para hacer presión.

-Tienes que decidir ya, amigo. No puedo contener estas ganas, alguien tiene que morir ya.

-¡Espera no! ¡No lo hagas!

-¡Una!- dijo John gritando a todo pulmón- ¡idos!-. El lugar se llenó de los gritos de John. Todo corrió más aprisa. El sujeto levantado empezó a sudar descontroladamente. ¿Qué hago? ¿Qué hago? Pensó.

-¡tres...!

-¡No la mates! ¡Mátame a mí! ¡Detente!

John movió su arma hacia él.

-Como órdenes- dijo John. Disparo.

La bala salió del cañón recorriendo su travesía hasta enterrarse en lo profundo de su piel. Dio un grito ahogado y cayó. Las personas que estaban atrás de él se hicieron a un lado, dejándolo caer directo al piso. Grito de dolor, sus manos fueron por instinto al muslo. Acababa de morir, ¿pero si había muerto como sentía dolor? Abrió los ojos, el dolor se hizo

más fuerte. El dolor siempre nos recuerda que estamos vivos, que sentimos. Se inclinó y vio la herida, la sangre salía con agresividad. Volteo a ver a la mujer. Esta tenía la mirada clavada al frente. No lo veía, ni siquiera se atrevió a mirar al hombre que salvo su vida. Estaba parada haciendo el papel de un tercero.

-Te lo dije- dijo John.

-Tenías razón.

-Te dije que no valía la pena. A ella no le importó que dieras tu vida, lo único que quería ella era no morir, la verdadera injusticia la hizo ella.

John apunto otra vez al sujeto.

-¡NO, NOO!

-La primera solo fue para que abrieras los ojos. Aunque sea en el último momento. Recuerda que esta fue tu elección. Ahora muere.

El sujeto se arrastraba hacia atrás gritando que alguien lo ayudara. Nadie lo hizo.

John disparo el arma, la bala dio justo en el centro de su frente.

9

-¿Otro disparo?

-¿¡Qué coño está pasando ahí dentro!?- vocifero Reynolds.

Reynolds golpeo el cofre de una patrulla. Todo el mundo se movía, algunos desenfundaron armas y apuntaron al restaurante sin saber qué era lo que estaba pasando.

-Reynolds, itenemos que entrar ya! Ese loco va enserio- dijo Carlos.

-Lo sé, pero si actuamos ahora esto acabara peor.

-Si no actuamos, cuando entremos todos estarán muertos, hay que parar esto ya.

-Yo sé lo que hago.

-eso espero, Frederick.

-Oficial, solo unas palabras para el público- dijo la reportera.

-Váyase al diablo- dijo Reynolds.

El lugar se había llenado de reporteros y policías. "los reporteros van a arruinarlo todo" pensó. Le dio una señal a un policía para que cerrara la zona. No iba a permitir que la situación se saliera de control, en todos los atracos en los que había estado jamás se le salió de control de ninguno. Salvo uno.

Reynolds se dirigió a la camioneta donde hace un rato tuvo una conversación con John. Se dio la vuelta y subió por la parte trasera. Dentro de ella había tres sujetos, cada uno frente a una computadora, todos estaban tecleando furiosos.

-¿Tienen algo?- dijo Reynolds.

-si- dijo uno de los sujetos.- rastreamos las matrículas de los carros del estacionamiento, creo que lo encontramos.

-¿Cómo se llama?

-El principal sospechoso es John Digger, es el único que tiene una licencia de armas tipo B.

Saltaron a la pantalla información y una pequeña foto de John a un costado.

-Es el, estoy seguro.

-Pero señor, también hay otros sospechosos.

-Es el, créeme lo sé.

Algo le decía ese nombre a Frederick que tenía que ser él. Conocía ese nombre. Solo que no recordaba de dónde, pero un escalofrío recorrió su cuerpo cuando lo escucho. Carlos venia caminando apresurado hacia la camioneta.

-Ya forme a mi equipo, cuando des la orden entramos a patear culos.

-La orden la daré hasta que estemos seguros del bienestar de los rehenes.

Carlos se acercó a Reynolds.

-solo te diré una cosa, ese tipo no está bien. Quiere matar. ¿Vas a dejar que eso vuelva a pasar?

Carlos se fue.

Reynolds vio el teléfono. Supo que era tiempo de llamar otra vez, no tenía palabras preparadas pero pensó que se le ocurriría que decir cuando hablara con John. Quería saber de dónde venía esa inquietud por su nombre.

10

Carlos era un agente joven, subió con grandes pasos la escalera del éxito. Como policía ayudo a resolver decenas de casos, colaborando con alguna pista o ayudando a atrapar al criminal, siempre seguro, en el campo de acción no dudaba, aunque a menudo se dejaba llevar por sus impulsos. Ahora era un agente, tenía ocho meses siéndolo. Inmediatamente le asignaron trabajar con Frederick Reynolds, uno de los mejores agentes del estado. Carlos lo admiraba, como todos, quería ser un agente como el, salvo que no le agradaba una cosa de él, siempre quería acabar las cosas de forma pacífica ¿iCómo puedes hacer tratos de paz con psicópatas asesinos!? Eso no le cabía en la cabeza, no podía comprenderlo, aunque lo respetaba. Siempre que se hacía lo que Reynolds decía había éxito, todo acababa con el menor número de heridos o en su caso, sin heridos. Meses más tarde, de cuando se convirtió en agente y lo hicieron compañero de Frederick Reynolds tuvieron un importante caso. Dos sujetos, hermanos, tomaron un pequeño supermercado que quedaba en la esquina de una de las avenidas más grandes de la ciudad. Al gobernador de la ciudad se le conocía por hacer compras en locales pequeños, cuando hacia ese tipo de compras dejaba a sus guardaespaldas, iba con mínima protección. Los hermanos debieron planear el atraco desde semanas antes, cuando todo acabo confesaron que sabían todo de el: a qué hora se levantaba, dormía, hora y días en los que hacia las compras, cuando cagaba, cuando se cogía a su esposa, cuando la engañaba, etc. Sabían todo de él y él no sabía nada de ellos. El gobernador entro a la tienda sin saber lo que pasaría, ellos lo observaban desde la esquina frente del local, sabían que llegaría, solo lo esperaban. Llevaban puestas grandes chaquetas donde guardaban sus armas, sacaron sus respectivas pistolas, comprobaron que estuvieran cargadas y a armar la fiesta.

Uno tomo al gobernador apuntándole en la cabeza y gritando a toda la gente. Crearon el pánico en los demás. El otro hermano también grito, el dueño de la tienda en un intento por defender su propiedad trato de sacar una escopeta que tenía debajo de la caja registradora para situaciones como esta, al momento que la iba a alzar, uno de los secuestradores lo vio y sin siquiera tomarse un segundo para pensar, le vació 8 balas en el

pecho, la sangre lo salpico a él y a los alrededores, el dueño cayo hacia atrás sin siquiera saber cómo había terminado su vida, el color azul de su camisa se convirtió en un rojo oscuro. El asesino volteo y les grito a las personas que estaban allí, las personas horrorizadas se arrojaron al suelo. Alguien fuera de la tienda escucho todo lo que pasaba y llamo a la policía, porque se escucharon sirenas a lo lejos. La policía trato de entrar, pero eso solo significo dos rehenes muertos, los hermanos tenían todo controlado. Después de un rato los policías dejaron de insistir y llamaron a quien podría sacarlos de la situación: Frederick Reynolds.

Pasaron diez minutos para que llegara, la situación no había cambiado, los hermanos pedían que vaciaran todo el dinero de las cuentas bancarias del gobernador y se las entregaran en efectivo. Carlos llego segundos después que Frederick, más refuerzos llegaron a la escena, la manzana estaba totalmente rodeada por policías, los mejores agentes estaban allí, no era cualquier rehén, era el gobernador, como era una persona que "beneficia al pueblo" tenían que usar tácticas y recursos que no usarían para salvar a la gente común.

Reynolds tomo el mando de la operación, le dieron un megáfono y comenzó a hablar con los hermanos. Les ofrecía negociaciones pero estos no respondían a nada, tendría que hablarles de una forma más íntima, tomo un teléfono y marco al número del gobernador, segundos más tarde contestaron el teléfono.

-No aseguraremos el bienestar del gobernador hasta que nos entreguen el dinero- dijo el hermano que sujetaba al gobernador, Marcus.

-Mi nombre es Frederick Reynolds. Soy el negociador de la policía. Me gustaría ayudar- Siempre comenzaba sus negociaciones con esta frase.

-Y un carajo, iqueremos el dinero no a un puto negociador!

-Esto es lo que tendrán hasta el momento- hizo una pausa-. ¿desean rendirse?- dijo Reynolds. Esas eran sus frases de protocolo, siempre preguntaba a los criminales si deseaban rendirse, en muchos casos, cuando todo acababa, estos confesaban que si el negociador se los hubiera preguntado desde el principio estos se hubieran rendido inmediatamente. No siempre quieren negociar, muchos quieren que todo acabe cuanto antes.

El sujeto soltó una risa que se escuchó en todo el local.

-¿i rendirse!? ¿Rendirse? Primero muertos. No nos detendremos hasta tener lo que queremos.

Reynolds colgó. Tenía que pensar en algo rápido antes de que esos lunáticos comenzaran a lastimar a más gente. Seguir el protocolo no lo

llevaría a nada, de hecho, siempre que lo seguía no llegaba a nada. Muchas veces tenía que romper las reglas para salir adelante. Las normas y leyes están hechas para estancarnos y no dejarnos dar el siguiente paso, ellos lo llaman control, pero eso solo es un método más para que no respondamos, si no se siguieran, cada quien sería libre, y no se puede gobernar a las almas libres. Reynolds pensó en negociar con ellos. Decirles que les iban a llevar el dinero y que liberaran a los rehenes, luego hacer una emboscada y capturarlos. Formo a un grupo de gente y trazo el plan. Todos estuvieron de acuerdo, salvo Carlos. Decía que ellos no irían a caer en la trampa e iban a acabar matando a su gente, que lo mejor que habría que hacer era entrar sin pensarlo, tal vez arrojar gas lacrimógeno y entrar a la fuerza, pero había órdenes de no maltratar al querido gobernador en la operación, quería formar un grupo de hombres bien equipados y entrar a patearle el culo a los hermanitos, pero el gran Reynolds no cedió, el plan de Carlos era imprudente, había que hacer los cálculos y tratar de que nadie saliera herido. Reynolds decidió por seguir el plan original. A Carlos no le agrado la idea y acabaron discutiendo, se empujaron y cuando estaban a punto de comenzar a darse de golpes los detuvieron los demás policías. Carlos, enojado. No quería que lo despidieran por algo como eso así que se dio la media vuelta y se marchó.

Reynolds se acomodó el traje y le dijo a cada quien lo que debían hacer. Tomo el celular y marco de nuevo al número del gobernador.

-Tenemos lo que piden, liberen a los rehenes- dijo Reynolds, su voz se escuchaba fría, sin emociones.

-Primero el dinero, o le vuelo la cabeza a este infeliz- dijo el hermano, aun lo mantenía agarrado apuntándole a la cabeza. Su voz era frenética.

-Haremos un trato. Les llevaremos el dinero pero a cambio liberaran al gobernador y a los demás rehenes.

-Me parece justo.

Colgaron el teléfono.

-Hey, Martin, dicen que nos entregaran el dinero a cambio de rehenes- dijo el que sujetaba al gobernador.

Martin vaciaba la caja registradora, metió todo el dinero a los bolsillos de su chaqueta, cuando su hermano le hablo dejo de hacer lo que hacía y sonrió, Martin era un amante de la violencia y sabía que esto iba a ser un truco, así que debía demostrarles que no debían de jugar con ellos.

-¿Sabes qué significa esto verdad hermanito?

-¡Claro! más cadáveres adornando el suelo.

-¡Están locos! Déjenme ir, de todos modos acabaran muertos, ¿isaben con quien se están metiendo!?- dijo el gobernador.

El hermano de Martin volteo al gobernador y le golpeo con el mango de la pistola en la cara. El gobernador dio un giro de 180°, tambaleo y termino golpeándose en una estantería de latas de comida para animales, la mayoría de estas le cayeron al gobernador. La sangre salía de su boca y se escurría manchando su traje. El otro se acercó a él, lo tomo del traje y lo alzo hasta tenerlo ojo con ojo.

-¿icrees que me importa tu puto dinero!? Esto es solo para sacarte la mierda, estamos hartos de ser gobernados por pendejos como tú, eres una mierda de ser humano, no tienes derecho a existir- dijo. Le dio un cabezazo al gobernador rompiéndole la nariz, la frente le quedo salpicada de sangre, arrojó al gobernador a un lado como si fuera cualquier cosa.

-Oye Martin.

-Sí, Melvin.

-Hazme un favor, pásame la escopeta del hombre al que mataste hace un rato.

-Con gusto hermanito, solo no quieras hacer un alboroto en este momento, lo mejor está a punto de venir.

-No te preocupes, solo voy a calentar un poco.

Martin le arrojó la escopeta. Melvin la cacho con maestría. Se volvió hacia el gobernador que seguía tumbado en el piso, lo vio hacia abajo, como si fuera cualquier cosa, como si fuera una cucaracha y no uno de los hombres más importantes del país. El gobernador trato de moverse hacia atrás y apoyo una mano con una lata, que lo hizo resbalar. Melvin se detuvo cuando llegó al final de sus pies. Al gobernador le tembló la quijada cuando vio al hombre acercarse con la escopeta.

-¡No me mates por favor! Puedo hacerlos ricos, puedo hacer que este incidente no haya ocurrido, ien mi posición puede pasar lo que yo quiera que pase!

Melvin sujeto la escopeta por el tubo donde sale la bala. Al escuchar las palabras del gobernador, una furia recorrió su cuerpo, quería destruirlo, tenía que pagar por lo que les había hecho, pero sobre todo, tenía que sufrir, tenía que arrastrarlo a un dolor eterno del que ni la dosis más

grande de morfina pudiera liberarlo. Alzo la escopeta junto con sus brazos y la dejo caer con toda su fuerza y odio en la rodilla del gobernador. El mango del arma la destrozo, soltó un gran grito de dolor que se hizo más fuerte con el segundo golpe, Melvin se poseyó, siguió golpeando la misma rodilla por 30 segundos más, el gobernador gritaba suplicando por piedad, dejo de gritar en los últimos cinco segundos, cuando se desmalló, el pantalón se manchó de rojo, la rodilla estaba hinchada y morada, la parte inferior de la pierna se movió a una dirección a la cual era imposible moverla. Melvin paro cuando noto que se había desmallado, quizá se sobrepasó un poco, pero era hermoso verlo revolcarse en su mierda gimiendo de dolor, suplicando por la piedad que el no pudo dar. Los demás rehenes quedaron pasmados.

-¿Riqueza?- rio-. Eso solo lo buscan los idiotas, nosotros queremos venganza- dijo Melvin al cuerpo desmallado del gobernador. Cargo un gallo y lo escupió en su cara, la saliva cayo en la nariz escurriéndose por la punta y llegando a la boca que estaba entreabierta. A Melvin le pareció gracioso que estuviera tomando la saliva de alguien cualquiera, solo que su cara no esbozo una sonrisa, demostraba desprecio.

-Hermano, será mejor que te prepares, aquí viene la fiesta- dijo Martin. Un sujeto de la policía caminaba hacia el supermercado con dos maletines, atrás de él lo seguían sujetos armados, solo que a unos metros de distancia.

Martin saco una mini uzi 9mm de su chaqueta, quito el seguro y la escondió en la parte posterior del pantalón, Melvin arrojó la escopeta a la estantería y se puso a un costado de la puerta con su pistola en mano.

-Ustedes dos, párense- dijo Melvin a dos sujetos que estaban pecho tierra, se levantaron y les señalo que se pusieran junto a él. Martin se puso al otro lado de la puerta. El oficial se detuvo a dos metros de la puerta, puso los dos maletines en el suelo y dio un paso atrás. Reynolds tomo el megáfono.

-El dinero esta hay, liberen a los rehenes para darles los maletines.

-iTendrán que dejarlo en la puerta, cuando lo hagan sacaremos a los rehenes- grito Martin a todo pulmón. Reynolds le dio una señal para que dejara el maletín en la entrada, después les hizo una señal a los oficiales que iban detrás del primero.

El sujeto que llevaba los maletines caminaba lento, sentía el clásico vacío en el estómago cuando estas nervioso. Los policías se mantenían a unos metros de distancia. Reynolds los puso hay para que los hermanos creyeran que ellos iban a realizar la emboscada pero no era así, tenía un equipo especial caminando por la banqueta del negocio, ellos no podían

verlos por que llegaban lateralmente.

-Aquí está el dinero- dijo el policía. Dejo los maletines junto en la puerta.
-Ahora liberen a los rehenes.

Melvin le hizo una seña a su hermano con la cara. Martin asintió.

-Ustedes- se dirigió a los dos rehenes-. Lárguense de aquí- Los dos se sorprendieron cuando les dijeron que se fueran, se voltearon a ver y caminaron a la salida, dieron los primeros pasos cuando tuvieron que agacharse y cubrirse la cabeza por los disparos que se avecinaron.

Melvin asomó su cara por la entrada cubriéndose con la pared, disparo tres veces en el pecho al policía de los maletines, se desplomo sin saber cómo había terminado su vida. Los policías que andaban detrás sacaron sus armas, y sin dudarlo, comenzó el tiroteo. Vidrios, cartones, latas, productos de limpieza. Todo quedo arrasado por las balas, los demás rehenes corrieron a las paredes de la tienda, algunos recibieron balas perdidas, pero ninguno murió. Melvin se metió como rayo a la tienda; los dos rehenes que salieron se aventaron a un lado, tratando de esquivar las balas, pero solo uno lo logro, el otro tropezó con la banqueta, las balas lo dejaron identificable, la sangre voló por todos lados. Cuando cayó al suelo no era más que un cuerpo agujereado. Después de la primera ráfaga, los policías recargaron. Martin aprovecho para sacar la uzi y disparar como loco a todo lo que tuviera vida, movió su brazo de un lado a otro descargando toda la metralla, tres policías murieron y otros dos quedaron heridos, los otros dos tuvieron tiempo de arrojar y salvarse. El equipo especial se dirigía por la banqueta, querían, pero no podían interferir, eso podría arruinar el plan. Martin se metió de nuevo no sin antes percatarse que el equipo especial venia de su lado de la puerta, gracias al pedazo de un espejo que cayo cuando los otros policías dispararon. Le hizo una seña a su hermano.

-¿Qué pasa?

-Una emboscada vienen de mi lado, vigila al gobernador, yo puedo encargarme de ellos.

-¿iestas pendejo!? Es todo un equipo especial, ite mataran!

-Tranquilo, hermanito. Tengo todo bajo control. Anda, ve con el gobernador.

Melvin no tuvo más remedio que ir con él, ya había despertado. Estaba recargado en una pared, respiraba por la boca, la cara manchada de sangre, sus brazos caídos y su rodilla hinchada y morada, tenía la mirada perdida. Melvin le pateo despacio la rodilla. El gobernador soltó un quejido

y volvió en sí.

-No te estarás muriendo ¿o sí? Todavía queda mucho por hacer- dijo Melvin. El otro lo miro.

-¿No es suficiente? ¿Qué es lo que quieren de mí? Ni siquiera sé quiénes son ¿Por qué están haciendo esto?- dijo el gobernador, el dolor se escuchaba en cada palabra. Melvin se agacho, cogió al gobernador por el cuello de la camisa y lo aproximó a su cabeza.

-No, no nos conoces, pero nosotros si te conocemos. Sabemos lo que has hecho, engañaste a todos, engañaste a los medios pero a nosotros no, estamos aquí para reclamar, para cobrar venganza.

-¿Venganza? ¿De qué hablas?

-Marvin Carter... ¿recuerdas?

El gobernador se sorprendió cuando escucho aquel nombre. Hacía años que no le pasaba el nombre por la cabeza, la mentira se había convertido en verdad. Trago saliva, pelo los ojos y miro al suelo.

-Entonces... ¿sus hijos?

Martin estaba plantado en la ventana esperando al equipo, ya estaban a escasos metros del local.

-¡Melvin! busca un lugar para cubrirte.

Melvin se levantó, el gobernador lo vio con ojos de desconcierto, iba a decir algo pero Melvin no lo dejo, le disparo a su otra rodilla.

-No te muevas.

Martin saco un cartucho y cargo la uzi.

11

Melvin corrió a recargarse en la barra donde cobran los productos, se posiciono junto al cadáver de la persona que mato hace un rato, no se inmuto a verla, empujo las piernas del cuerpo, le estorbaban. Puso el dedo en el gatillo por si acaso, saco su cabeza para ver qué era lo que pasaba.

Martin vio por el espejo, ya era casi el momento. Dejo que se acercaran más, venían en fila india, un error fatal. Saco medio cuerpo sin pensarlo,

apretó el gatillo con furia mientras las balas recorrían el espacio entre él y los policías, el primer policía cayó, le dio de lleno en el torso, tuvo suerte, llevaba chaleco antibalas. Los demás policías se dispersaron, el que iba en segundo lugar se tiro al piso y disparo a ciegas hacia el local. Martin entro hábilmente sin dejar que las balas lo tocaran. Era el momento perfecto para la sorpresa, metió su mano al bolsillo de la chaqueta y saco un pequeño artefacto que se acomodaba perfecto en su mano, sonó un clic como si hubiera activado algo. Los policías seguían disparando pequeñas ráfagas, Martin se cubría en la entrada mientras que Melvin seguía junto al cadáver.

Martin respiro hondo, tenía que armarse de valor para salir al mar de balas, tenía que hacerlo rápido, antes de que llegaran más refuerzos, sujeto bien la granada y a la carga. Saco medio cuerpo de la cobertura y la lanzo al grupo de policías. No se quedó a ver donde cayó, salto al interior esperando la detonación. Dos segundos más tarde hubo gritos, los policías dejaron de disparar y fue cuando exploto la granada.

El artefacto rodo hasta quedar debajo de una patrulla, la explosión se expandió con el auto y el de junto; humo y polvo se elevaron del suelo, la entrada de la tienda cayó en pedazos, se podían ver las varillas de acero que sostenían la construcción, los escombros esparcidos por todas partes. Tres policías cerca de ahí se perdieron para siempre con el fuego, sus vidas se apagaron en un abrir y cerrar de ojos. El único policía que quedaba del equipo miro a sus compañeros caídos y en un acto de desesperación y valentía, cargo su arma y corrió gritando hacia el local donde Martin lo esperaba apuntándole con la uzi. El espartano policía corría entre escombros gritando para darse valor. Martin puso el dedo en el gatillo por menos de medio segundo, tiempo que vasto para acabar con los 36 años vividos de esa persona. Los dos equipos formados por Reynolds fueron acabados en menos de cinco minutos por dos hombres. Reynolds quedó perplejo. Sus hombres morían y el solo veía desde un lugar seguro. Se sentía miserable, el megáfono que sostenía termino hecho añicos en el piso mientras maldecía al por mayor, ahora era personal, quería a esos dos hijos de puta colgados de su escroto.

Melvin estaba tirado al lado del cadáver, se levantó y miro desde su lugar. El marco que sostenía la puerta corrediza de la entrada ya no estaba, el piso cubierto de vidrios y escombros provenientes de la calle, había humo que se dispersaba mientras pasaba el tiempo, lo que dificultaba identificar las cosas, los rehenes seguían en pecho tierra.

-Martin ¡Martin!- grito Melvin.

Agarro su pistola y salió de la estantería para buscarlo, siempre con el dedo en el gatillo, por supuesto.

-¡Martin, Martin!

No hubo respuesta, no quería hacerlo, pero tendría que ir a la entrada por él, aprovecharía el humo que todavía cubría lo suficiente, fue a buscar a su hermano. Ahí estaba, a un metro de la entrada tirado en el piso cubierto del polvo. Melvin lo sacudió y le dio golpes en los cachetes, no reaccionaba, vio de nuevo la entrada, nadie llegaba aun, tomo a su hermano y lo cargo sobre sus hombros, cogió la uzi. Avanzo caminando de espaldas, dejo a Martin junto al gobernador y se sentó a su lado, espero apuntando a la entrada.

Paso varios minutos así, el gobernador había despertado, pero permanecía callado e inmóvil, no quería llamar la atención, tenía miedo, seguía sin comprender lo que pasaba, hace tan solo unos minutos buscaba una botella de vino para la cena cuando ¡pum! Todo su mundo se desploma.

Lo raro para Melvin fue que nadie entraba, ningún policía. Estaban lejos de ellos, la policía de la ciudad tenía miedo, pensaba Melvin. Seguía concentrado en la entrada, no quería sorpresas. Todo era silencio. Martin despertó tosiendo, lo primero que vio fue la cara ensangrentada del gobernador junto, lo que lo hizo levantarse lo más rápido que pudo para ver lo que había pasado. Vio todos los destrozos que ocasiono la granada, sonrió. Cumplió su objetivo.

-Martin ¿estás bien?- dijo Melvin, se acercó a él y puso su mano en su hombro.

-Estoy bien ¿Qué paso después de la explosión?

-Volaste parte del edificio y mataste a unos cuantos policías.

-Genial. Hay que prepararnos, van a regresar con más fuerza.

Martin se paró, cogió su uzi y vio al gobernador.

-¿se está divirtiendo, gober?

No respondió.

Martin piso la rodilla disparada. El gobernador grito.

-¿se está divirtiendo, gober?

Los dos hermanos se juntaron para discutir.

-Ustedes...- dijo el gobernador-. Ustedes son los hijos de Marvin ¿cierto?

Los hermanos intercambiaron miradas y luego miraron al gobernador.

-Así es. Veo que ya te estás dando una idea- dijo Melvin, se acercó al gober-. Martin ¿Qué es lo que haremos con él?, no puedo aguantar más, necesito sacarle la mierda por los ojos- sus ojos estaban clavados en los del gobernador.

-Tranquilo, se paciente hermano, primero nos tienen que dar el dinero, después nos divertiremos con él. Las cosas buenas siempre tienen que esperar, así sentirás más placer al hacerlo.

-iya hemos esperado más de 10 años! Creo que ya es tiempo de cobrar- dijo Melvin. Con la punta de la pistola hizo presión en la rodilla del gobernador.

-iPara ya! iPara! iPor favor, te lo ruego, ya déjenme en paz!-

-¿Cómo tú la tuviste con nuestro padre?

-¿Su padre? Lo de su padre fue mala suerte.

Melvin lo golpeo en la cara, la cabeza del gobernador golpeo la pared.

-¿imala suerte dices!? Acabas de dar tu segundo paso al infierno.

-¿iQue quieren de mí!?- grito el gobernador

-Ya te lo dijimos: Venganza. Sabemos que mataste a Marvin, nuestro padre.

-iMarvin murió en un asalto!

-Claro, así como tú morirás en un atraco- dijo Martin.

-Sabemos que tú lo mandaste a matar, tres días antes de las elecciones el muere en un asalto, que casualidad. Pero sabemos que fue por tu causa, él tenía todas las de ganar y no se vendió a nadie, lo cual te puso furioso por que no iba a hacer lo que querías, no iba a seguir tu sistema ¿y qué hiciste tú? Matarlo por tu estúpida avaricia. Hemos hecho nuestra tarea ¿sabes?, sabemos todo lo que has robado, todas las peticiones que has ignorado, las veces que has engañado a tu esposa con prostitutas. Eres una basura, Ted, ¿Cómo puedes aguantarte a ti mismo?- dijo Melvin.

Reynolds estaba a punto de marcar al celular del gobernador cuando vio a lo lejos a Carlos con tres sujetos tras de sí escabulléndose hacia la tienda.

-Hermano, ¿escuchas eso?- dijo Melvin.

-Sí, vienen para acá.

Los dos checaron que sus armas estuvieran cargadas, les dijeron a los rehenes que se pusieran frente a ellos. Los colocaron en una hilera horizontal no muy lejos de la entrada, tomaron al gobernador y se fueron los tres al rincón más alejado.

-Si dicen dónde estamos, mueren- dijo Melvin a los rehenes, a ellos no les quedaba otra opción más que acatar las órdenes, hicieron lo que se les dijo. Parados todos como soldados, solo que con las piernas temblando. Martin tenía la uzi en su mano lista para dispararse mientras que Melvin tenía su 9mm. El equipo de Carlos estaba a un edificio de distancia, iban a entrar como lo había hecho el anterior equipo, pero esta vez iban a entrar disparando a discreción. Tomaron sus posiciones y esperaron la señal de Carlos que iba al frente de ellos.

Reynolds tomo su radio para darle advertencias a Carlos de que no hiciera nada estúpido, lo mejor sería regresar y negociar con ellos, todavía era posible. La radio de Carlos no paraba de recibir avisos de Reynolds, los dos primeros estaban bien, pero los demás eran ridículos, no comprendía que no iba a hacer lo que decía, Reynolds lo comenzaba a desesperar, llego al punto que no lo soporto más y arrojó la radio, que se destrozó con el impacto. Si quieres hacer lo que es correcto para ti, debes de asumir las consecuencias de ir contra de las reglas, ya que las reglas no están hechas para que pienses en hacer lo que tú crees que es correcto, pensó Carlos. El sistema te hace pensar hasta lo que es correcto gracias a los medios masivos, a Carlos esa idea le revolvía el estómago, pensaba que los ciudadanos normales no eran más que un rebaño de ovejas que eran dirigidas a un corral donde no iban a poder salir. Les dio una señal con la mano a los demás para que avanzaran, él iba de cabecera, al estar cerca de la entrada alzó el puño para que los demás se detuvieran. Había llegado la hora de acabar con todo esto.

Melvin y Martin fueron a esquinas separadas, el gobernador se quedó con Martin, se escondieron cada uno atrás de estanterías frente, lo cual haría que no los vieran y podrían atacar desde una buena cobertura. Los dos tenían el dedo bien puesto en el gatillo, Melvin se acostó apuntando a la entrada a través de las piernas de un rehén.

Carlos dio la orden de entrar, se levantó y trotó con el arma en sus manos, dos policías lo rebasaron. Se detuvo en la entrada cubriéndose con la pared, con un gesto les indicó a los otros entrar. Los demás corrieron y atravesaron la entrada, apuntaban en alto con sus metrallicas. Quedaron estupefactos al ver a los rehenes en línea horizontal cubriéndose con los brazos, algunos daban débiles gritos de desesperación. Bajaron sus armas de la impresión, pero las volvieron a

subir voltearon a todos lados buscando a los hermanos y al gobernador. Melvin no aguanto más y disparo a un policía, las balas se enterraron al chaleco, el policía cayo dando grandes bocanadas de aire, para que no localizaran a su hermano Martin disparo su uzi al otro policía. Inmediatamente Carlos asomo medio cuerpo y disparó su arma varias veces hacia el techo, así los hermanos dejarían de disparar para cubrirse, y así fue. Siguió disparando para que sacaran al policía caído del lugar, los rehenes seguían en su misma posición.

-Están en los rincones- dijo Carlos a los demás.

-¿iCómo los detenemos si están los civiles cubriéndolos!?- dijo un policía.

-Seamos rápidos.

Carlos se levantó y corrió dentro, los otros lo siguieron.

-iAl suelo!- dijo Carlos lo más fuerte que pudo y disparo a cualquier lugar, los demás policías hicieron lo mismo, soltaban pequeñas ráfagas, mientras estaba todo el alboroto Carlos buscaba en su lugar el sitio donde se escondían. Los rehenes se tiraron al piso.

-Parece que se les acabo su suerte. Juro que me encargare de que esta sea la última vez que vean la luz del Sol- dijo el gobernador al oído de Martin.

-Será mejor que permanezcas callado si no quieres aumentar tu dolor. Además esto aún no acaba.

Martin saco de la parte trasera del su pantalón otra uzi, le lanzo una mirada a su hermano que comprendió enseguida. Las balas no eran infinitas, los policías pronto tendrían que recargar las armas, y así fue, espero hasta que algunos policías vaciaran sus armas. Ahora era el momento, desde su cobertura disparo la uzi sin piedad a todas las direcciones, algunos policías cayeron heridos, otros muertos. Carlos se arrojó al piso, y disparo hacia Martin, disparo varias veces, entre las balas que lanzo, una dio al hombro de Martin, cayó al suelo arrojando una uzi, Carlos aprovecho esta apertura y corrió hacia el lugar donde se encontraba Martin. Melvin trato de matarlo, pero otros policías entraban y decidió mejor contenerlos. Lo primero que vio Carlos fue a un gobernador con las piernas hechas mierda, la nariz rota y el rostro cubierto de sangre, Martin estaba tirado al lado del gobernador, Carlos apunto hacia él y miro al gobernador.

-Esto quedara entre nosotros.

El gobernador intento decirle algo pero solo balbuceo. Carlos estaba a

punto de jalar el gatillo cuando vio el miedo en la mirada del gobernador.

-Ni lo intentes- dijo Melvin.

Disparo.

Carlos no pudo voltear lo suficientemente rápido, la bala le dio a un costado del torso. al momento del impacto disparo contra Melvin. Ambos cayeron al suelo, solo que Melvin seguía despierto, solo le hirió el brazo derecho. Como ya no había más disparos, los rehenes aprovecharon para salir despavoridos del lugar.

-Ah no, nadie se va de aquí.

Martin, que se había acabado de incorporar. Alzo su brazo y disparo contra todos los rehenes, creando una horda de cadáveres y salpicando chorros de sangre a todas partes.

-iHermano, hermano!

Martin fue corriendo al lugar de Melvin.

-Hermano, ¿estás bien?

-Sí, solo fue en el brazo. Estoy bien, puedo levantarme. Hay que terminar esto ya.

-Sí, cuanto antes.

Melvin se levantó y ambos caminaron a la par hacia el gobernador, pasaron junto al cuerpo de Carlos. Martin saco una navaja.

-Hola, gobernador- dijo Martin. Se abalanzo al gobernador y le corto un cacho de oreja. El gobernador grito.

-icállate!- dijo Martin, lo golpeo.

-Habrá que hacer esto rápido, hermano. No nos queda tiempo- dijo Melvin.

-Lo sé, empecemos a terminar la vida de este bastardo.

Paso la navaja ensangrentada a Melvin.

-Tu turno.

Melvin sonrió. Sostenía una navaja frente a la persona que más odiaba en el mundo ¿acaso se podría ser más feliz? En ese momento solo estaban el

gobernador, Martin y el, no había nadie más en el mundo.

-Martin, sujeta a Ted. Sujétalo bien.

Martin fue a sujetarlo. El gobernador ya no decía nada, no ponía resistencia, solo lloraba de forma patética. Melvin se agachó para ponerse a la altura del gobernador. Le enseñó la navaja y sonrió de oreja a oreja.

-Prometo que dolerá, mucho. Martin, sujétalo.

Puso sus manos en el botón del pantalón del gobernador, intentaba abrirlo. El gobernador hacía el esfuerzo para que no le bajaran los pantalones, lo cual fue inútil, no se puede poner resistencia con las dos piernas hechas pedazos. Llevaba boxers. Con mucho cuidado, Melvin hizo un corte para que se le salieran los huevos. Acercó un poco la navaja a ellos.

-Creo que ya sabe cómo va esto. ¿Sabes? Siempre he querido ver que hay dentro de ellos.

-No, no, ¡NO!, para- el gobernador rompió a llorar lo más que se podía llorar-. Para, ¡para, por favor!- su voz era un hilo. Melvin enterró la navaja en el testículo, el gobernador intentaba luchar pero Martin no lo dejó. Removió la navaja arrastrándola, reventando su huevo. El gobernador ya ni siquiera grito, se quedó con la mirada perdida. La sangre llenaba el piso muy rápido.

-Te luciste hermano, bien hecho- dijo Martin.

-Lo sé, estuvo perfecto.

Ambos chocaron sus manos, con la alegría como si hubieran ganado algún concurso.

-¡Carlos!

Los hermanos callaron, alguien entro al local.

-Lo siento amigo, pero tendremos que acabar esto rápido, pero no por eso dejara de ser doloroso- dijo Melvin.

Con la navaja le hizo una rápida tajada en la garganta, pero no lo suficientemente profunda para morir al instante, le hizo una en el que tendría que esperar a ver como se desangra sin poder gritar.

Reynolds miro el escenario sin bajar la guardia. La cantidad de cadáveres y sangre era asombrosa, no había manera de que dos personas hicieran todo eso. Todos muertos sin ser culpables de nada, solo por estar en el

lugar incorrecto, no se merecían esto, nadie se merecía eso. Empuño la pistola y apretó los dientes, camino lentamente donde había escuchado a alguien sollozar, ese rincón lo tapaba una estantería así que no podía ver a nadie. Todo se calló de pronto, sabía que ellos sabían que él estaba allí. Se arrepintió de haber gritado al ver a su compañero caído, pero no importaba, era mejor que supieran que estaba allí, así iban a ver a la persona que iba a acabar con sus miserables vidas. Con cautela se abrió paso entre los cadáveres, acercándose cada vez más a donde se hallaban los hermanos.

Martin tomó su uzi, la carga y salió disparando, pero para su sorpresa no vio a nadie, no había nadie ahí, al menos no lo veía. Volteo desesperado a su alrededor pero era inútil.

-¿Qué mierda?

-Aquí- dijo Reynolds.

Disparó dos veces contra el pecho de Martin. Cuando Reynolds escuchó los pasos de Martin se tiró al piso y puso un cadáver encima suyo, cuando Martin salió lo único que tuvo que hacer era permanecer quieto y disparar cuando fuera oportuno, y así fue.

Martin se tambaleó hacia atrás para luego caer, trató de forma inútil de detener el sangrado con sus manos.

-Martin, Martin.

Melvin fue hacia Martin sin importarle que Reynolds estuviera ahí. Puso las manos en el pecho de su hermano.

-Hermano, te pondrás bien, n-no es nada, esto no es nada-. Se dirigió a Reynolds. -¡eres un maldito, te mataré!

Melvin se paró de golpe apuntando a Reynolds, este reaccionó rápido y también alzó el arma. Los dos se apuntaban entre sí. Mirándose a los ojos.

-Mataste a mis compañeros- dijo Reynolds.

-tus líderes mataron a mi padre, y tu a mi hermano.

Ambos apretaron los dientes, sus dedos rozaban el gatillo. Alguien disparó. Era Carlos, que despertó y desde su lugar tumbado en el piso disparó a Melvin, Melvin al escuchar la explosión disparó a Reynolds, gracias a la bala que recibió, solo logró dar con la pierna de Reynolds. Este cayó de rodillas al piso, subió el arma y disparó a Melvin, le dio en un

ojo, murió al instante.

Reynolds reunió fuerzas y se levantó como pudo para acercarse a Carlos, luego cojeando a su lugar. Cuando escucho una risa maniaca. Se volvió y lo que vio fue a Martin riendo, en sus últimos momentos mientras lo apuntaba con la pistola de Melvin. Disparo a Reynolds. Este se derrumbó al piso sin poder hacer nada, en lo que caía quiso alzar la pistola pero no pudo, fue como si su cuerpo se hubiera desconectado.

Martin siguió riéndose hasta morir.

-¿quieres un motivo para reír?

Martin dejo de reír pero siguió con la sonrisa, viendo a Carlos, como lo apuntaba.

-Aquí esta- dijo Carlos. Le planto tres balas en la cabeza a Martin.

-Reynolds, ¿sigues vivo?

No hubo respuesta.

-Bueno, tomare eso como un tal vez. Esperemos que se acuerden de nosotros halla fuera. Usted tampoco muera gobernador.

Carlos dio un gran respiro sabiendo que todo había acabado por fin, segundos más tarde se desmayó.

Después de un rato, otro equipo de policías entro con paramédicos, recogieron a Reynolds y a Carlos que solo se habían desmayado por la pérdida de sangre, el gobernador seguía vivo también, por suerte. Estuvo hospitalizado hasta que murió, tres días después. Reynolds y Carlos tomaron un descanso del cuerpo de policías.

12

El sujeto jamás se volvería a mover. Murió con los ojos abiertos. John no supo si había comprendido la lección que le había acabado de dar, pero ya no había forma de comprobarlo, la sangre emanaba del hoyo que tenía en la frente, caía a los ojos y resbalaba por la nariz. La gente que había a su alrededor se alejó dejando al cadáver solo. La mujer morena seguía viendo al frente, no se movía, tenía la frente toda arrugada, un hombre acababa de dar la vida por ella y ni siquiera se inmuto a verlo, a ir a cerrarle los ojos, ni unas palabras, ni una lagrima. John no le quitaba la vista a la mujer. Por un momento quiso disparar a la mujer, pero no lo hizo, quería enseñarle una lección también a ella, y más importante, debía

de respetar la última voluntad del único hombre que tuvo los huevos para levantarse a impedir una muerte. De todos en el lugar, John aseguraba que nadie quería que ella muriera, todos seguramente se imaginaron levantándose como héroes a impedir su muerte, ¿pero cuantos lo hicieron realmente? Solo uno. John recordó una vez que leyó un artículo que decía que las personas en un accidente o cosas por el estilo querían ayudar pero siempre esperaban a que alguien más lo hiciera, esperaban una iniciativa.

-¡monstruo!- grito alguien.

-¡psicópata!

Y otros gritos más abuchearon a John. Pero cuando John mostro el arma, como por arte de magia, todos callaron, bajaron el nivel de voz hasta el murmullo, pero no hacia él, sino entre ellos. Se imaginaba lo que estarían diciendo, todos creían que era un psicópata, alguien que había perdido la razón, y tal vez tengan razón "pero yo soy el único de este lugar que se ha atrevido a hacer lo que realmente quería" pensó John, se sentía orgulloso por ello. Toda su vida hizo lo que su familia, la televisión, cine le habían dicho que hiciera y sintiera, pero nunca había hecho lo que de verdad quería, nunca había pensado por sí mismo fuera del paradigma. Desde esa mañana que se decidió tomar su pistola, todas las ideas que tenía sobre la vida fueron cambiando desde que despertó, se sentía más vivo que nunca. Cuando las personas saben que van a morir, es cuando viven. Esa es la triste realidad.

-¿Qué se siente?- dijo John a la mujer.

La mujer no respondió, solo se limitó a mirarlo.

-¿Qué se siente que hayan dado la vida por ti?

La mujer movió la cabeza y por primera vez, volteo a ver al cadáver. La sangre continuaba saliendo de su cráneo, solo que en menor cantidad. Una lagrima se asomó en los ojos de la mujer, pero no por que hubieran dado la vida por ella, sino porque ella pudo haber sido la que recibiera la bala y no el.

-No sientes nada, ¿verdad? Por eso las lágrimas- dijo John. La mujer solo lo miro, aunque la respuesta se veía en sus ojos.

-¿Por qué lloras? Todo salió como querías, lo lograste, sigues viva- John rio-. Te apuesto a que nunca en la vida te hubieras imaginado que pudieras llegar a ser tan fría. Pero no te preocupes, es normal que los humanos abandonen todos sus valores para poder vivir, solo fue tu instinto de supervivencia. Está demostrado que los humanos pueden hacer cosas terribles para seguir viviendo, aunque después, la mayoría

vive arrepentido.

La mujer siguió llorando, pero no respondió a John. Su mente era un coctel de emociones.

-Si no vas a decir nada. Siéntate- dijo John moviendo la pistola. La mujer lo hizo.

John tenía una verdadera acumulación de sentimientos y emociones, todo se estaba mezclando, ya no había bien ni mal, todo era neutral. Su Yin y Yang se habían fusionado. Pensamientos buenos y malos ya no tenían importancia. Solo importaban las acciones.

13

-Dijiste que esto acabaría pronto. Que podríamos estar tranquilos- dijo María.

-Me equivoque, parece que apenas está comenzando- dijo Dylan.

-¿Qué crees que hará después?

-No lo sé, no creo que ni el mismo lo sepa. Mierda, la policía parece no estar haciendo nada. María, hay que hacer un plan. Es un hombre contra todos nosotros. Si nos unimos podremos vencer.

-¿Cómo haremos eso? Cada quien está en sus asuntos, algunos siguen estáticos del susto.

-Uniéndonos, haciendo pasar la voz, cada quien le dirá el mensaje a la persona que tenga al lado, si alguien quiere comunicarse con alguien, tendrá que mandar el mensaje.

-¿Cómo jugar al teléfono descompuesto?

-Exacto, solo que aquí no tendrá que descomponerse.

-Entiendo. Primero hay que hacer que todos sepan esto.

-Claro- dijo Dylan.

¿Y cuál será el mensaje?

-Estoy en ello.

El mensaje tendría que ser algo claro y corto para que todos lo entendieran y pudieran pasar la voz. Algo sencillo. Lo que no se le había ocurrido a Dylan era que John podría darse cuenta de cómo se secretaban todos.

-Hey- le susurro María-. En mi bolso tengo papel y una pluma, podemos escribir el mensaje ahí.

-¿y qué pasa si lo nota?

-No creo que sea mala idea, de todos modos también es sospechoso que todos se estén secreteando entre sí.

-Creo que tienes razón, lo haremos así.

-Ok.

Sin hacer ruido, María paso el bolso frente a ella, un sujeto esbelto que estaba enfrente de ella la cubría perfectamente. De todos modos John estaba distraído hablando con la mujer. Sin que sonara el cierre, abrió su bolso y saco un pedazo de papel y la pluma, el bolso lo dejó abierto por si necesitaría algo del interior después.

-Listo, dime que escribir.

Dylan se quedó callado, en pose reflexiva, formulando el mensaje. Al cabo de unos segundos hablo.

-Si queremos salir de esta, no hay que esperar a la policía, si no unirnos y combatir. Hay que hacer un plan. Hablemos entre nosotros, susurrándonos. Tener comunicación. Pasa este papel a la persona que este a tu lado de la manera más discreta. Si eres el último tienes que regresar el papel a la persona que te lo dio, así hasta llegar a su escritor original- dijo Dylan mientras no le quitaba los ojos de encima a John.

-Lo bueno que iba a ser corto. Parece cadena de Facebook- dijo María.

-Cállate. El mensaje es entendible, dáselo al señor que tienes al hombre. Esperemos que funcione.

María paso el papel.

-Esperemos que nos llegue de vuelta.

-A todo esto. ¿Cuál será el plan?- dijo María.

-Cuando lo sepa, te lo diré. El plan se hará cuando todos estemos al tanto.

Persona a persona se pasaron el papel. Muy discretos. Era como si supieran de lo que se trataba. Uno lo tomaba, tomaba su tiempo para leerlo y otro más para pasarlo tratando de que John no se diera cuenta. El papel paso por todos menos por el grupo de voluntarios que estaban un poco apartados de todos discutiendo sobre quien sería la persona que moriría de ellos. Tampoco lo leyó el niño, su madre no se lo enseñó. De hecho, desde que regreso a ella después de la primera vez que John lo llamo. Supo que él había cambiado, que algo había despertado en él. Su vida iba a cambiar desde ahora. Se preguntaba qué pasaría con su bebe. Solo nueve años y está viendo en primera fila un espectáculo de locura y violencia pura. Y no solo viendo, sino que participando también.

John tomo asiento. Se puso en su típica pose de comodidad, se sentía cómodo, seguro, pero había un momento en el que no lo estaba. Cuando miraba a Rick, ese maldito bastardo parecía que había nacido para amargarle la vida. Lo volteo a ver y fue como si Rick estuviera esperando que lo volteara a ver. Se miraron fijamente a los ojos por un largo rato sin decir nada. Era un combate mental, el que quitara la vista primero perdía la confrontación mental. Cuando llevaban casi un minuto de verse, el celular sonó. El tono hizo que de nuevo todos en el lugar dejaran de susurrar. La mujer se estremeció y volteo a ver al cadáver. John dejo de mirar a Rick para atender la llamada. Sonrió al ver que era de un número privado. Apretó el botón verde.

-Frederick, amigo. Pensaba que ya no iba a oír tu voz. ¿Qué hay de nuevo?- dijo John en tono amigable.

-¿Sigues con eso? pensaba que con el tiempo que te di ibas a pensarte más las cosas. Te lo preguntare de nuevo ¿quieres rendirte?

-Otra vez con lo mismo, deberías de cambiar el guion de vez en cuando, haría menos aburrido hablar contigo, pero te seguiré el juego. No, no quiero rendirme, aun quiero volar cabezas- dijo jugueteando con la pistola.

-Está bien. Solo que pensé que una persona como tú. Lo que de verdad busca con todo esto es ayuda, querer salir del hoyo. Sabes, nosotros podemos ayudarte. Solo debes de pedirla.

-¿Ayuda? Nadie puede ayudarme agente. Pero quiero que hagas algo por mí.

...

-¿Qué?

-¡Quiero 10 pizzas!

-¿Pizzas?-

-¡Sí, señor! Pizzas. Extra grandes. Y no escatimes, quiero las mejores. La mitad que sean de pepperoni y la otra mitad isorpréndeme!

-¿pizzas? No te puedo dar eso.

-¿No? ¿No es eso lo que hacen los negociadores? ¿Negociar? Solo son diez pizzas, Frederick. Que los impuestos inviten.

-Te daré las pizzas. A cambio liberaras a cinco rehenes.

-Me darás las pizzas. A cambio no matare a cinco rehenes.

...

- Te las daré. Digamos que será como un regalo. Te llamare más tarde. Mientras tanto no cometes ninguna estupidez. John- dijo Reynolds. Colgó.

Mierda. ¡Mierda!. Sabe cómo me llamo, ¿Qué coño hago si ya sabe todo lo demás?

John miro hacia todos lados. Trato de mantener su expresión neutral. Aunque no podía quitar la cara que tenía. No estaba seguro si lo que acababa de pasarle por su mente lo había dicho o lo había pensado. No podía dejar que sus rehenes lo vieran alterado, sería perjudicial para él. El bastardo del agente ya sabía su nombre y quien sabe que más sobre su vida, esperaba que no supiera lo de la esclerosis. Si no iba a ser más difícil controlar a Reynolds. Ese maldito agente iba a tratar de meterse en su mente, pero John no lo iba a dejar. Esos juegos mentales podrían funcionar con criminales idiotas pero no con John, no señor, él era diferente. Sabía que todavía no veía ni la mitad de lo persuasivo que podía ser Frederick Reynolds, pero Reynolds tampoco había visto lo hijo de puta que podría llegar a ser John. Desde ahora iba a ser una competencia sobre quien tenía el control.

15

-Les tengo buenas noticias- John abrió los brazos y sonrió-. ¡Pizza gratis!

Nadie sonrió.

-¡Pizza gratis!- grito John nuevamente. No había respuesta.

-¿Por qué esas caras largas? ¡Habría pizza! ¡Y gratis! Ese siempre es un buen motivo para sonreír- espero un momento-. ¿No habrá sonrisas? Mierda, ¡que débiles son! Que un hombre este con un arma frente a ustedes no significa que no puedan sonreír. ¿Qué pasa con todas esas frases de cliché que todos dicen como "sonreír no importa que", "ser feliz a toda costa"? ¡Son unos putos falsos todos! Se contradicen entre sí, dicen una cosa y después dicen otra. Unos lo llaman madurar, yo lo llamo ser cobardes. Cambiando sus ideales porque les están apuntando en la cara ¡cobardes! Pero bueno, tranquilicémonos un poco y gritemos de alegría porque habrá pizzas.

Algunos rehenes se vieron entre sí con cara de what.

-Dije...! GRITEMOS DE ALEGRIA!, ¡vamos, todos juntos!- vocifero John. Apunto con la pistola por si acaso. Pensó que su público se estaba volviendo aburrido, ya nadie decía nada en contra, sino simplemente seguían lo que John decía.

Al ver la pistola casi todos gritaron.

-¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhh!

Pero los gritos no fueron de alegría, sino de agonía y miedo. John entendía bien esos gritos, eran de personas condenadas. Cuando salieran de ahí (si es que salían), sus vidas no iban a ser iguales. Independientemente de los resultados, después de ese día todos iban a llevar a John en sus corazones, incluso si no querían, John estaba grabado en los corazones de cada desafortunada persona que había ahí, y si la cosa seguía bien, hasta Reynolds lo iba a llevar en su corazón, acompañado de alguna pesadilla de vez en cuando. Los medios de comunicación lo iban a recordar pero por poco tiempo, iba a pasar al olvido de muchos y al recuerdo de pocos. Los rehenes siempre iban a ser fieles a su recuerdo, incluso contarían historias de él a sus amigos, familiares, hijos, les contarían sobre el loco que entro armado a causar el mayor alboroto de su vida. John se sentía contento con eso, le ayudaba a que su muerte no doliera.

-La pizza es buena, ¿pero saben que es lo realmente interesante de todo esto?

Algunos voltearon a verlo, otros siguieron en lo suyo (cabizbajos, o hablando consigo mismos, tal vez recordando y arrepintiéndose de lo que

habían hecho hasta ahora).

-Lo interesante es esto, ¿Cuánto tiempo tardan en llegar las pizzas?

-Treinta minutos- respondió alguien después de un pequeño rato de silencio.

-¡Exacto!- dijo John-. Treinta minutos. Si a eso le sumamos digamos diez minutos en lo que los policías preparan la entrega, alguna estrategia y bla bla bla. Tendremos cuarenta minutos. Que es casi el tiempo que tienen para elegir al sacrificio- eso último lo dijo dirigido a los cinco voluntarios-. En cuarenta minutos sabremos la gran interrogante de todas, ¿Quién morirá?, será ¿la señora?, ¿la anciana?, ¿el miedoso mesero?, ¿la rubita? O acaso ¿el gran hombre de traje? Todo esto lo sabremos en cuarenta minutos, si es que algunos viven para verlo, y lo mejor, ¡podremos festejar con pizza!, por cierto, ¿alguien quiere apostar?

Apostar, la palabra era fácil pero no iba a ser lo mismo que apostar por un partido de fútbol o sobre cuánto tiempo durara el noviazgo de tu mejor amigo. Eran vidas humanas ¿sería incorrecto apostar por ellas?

-Si acertamos... ¿Qué ganamos?- dijo un rehén, un hombre, de unos 35 o 37 años.

-¿Qué ganan? Se podrán ir, así, sin más. Pero si se equivocan... si se equivocan, habrá un castigo. Las apuestas serán individuales. Alce la mano el que quiera entrar.

En ese momento nadie la alzo, después de unos segundos varias personas empezaron a contemplar si participarían o no. John nunca dijo que si no acertaban los iba a matar, los iba a castigar. La parte del castigo era el problema, nadie sabía lo lejos que podía llegar ese psicópata, tal vez la muerte sería mejor que ese castigo, aunque si acertaban, si acertaban, iban a salir por la puerta sin ningún problema. La posibilidad era del 20%, un número bajo pero no imposible. Algunos consideraron esa oferta. John quedó mirando a su público desde el confort de su asiento. Después de un pequeño rato algunos levantaron la mano, eran cuatro personas los que lo habían hecho, entre ellos Rick.

-Muy bien, veo que todavía hay algunos valientes- dijo John. Busco con la mirada al niño, cuando lo vio le hizo una señal con la mano. El niño fue casi corriendo, sonriente.

-¿Qué puedo hacer?- dijo cuando llegó con John, tenía puesta la mirada en la pistola-. ¿Ya podrá disparar?

-Lo harás, calma. Todavía no es tiempo- dijo John y le acarició la cabeza

al niño.

-Entonces ¿Qué puedo hacer?

John saco de su chaqueta un papel y una pluma que traía en otro bolsillo. Lo partió en 4 pedazos.

-Quiero que vayas con las personas que alzaron la mano y les des un pedazo de papel a cada una- alzo la voz para que todos oyeran-. Quiero que en el pedazo de papel escriban la persona que piensan que morirá de las cinco y que pongan el nombre de ustedes. Cuando lo escriban le darán el papel al chico- se dirigió al niño-. ¿Entendiste lo que debes de hacer? Ir con cada uno, que escriba en el papel, terminan, te lo dan y así con los cuatro ¿Entendido?

-Sí. Será fácil.

-Pronto podrás usar el arma, no te impacientes. Mientras tanto cumple con lo que te dije. Cuando todos hayan escrito en el papel, me los das.

-Si. ¡Disparar a alguien y pizza en el mismo día! ¡El mejor día de mi vida!- dijo el niño. Fue caminando enérgico a cumplir con lo que se le asigno. Hizo exactamente lo que John le dijo. Cada uno escribió el candidato a la muerte en el papel y su nombre debajo. Cuando termino el niño fue corriendo hacia donde John.

-¡Listo!

Le entrego los papeles.

-Vaya, me sorprendes, eres el mejor asistente que pueda haber. Por ahora fue todo, puedes ir con tu madre.

El niño lo hizo, iba caminando lentamente, como si no quisiera alejarse de John, él quería estar con él, le gustaba, lo admiraba. Era mejor que el borracho de su padre que nunca le hacía caso. Cuando el niño llego con su madre esta lo abrazo, siempre lo abrazaba cuando regresaba de ver a John.

-Bueno señores, aquí tengo el futuro de sus vidas, espero que hayan elegido bien y con cuidado. Un error y esta decisión podrían convertirse en la peor de su vida.

John guardo los papeles en el bolsillo dentro de su chaqueta, no vio lo que tenían escrito. Vio a su público, no los consideraba rehenes, eso sería vulgar, eran su público y él era el conductor del programa, aunque claro, era un programa interactivo donde el protagonista podía hacer lo que quisiera sin medir las consecuencias. John se dio cuenta que desde que

disparó el arma ya no sentía la debilidad que le daba su enfermedad, se sentía vivo, quería que ese día durara para siempre. Sabía que no era posible, por eso tendría que disfrutarlo al máximo, después de todo, ese era su último día, su voluntad, solo le importaba su persona, no había otra más.

-¿Por qué... porque nos haces esto?- dijo un rehén.

Saco a John de sus pensamientos. Volteo a verlo con curiosidad. Se levantó de su asiento.

-Eso ya lo había respondido antes, pero déjame aclarar ese punto de nuevo. Por qué puedo. Quería hacer algo que como persona con ojos vendados nunca podría... pero ya abrí los ojos. Las personas debemos pasar por grandes lecciones para que podamos disfrutar y hacer cosas que nunca nos hubiéramos atrevido a hacer. ¿Eso aclara tu punto?

-...Creo- contesto el rehén.

-Aun así- dijo María-. Ese pensamiento lo podrías implementar en otras cosas, haciendo algo positivo, no lastimando a otros.

-¿Y si lo que yo quiero es lastimar a otros?

-Entonces eso significa que estas lastimado. La pregunta es: ¿Qué te lastimo tanto como para hacer todo esto?- dijo Rick.

Ahí estaba Rick otra vez. El gran grano en el culo, la cicatriz que no cierra. Metiendo sus narices donde no tiene que meterla. John pensó que Rick era de esas personas manipuladoras que siempre obtenían lo que querían. Era muy seguro y cuestionaba todo, aun cuando tenía una pistola enfrente. A John le interesaba conocer cómo era la vida de Rick fuera del local. John sabía que no tenía que contestar esa pregunta, pero tenía ganas de hablar.

-Los golpes de la vida. El curso inevitable que esta toma, no se puede combatir. Solo se puede tomar un camino bajo el flujo- dijo John.

-Así que este es tu flujo. Muy tormentoso. Podrás llamarlo como quieras pero lo que estás haciendo no es más que un grito de desesperación- contesto Rick. Se quedó viendo la reacción de John.

John soltó una risita.

-No, Rick. Te equivocas, esto es lo que siempre quise. Si estuviera desesperado no me sentiría tan vivo. Tal vez solo necesitaba de una mala noticia para comprender la vida y vivir. Y ver la agonía de otras personas

me hace muy feliz.

Lo último que dijo John era cierto. Lo disfrutaba, pero no porque le gustara hacer sufrir a la gente sino porque así sentía que ellos compartían su dolor. Era su manera de empatizar.

Cuando su público escucho su última frase la mayoría trago saliva. No se podían imaginar lo que podría venir a continuación. Cualquiera podía morir en cualquier momento.

John vio a los cinco voluntarios de hace rato y se acercó a ellos. Ellos estaban sumergidos en su conversación hasta que notaron la presencia de John, voltearon todos al mismo tiempo. John les sonrió.

-¿Cómo van?- dijo John. Le puso la mano a Kevin en el hombro.

Los cinco voltearon a verlo, no dijeron nada, en sus caras se veía la respuesta.

-¿Aún no se deciden, cierto?

-Estamos en eso- contesto Aurora en un tono nada apropiado. John se encogió de hombros.

“¿Qué rayos?” pensó, y se incorporó nuevamente.

Un chico del público, de diecinueve años. Vino al restaurante con su padre, era la primera vez que se veían en todo el año, el chico estudiaba fuera. Acababa de llegar a la ciudad, su padre estaba muy contento por la llegada de su hijo. El chico Thomas había reprobado todas sus materias ese semestre, planeaba decirle a su padre, pero había pasado todo esto. Respiraba muy rápido, se sentía enfermo y desesperado. Claustrofobia. Gracias a terapias llego a superar ese miedo y podía estar largos ratos en lugares cerrados como aulas de clase o en un viaje de avión sin problemas, pero estar en un restaurante como rehén más el estrés de esto mismo era demasiado, tenía que salir a tomar aire, no le llegaba. No lo soporto más. Giro su cabeza y miro a su padre, después volteo a la puerta y vio la calle iluminada por el Sol. No dudo más, se levantó lo más aprisa que pudo y corrió con toda la velocidad que sus piernas le dieron hasta la puerta.

John estaba a punto de decirles algo a los voluntarios cuando vio que alguien se levantó y hecho a correr a la puerta. Se giro rápidamente y apunto al sujeto al que le disparo sin dudar. Un tiro perfecto. Thomas estaba a escasos dos metros de la puerta cuando recibió el disparo detrás de la oreja izquierda. Perdió la vida al instante. Voló como un metro gracias al impulso que ya llevaba, el cuerpo perdió la tensión y se desplomo, cayendo boca abajo a centímetros de la puerta. La sangre mojó

su cabello y después se expandió por el piso. El público lanzó un grito ahogado. Menos uno. El padre. Se encontraba levantado admirando el acontecimiento, una lágrima se asomaba en sus ojos pero todo había sido tan repentino que aún no le pesaba la muerte de su hijo.

John en realidad no quería matarlo, pero como todo pasó tan rápido tuvo que pensar rápido, de todos modos a quien coño se le ocurre hacer eso en estos casos, solo a un imbécil.

El padre de Thomas seguía atónito, observando el cadáver de su hijo. Apretó la mandíbula y su rabia aumentó.

-No, ¡No!

Se volteó a John. Su cara temblaba del enojo, camino hacia John, con puños cerrados, apretó con tanta fuerza que sus puños que sangraban.

-No te acerques más- dijo John apuntándolo con el arma. A este pareció no importarle y siguió caminando a John aún más rápido. John no tuvo más opción que dispararle. Pero no hacia su cabeza, sino a una rodilla, la derecha.

El padre hizo un ruido gutural y cayó al piso con una rodilla apoyada al piso, hizo un esfuerzo por levantarse pero el dolor lo llevó a la misma posición del principio. Quedó arrodillado frente a John. John se acercó a él. El padre lo volteó a ver hacia arriba con cólera y tristeza, se apoyó con sus manos y bajo su cara viendo al piso. John le apuntó en la cara. El otro se volvió hacia John. Su cara ya no era de enojo. Era de un hombre que había perdido a su único hijo.

-¿Por qué?- replicó el hombre con apenas un hilo de voz.

-¿podrás soportarlo? O... ¿quieres que todo termine?- preguntó John.

-Quiero que todo termine... ¡por favor!- dijo el hombre. Sus palabras eran un tono tan melancólico que John sintió lastima por él y a la vez identificado, John también quería que todo acabara ya.

-En ese caso puedo ayudarte. ¿Últimas palabras?

El hombre guardó silencio unos segundos y por un instante cambió su cara a una seria para decir:

-Te odio.

John lo vio unos momentos y disparó. El cuerpo cayó de espaldas con las piernas dobladas. Parecía que había agarrado alguna pose de gimnasia.

John lo observo y se fue a su silla.

16

-iWow!- dijo el niño emocionado después de ver el asesinato de dos personas. Fue tan repentino que su madre no tuvo tiempo de cubrirle los ojos (ella estaba atónita). Ese niño había perdido toda la inocencia. No sabía si todo lo que estaba pasando era bien o mal. Era solo una víctima más de la violencia.

-Mama, mama. ¿Viste cómo le disparo? ¿Viste como corría y ipum! Cayó al suelo? ¿Viste?

-Sí, hijo. Lo vi todo.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y su labio inferior tembló. Había perdido a su pequeño. Era increíble, esa misma mañana su hijo se veía tan tierno jugando con sus juguetes y horas más tarde deseaba con todo su ser dispararle a una persona. Se preguntaba si su hijo iba a acabar en el infierno. ¿Qué iba a ser de su hijo después de ese día? Pensó la pregunta y la descartó al instante, no quería siquiera imaginarse que pasaría después, eso se lo iba a dejar al tiempo. Bajo su mirada para ver a su pequeño y este estaba entusiasmado viendo a John, como si esperara otro espectáculo.

-Desgraciado- susurro la mujer, un susurro que nadie más escucho más que ella, su volumen fue muy bajo pero esa palabra fue dicha con todo el odio y rencor que se podía sentir. Un odio que pensó nunca sentir por alguien. Ahora era ella la que quería matar, quería matar a John, pero no por diversión como él lo hacía o como su hijo anhelaba, lo quería matar por rencor. Por lo que le había hecho a su pequeño e inocente hijo. Por lo que también le había hecho a todos, él era un ser maligno que debía de ser eliminado, y era algo que no dudaría en hacer.

Vio a John, lo observo por largo rato, este sabía que lo veía pero no presto la más mínima atención, la mujer lo veía con furia, lo veía con atención como si tratara de grabarse cada una de las facciones de la cara de John. Jalo a su hijo junto a ella, tomo su mano y lo abrazo con su otro brazo.

Tenía que sacar a su hijo de ahí a como dé lugar, ya no podía quedarse con actitud pasiva mientras veía como transformaban a su hijo. Y no solo eso, ella por un segundo pensó que John poco a poco estaba cambiando la mentalidad de todos. Tenía que detenerlo antes de que hubiera más muertes provocadas por el... o por su hijo.

Fue entonces cuando la persona de su lado le paso un pedazo de papel. Ella lo tomo extrañada, pero intuyo que era algo que no debía de ver John. Paso a su hijo delante de ella y lo sentó en su regazo simulando que estaba incomoda en la posición anterior. Abrio el papel con mucho cuidado para que también su hijo no lo supiera (podría ir corriendo a decirle a John). Leyó el mensaje, hizo bola el papel dentro de su mano, cerró los ojos y alzo su cara en dirección al techo, sonrió y dio un gran suspiro. Era justo lo que esperaba. Fue un momento de felicidad y alivio en medio del caos. Ella era la última, así que no tenía a nadie más para pasarle el mensaje. Cuidadosamente le paso el papel a la persona que se lo había dado.

Ahora solo tenía que esperar el mensaje que contendría el plan de acción.

17

-Una pizza. ¡Una puta pizza! ¡Quiere una puta pizza!- dijo Reynolds. No lo podía creer, parecía un secuestro de película. Colgó y azoto el teléfono. Varias personas a su lado en la cabina vieron desconcertadas.

-¿Qué?- les dijo Reynolds. Todos volvieron a lo que hacían.

Bajo de la camioneta y miro el restaurante. Trato de ver al interior de las ventanas pero era inútil, los vidrios eran polarizados. ¿Qué es lo que te hizo hacer esto, John? Se preguntó. MoviÓ la cabeza como si dijera no y dio media vuelta caminando. Tuvo que detenerse de golpe, casi choca con Víctor, un flacucho que se encargaba de reunir toda la información posible de John Digger.

-¿Has conseguido algo, Víctor?

-S-si- dijo Víctor acomodando sus papeles que casi se le van de las manos en el casi choque.

-¿Qué me conseguiste?

-En realidad no mucho, señor. No tiene ningún antecedente criminal, ninguna conducta inapropiada, ini siquiera tiene una multa!

-¿Solo conseguiste eso? ¿Nada?

-Prácticamente.

-Debe de haber algo ¿a qué se dedica?

-A nada.

-¿Cómo que a nada? ¿De qué vive?

-No tiene trabajo, renunció hace poco menos tres semanas.

-¿En que trabajaba?

-En un banco. Es extraño, el estudio arquitectura, salió con un buen promedio pero nunca la ejerció. Tuvo varios trabajos pero no duraba más de tres años en ellos. Hasta este, entro en el 2004 y fue ascendido dos veces.

Reynolds se puso pensativo.

-¿Sabes por qué renunció?

-Hable al banco. Me dijeron que llegó un día y renunció así nomás. Sin ninguna explicación. Ni siquiera pidió papeles, solo se fue.

-Eso fue hace menos de 3 semanas. Tuvo que haber pasado algo antes- Reynolds se llevó la mano a la barbilla-. Víctor, quiero que investigues a donde fue, a quienes vio John Digger en el último mes ¿queda claro?- le puso una mano en el hombro.

-Sí, señor. Enseguida.

-Bien.

Víctor fue casi corriendo a la camioneta. Quería sacarle algo a John Digger, algo que le hiciera a Reynolds tener el control sobre él y no al revés. Esperaba que Víctor encontrara algo rápido. Si no podría haber más disparos. Reynolds volteó y pensó en ir a la camioneta cuando escuchó un gruñido metálico desde el restaurante.

-¿Otra vez?

Hubo otro disparo. Como en el primero, todos los policías en el área se sobresaltaron y vieron hacia el restaurante, después se volteaban a ver entre sí esperando alguna orden, pero aún no era el momento. Reynolds dejó golpear su espalda contra una patrulla. No tenía ni idea de que era lo que pasaba ahí dentro, no sabía cuántos muertos o heridos había ahí dentro.

-Reynolds, explícame de que va todo esto.

Reynolds tenía la mirada en el piso. Se irguió en cuanto escuchó la voz. Era una voz que no sabía si era buena escucharla en ese momento o no. Volteó hacia la voz y la vio. Era Regina Walker, directora del departamento de policía en el que trabajaba y la mayor parte de los

policías que estaban ahí. Caminaba hacia Reynolds, llevaba un traje sencillo y unas gafas para el Sol.

-Reynolds, explícame- se quitó las gafas-. ¿De qué va todo esto?

-Un civil armado tomo rehenes en el restaurante.

-Eso ya lo sé. Lo que no entiendo es ¿Cómo es que todavía no lo han arrestado?

-No lo...- Reynolds sabía que estaba a punto de decir una estupidez, así que trato de cambiar la respuesta-. No hemos tenido una apertura, trabajo en ello. En este momento están investigándolo.

-Eso espero, agente. Porque lo que yo veo es solo un montón de policías haciendo nada más que esperar a que el loco que está ahí dentro se aburra y decida entregarse. Lo que falta aquí es acción, agilidad.

-Lo sé. Pero este no es fácil. Este es diferente a los demás.

-Reynolds- dijo con tono de una profesora molesta tratando que su alumno comprenda la lección-. Si hay algo que he aprendido en todos estos años es que todos los criminales son lo mismo, las mismas acciones. Lo único que cambia es el por qué.

-Está bien, jefa. Hare lo que pueda.

-Lo que hará será detenerlo. ¿Ya se comunicaron con él?

-Sí. Un par de veces, quiere 10 pizzas.

Regina hizo un gesto pensativo, después de unos segundos dijo:

-Entréguele las pizzas. Háganle creer que está ganando, que tiene el control, aunque sospeche que tramamos algo, el que piense que tiene el control poco a poco lo cegara de la verdad.

-Lo tendré en cuenta.

-Quiero que me mantengas informada de todo esto. Mientras tanto te hare un favor y me ocupare de la prensa que es el motivo principal por el que estoy aquí- dijo Regina, le dio la espalda a Reynolds sin decir nada y se dirigió a donde tenían acumulados a todos los reporteros.

-Me sacan de mi único día de descanso para esto. ¿Qué ya no hay gente competente?- dijo mientras se alejaba de Reynolds.

Reynolds vio como Regina subió a un pequeño escalón de madera improvisado para que todos los reporteros pudieran verla y ella hizo un gesto para abrir la sesión de preguntas. Frederick miró al restaurante una vez más y sacó su celular. Marco a su pizzería favorita y pidió diez pizzas grandes. El pizzero al otro lado del teléfono le dijo que se llevarían alrededor de cuarenta minutos por el gran pedido, Reynolds dijo que no habría problema. Colgó, guardó el celular en su saco y se dirigió a su camioneta, quería sentarse un rato a pensar. En el camino se encontró con Carlos, sentado arriba de un carro de la policía viendo al restaurante con una pistola en la mano, zangoloteándola. Carlos volteó a verlo y Reynolds hizo lo mismo. Le sostuvo la mirada unos segundos y siguió su camino.

18

María miraba a través de la ventana; al cielo, el ruido de la policía y de los movimientos en el exterior no le impedía imaginarse en libertad, fuera de ese lugar. Se preguntaba por qué paso eso cuando ella estuvo allí, no era justo, no lo era para nada, ella no había hecho nada tan malo como para merecerse esto. Para empezar, ella no tenía contemplado ir a comer al restaurante, no lo iba a hacer, pero tras una larga lucha con su interior, tuvo que sucumbir al delicioso sabor de los brownies. Eran su debilidad, los brownies de ese lugar sencillamente eran los mejores que había en todo el mundo. La imagen de unos brownies con una enorme bola de helado de vainilla encima era deliciosa, no pudo más y tuvo que entrar a comerlos.

Estaba tan tranquila y emocionada comiendo sus brownies en ese momento. Un momento feliz. No recordaba que el banco le iba a quitar la casa donde vivían su madre y ella, había olvidado sus problemas económicos, olvido que hace dos días había encontrado en el cuarto de su novio a él y a su mejor amiga de toda la vida. Cogiendo. El muy cabrán la cogía hasta con más ganas que a ella, y mejor. De hecho, hacían lo que para María era tabú: Sexo anal, nadie podía tener ese derecho. Nunca había dejado a nadie entrar ni nunca lo haría. María los veía sin que ellos se percatasen. No pudo aguantarse y les grito enfurecida, al mismo tiempo le salían lágrimas, así fue como termino su corta vida de voyerista.

Ahora María no pensaba en eso, ese era solo un pequeño tope a comparación de lo que pasaba. Solo había una cosa en su cabeza y un objetivo: salir de ahí con vida. Era lo único que quería, también quería acabar los brownies, pero no todo era posible. Los brownies que ella comía estaban apachurrados bajo una silla que habían puesto sobre la mesa cuando John mando a quitarlas y ponerlas todas juntas en las paredes, aunque estuvieran así, María se los comería. Se quedó ida viendo a los brownies pensando en varias cosas, como en salir de ahí, las amenazas de John y ese tipo de cosas. Al principio no sintió cuando la

persona detrás de ella le tocaba el hombro, así que tuvo que hacerlo otra vez, más duro pero sin llamar la atención. María lo sintió. Le puso su mano con el papel en la cintura (el brazo de María no dejaba ver que le estaban pasando algo), tomó el papel con la otra mano. La otra persona retiró el papel rápidamente, María puso sus manos en sus piernas y abrió el papel con cuidado. Sonrió. Era el papel que habían enviado hace un rato, lo que significaba que ya todos o la mayoría lo habían visto y esperaban un plan, era grandioso. Quitó la sonrisa de golpe (John podía sospechar), bajo la mirada un rato y después miró a Dylan, no quería llamarlo, quería que él se diera cuenta de que ella lo estaba viendo y volteara.

Dylan le estaba viendo la raya del culo que le sobresalía al señor frente a él. No se dio cuenta, estaba absorto en sus pensamientos. Como María, pensaba en salir de ahí, solo que él no pensaba en problemas económicos o de infidelidades. Fuera de ese lugar él no lo tenía tan complicado. Acababa de titularse unos meses atrás, licenciatura en contaduría pública, todavía no trabajaba, decidió tomarse unos meses de descanso, sus padres no ganaban mal y no tenían ningún problema con que Dylan siguiera viviendo con ellos. También tenía una novia, Linda, llevaban juntos medio año, se conocieron en la universidad, ella es una mesera en algún café. Eso era en lo que pensaba Dylan, en ella, quería salir corriendo de allí e ir a abrazarla lo más fuerte que pudiera. No sabía si ella sabía lo que él estaba pasando. De todas formas aunque no lo supiera ella estaría preocupada, cumplían siete meses ese día, seguramente tenía varias llamadas perdidas de ella en el celular, pero no lo sabía ya que su celular lo tenía John y lo tenía apagado. Mierda, tenía que salir de allí, tenía que verla, decirle que la amaba. Volteó a ver a una mesa situada a tres metros de él, encima de ella estaba el regalo de Linda dentro de una caja, una colección de varias novelas de su escritor favorito. Pensó en Linda y se le hizo un nudo en la garganta, no sabía siquiera si saldría vivo de ahí. Sintió la mirada de María. La miró, pero no giró toda su cara, esta le hizo un gesto y le mostró el papel. Dylan lo tomó y lo abrió, no creía que su mensaje funcionara. Ahora todos estaban al tanto. La comisura de su labio se elevó y se hizo un poco hacia atrás, una discreta sonrisa.

-¿Ya viste?- dijo María, discreta.

-Sí, funciona- dijo Dylan, ambos sonrieron.

-Nunca creí que funcionara, es increíble.

-Yo tampoco. Supongo que la gente tiene tantas ganas de salir de aquí como nosotros.

-Sí, y también ganas de aferrarse a algo.

-Claro, pero ¿Cuál es el plan?- pregunto María.

-No lo he pensado aun. Quería comprobar que el mensaje funcionara.

-Mierda, Dylan. ¡Tenemos que hacerlo ya! No hay tiempo.

-¿Crees que no lo sé? ¿Crees que es fácil? Mierda ¿Por qué no haces uno tú?

Ambos alzaron la voz, por suerte Dylan se dio cuenta antes de que llamaran la atención. María le iba a responder pero este le hizo una seña con la mano para que se calmara. María comprendió y se calmó.

-Pensemos en algo juntos.

19

Los cinco voluntarios habían discutido desde que los sentaron. No llegaron a ningún acuerdo. Las palabras no fluían entre ellos y eso era preocupante, tenían ya menos de media hora. Todos estaban callados, solo se volteaban a ver las caras esperando a que alguien dijera algo, y es que no era para nada fácil escoger quien de ellos debía morir, porque para empezar, nadie de ellos quería morir, todos querían que el destinado a morir no fueran ellos.

Marlene no quería ser la que muriera, pero si no había acuerdo ella se iba a ofrecer. No quería morir, pero al recordar que su marido había muerto hace un mes no la ayudaba mucho a seguir queriendo estar con vida. La vida de viuda no era fácil. Primero, tienes que lidiar con la pérdida de tu marido, después, cuando te vas recuperando poco a poco, tienes que aguantar las cordialidades de todos los que te rodean, como si su falsa gentileza fuera a hacer que te sintieras mejor. Lo hacían para apoyarla, pero aun así eso le molestaba a Marlene, "cada quien tiene su manera de salir del hoyo, eso es algo que se tiene que hacer solo. Nadie siente por ti. Pueden estar contigo y apoyarte, pero salir del hoyo es algo que solo tú puedes hacer, nadie te puede sacar de ahí más que tu". Miro a los demás, todos veían a otros lados, nadie parecía tener intenciones de hablar. Así que ella lo hizo.

-¿Alguien quiere decir algo?- dijo Marlene. Nadie respondió, tampoco la voltearon a ver-. Les recuerdo que si no pensamos en algo, todos vamos a

morir.

Nadie respondió tampoco, cambiaron de pose pero no hablaron ni cruzaban miradas.

-Marlene tiene razón. Si no hacemos algo, los cinco vamos a ser asesinados, ¿quieren eso?- dijo Daniela.

Después de unos segundos.

-No. Tenemos que pensar en algo, el tiempo se agota y no estamos llegando a nada- dijo Kevin. Se sorprendió de su tono de voz tan claro. Hablar en público no es algo que se le facilitara. Podía ensayar el discurso más carismático y emotivo de la historia perfectamente frente al espejo, pero decirlo frente a un público era otra historia. Eso le había ocasionado problemas en la escuela. Era la clásica víctima de los bullies.

-La realidad es que ninguno de nosotros piensa ser el sacrificado, por eso no llegamos a nada. Por eso esto tiene que ser por votación- dijo Bob.

-¡Eso es!- dijo Marlene.

Todos voltearon a verla con ánimos en la cara. Marlene se sonrojo.

-¡Dilo ya!- dijo Aurora, que se había desesperado.

-Dijimos que esto sería por votación ¿no?- los demás asintieron-. Cuando pase la media hora votemos cada quien por alguien diferente, somos cinco, así que cada quien puede votar por alguien diferente sin que repitamos el voto.

-Suena bien, pero no creo que él nos deje ir por eso ¿Qué pasa si nos mata a todos por que cada quien tenga un voto?- dijo Aurora.

-La anciana tiene razón. Ese plan es estúpido, debemos decidirnos por alguien. Ir por un camino seguro, podríamos morir todos- dijo Bob.

-El objetivo, Bob. Es que no muera nadie- dijo Marlene, molesta por la actitud de Bob.

-Entiendo lo que quieres hacer, es una buena acción, muy filántropa. Pero ¿Qué no viste como mato a esas dos personas? Ese hombre no tiene corazón, vino aquí a matar y no sé por qué ni pienso preguntármelo, pero nos dio la oportunidad de que cuatro de nosotros saliéramos vivos de aquí. Solo uno tiene que morir. No podemos darnos el lujo de perder esa oportunidad y ponernos a jugar con él.

A Bob en realidad no le interesaba ninguna de las otras personas, no le importaba quien muriera con tal de que el pudiera salir de ahí. No se preocupaba por ver a sus familiares o amigos, porque no los tenía. Sus relaciones se basaban en la hipocresía, como lo son todas en el mundo de negocios. Veía a sus padres y familia cercana en época de fiestas, llevaba regalos a todos. Tenía esposa, que está enamorada ciegamente de él, a la cual, por supuesto, engaña con otras dos mujeres. Tenía dinero. Era dueño de varios negocios que iban creciendo, y quería más. Días antes de la toma de rehenes invirtió en una compañía y todo parecía ir de maravilla, se estaba convirtiendo poco a poco en el magnate hombre de negocios que siempre había querido ser. Era su única ambición: el dinero. Estaba harto de estar ahí sentado discutiendo con esa bola de idiotas humanistas. Bob los creía personas débiles, presas. Bob, claro, era el depredador. Se autoimpuso la mentalidad de siempre creer que es el hombre más apto, el tope de la cadena alimenticia. Siempre creía eso, hasta en ese momento, salvo que ahora el tope era John, pero solo porque estaba armado, sino, Bob sería el macho alfa.

-Ok, hagamos lo que tú dices, pero ¿si tú eres el elegido?- Marlene se encontraba a un paso de la furia, solo que la contenía muy bien, su voz se parecía a la de una madre cuando regaña a su hijo y está conteniéndose-. ¿Seguirás queriendo seguir con lo que tú propusiste?

-Supongo que si pasara algo así tendría que aceptarlo. Pero cambiar las reglas que tú misma pusiste por estar enojada conmigo- dijo Bob en forma de burla-. ¿No te haría caer igual de bajo que el sujeto de la pistola? También serias una especie de asesina a sangre fría, e hipócrita, ¿Dónde quedarían tus ideas altruistas que hace un momento dabas?

Marlene no respondió, se limitó a fulminarlo con la mirada. Bob se percató de esto, no insinuó nada, tenía ganas de carcajearse pero no lo hizo, se contuvo. Marlene deseaba que Bob fuera el sacrificado, esperaba que los demás pensarán así. No respondió, miro hacia otro lado y suspiro. Vio a los demás para ver si decían algo, como al principio, se quedaron sin hablar viéndose las caras. Hizo una mueca y recargo su cabeza en una mano. Daniela tenia cara de disgusto, no le agradaba para nada Bob, ni siquiera su nombre. Bob ¿enserio? ¿Quién coño le pone a su hijo así? Quedaba menos de media hora y nadie proponía una solución lógica, el tiempo se agotaba y a nadie parecía importarle, por más que pensaba Daniela en buscar una respuesta, no la encontraba. Estaba segura de que la respuesta iba a tener que ser como los juegos de John. Mañosos. Pensó en la anticuada frase "darle una cucharada de su propia medicina" nunca pensó en emplearla. Se le escapo una risita, los demás voltearon a verla extrañados. Ella lo noto y puso cara neutral. Es increíble como las personas se las arreglan para sonreír en cualquier situación. Su mecanismo de defensa, pensó Daniela.

-Sé que ya lo habíamos descartado, pero por lo que veo tendrá que ser así ¿Qué tal si lo dejamos a la suerte? Así nadie decidirá por nadie, más que el destino- dijo Aurora. Ella quería seguir viviendo. Los demás tal vez la vieran como el candidato perfecto, por la edad, pero a ella no le importaban sus setenta y ocho años, ella quería seguir viviendo los meses o años que le quedaran. Tenía un hijo médico y estaba muy orgullosa de él, también tenía tres hermosos nietos que veía cada domingo y una que otra vez entre semana, dos eran gemelos de diez años, la otra era una preadolescente de doce años que le esperaban muchos pretendientes para cuando tuviera quince. Le salió una lágrima al recordar esos hermosos domingos que ahora parecían tan lejanos. La decisión que ella tomo (la de dejarlo a la suerte) le pareció justa. Aunque si así iban a hacerse las cosas no iba a dudar en rezarle a Dios los padres nuestros que fueran necesarios para salvarse.

-Si todos están de acuerdo con eso- Daniela miro a todos y después dejo ir en su suspiro-. Entonces yo también.

Kevin la observaba desde antes que ella hablara. Escucho lo que dijo pero su atención estaba dirigida a sus carnosos labios.

-Yo pienso lo mismo- dijo Kevin, después vio a Daniela. Esta lo vio también, hizo una sonrisa triste que no duro ni un segundo y volteo hacia los demás. Melvin apretó los labios pero no dejo de ver su hermoso perfil, le encantaba su largo cabello, castaño rojizo, lo que más le gustaba era como se ondulaba su cabello casi al terminar. De pronto despertó del trance de Daniela, no quería verse obvio, miro hacia los demás esperando a ver qué es lo que iban a decir. Lo que no supo fue que Bob vio todo eso, se dio cuenta de la atracción que Kevin sentía por ella. Bob pensó que eso le podría ser útil más tarde.

-Si tres están de acuerdo no veo por qué yo no. Solo faltas tú- dijo Marlene dirigiéndose a Bob.

Bob no dijo nada. Todos se le quedaron viendo esperando su respuesta. Después de unos segundos de silencio hablo.

-¿Cómo lo haremos?

Aurora dio un gran suspiro. Pensaba que Bob iba a ponerse en contra. Pero ahora la cuestión era ¿Cómo iban a dejarlo a la suerte?

-Yo tengo una idea- dijo Kevin. Como si le hubiera leído el pensamiento a Aurora.

-Dilo, dilo- lo animo Marlene.

-Hay que enumerarnos, por ejemplo yo soy el 1, Daniela es el 2 y así hasta el 5. Escribiremos en unos trozos de papel el número de cada uno. Los ponemos en el suelo, alguien agarrara un papel... y ese será el que mue... el voluntario.

Aurora arrugo su barbilla en forma de aprobación. Nadie reclamo nada hasta el momento.

-Una estupenda idea, Kevin- dijo Daniela. Lo apremio con una sonrisa. Kevin se sonrojo.

-Bien... saquen papel y un bolígrafo.

20

Dylan no tenía ningún plan, al menos uno lógico o cuerdo. No podía concentrarse. Se imaginaba a alguien levantándose para llamar la atención de John y cuando este lo apuntara, todos correrían hacia la entrada. Moriría el que primero se levantara, más algunos otros. John ya había mostrado su habilidad con el arma, pero tal vez esa era la respuesta: Correr. Todos se levantaban rápido y corrían a la salida, John iba a disparar a diestra y siniestra pero que se salvara quien pudiera. No iba a poder matar a todos ¿o sí? Dylan descarto ese plan de inmediato como muchos otros que se le habían ocurrido, pensó en hacer que la gente pensara en uno pero ellos esperaban uno. Las personas se iban a desconcertar, les había dado esperanzas y si cambiaba de parecer se las iba a quitar. Ese pensamiento le recordó a los políticos. Muéstrale a un pueblo esperanza y sed de justicia y te seguirán. Tal vez así hayan ganado muchos candidatos la presidencia, con esa estrategia. Dylan miro alrededor. Las personas estaban calmadas y serenas, no como hace un rato, desesperados y parecían no poder controlarse, pero ahora parecía que la mayoría había asimilado la situación. Si todos están calmados, seguro podremos lograrlo, pensó Dylan. Aunque la gran interrogante seguía colgada en el aire. ¿Cómo?

-Dylan- dijo María. No la escucho.

-Dylan- repitió, un poco más fuerte, no podía gritarle, John podría adivinar lo que tramaban y matarlos. María había olvidado eso, se sentía tan segura con el plan que ni siquiera habían planeado que se había olvidado de lo letal que podría ser John. Iba a llamar más fuerte a Dylan pero al recordar esto apretó los labios y le dio un puñetazo abajo del hombro.

-¿Cuál es tu problema?- dijo Dylan, sobándose el brazo.

-¿Qué ya se te olvido?

-¿olvidarme de qué?

-Los voluntarios, Dylan, los voluntarios. Ellos no saben lo del plan.

Dylan se le quedo viendo sin decir nada, después miro a los voluntarios. Discutían, parecía que nadie se ponía de acuerdo, todos hablaban a la vez.

-Los voluntarios, tienes razón- Dylan le hizo una mirada a María-. Pero ellos tienen sus problemas que resolver, además, ni siquiera nosotros sabemos que debemos hacer.

-¿Entonces los dejaras morir así nomás?- replico María.

-No, no quiero abandonar a nadie. Y no me reproches por algo que no puedo controlar ¿tú tienes un plan para ellos? ¿Tienes algún plan para nosotros?

María bajo la vista. Se sintió regañada.

-No, no los tengo. Pero no quiero que muera nadie más, esto es demasiado, Dylan. No se cuanto pueda seguir soportando antes de que pierda la razón.

Después de decir aquello María rompió a llorar, en silencio. Dylan miro para todos lados como si la respuesta estuviera en el aire. Quería consolarla. ¿Qué palabras se pueden decir en una situación así? ¿Qué se debe decir?. No encontró respuesta, estiro el brazo y la tomo por el hombro, ella, automáticamente se dejó ir hacia Dylan, le siguió llorando en el hombro por un rato más. Dylan tenía miedo de caer como presa del pánico. No quería terminar como María ni desesperarse como las dos personas que había matado John. Sus cadáveres seguían en el mismo lugar, nadie los había tocado, la sangre seguía saliendo de los cuerpos aunque en menor cantidad. Dylan volvió a mirar a los voluntarios, solo uno iba a tener que morir de todas formas, ellos lo sabían, por eso, aun en contra de su voluntad, decidió no contarlos en el plan (que aún no tenía). Fue cuando miro a la entrada y a un par de metros estaba el guardia de seguridad, tumbado en el piso junto a la pared, la hemorragia había sido controlada por su saco y camisa, los estudiantes de medicina supieron improvisar, aunque la sangre todavía seguía saliendo, pero tal vez podría aguantar el tiempo suficiente para salir. Dylan sonrió cuando vio que seguía con vida, se podía notar que respiraba muy lentamente por el movimiento de su barriga. Se dio cuenta que John no lo quería matar, si lo hubiera querido le hubiera dejado ir tres balas más en el cráneo pero no fue así. Ese fue su primer su primer disparo a una persona. Dylan lo supo, sabía que John no había entrado con intención de matar a alguien. Solo se dejaba llevar gracias a las actitudes de la gente. Eso lo puso algo

contento, ahora ya tenía una pequeña oportunidad contra John.

21

John llevaba un largo rato sin hablar, solo estaba ahí sentado, mirando a sus espectadores, a su audiencia. Se había querido levantar antes, pero un fuerte cansancio le entro de pronto, podía levantarse pero no se quería mostrar débil. Tenía que verse fuerte, sino nadie lo respetaría y podría perder el control que tenía sobre ellos. El cansancio ya se había ido, solo descansaba un rato más, por si acaso, guardando energías para lo que se avecinaba, sabía que los policías de allá fuera, y en especial el bastardo de Reynolds no se iban a quedar con los brazos cruzados todo el rato, en algún momento iban a entrar, solo quería ganar el tiempo suficiente para hacerlos pensar y dejarles un regalito cuando entren. John no se imaginaba lo que iba a hacer, pero tendría que ser algo grande, algo que hiciera que a Reynolds le diera diarrea y se cagara frente a todo el cuerpo de policía. John imagino la escena y hecho una risa malévola, que después no pudo contener y se convirtió en una carcajada malévola. Todos se estremecieron al escucharlo. Algunos se cubrieron, pensaron que ya había perdido toda cordura (si es que aún se podía perder más). John recargo sus antebrazos en las rodillas, su cara veía al piso, dejando escapar las pequeñas réplicas de su risa. Cuando termino se limpió la baba que se le escurría a un costado del labio. Respiro profundo aun con una sonrisa en sus labios y después de sacar el aire con la nariz puso su cara seria de nuevo. Sonó su garganta y se quedó quieto, viendo a todos. Los demás le devolvían la mirada, los que se atrevían a hacerlo. Rick era de aquellos que se la devolvían. Sin saber cómo explicarlo, John sintió su mirada, lo busco y se miraron fijamente cuando se encontraron. Esta vez John no sintió nada hacía Rick, por primera vez vio a Rick como un rehén más. Eso le gusto. Verlo como uno más, ya no lo intimidaba. Al menos no hasta que volviera a hablar Rick. John miro a los voluntarios, estos que estaban al tanto de él, lo miraron también, John les sonrió y los saludo con la mano, como un político cuando saluda a los ciudadanos. Bob ni siquiera lo miro, Kevin se encogió de hombros, Marlene y Aurora le devolvieron la mirada, Daniela le devolvió el saludo, aunque sin la sonrisa, claro.

John se preguntó qué haría a continuación. No quería aburrir a su público. Llevaba poco más de diez minutos sin hacer nada. Miro su reloj, todavía faltaban quince minutos para las pizzas. Se dijo a si mismo que ya había pasado mucho tiempo holgazaneando y se levantó de la silla tan rápido como pudo, habría mucho tiempo para estar sentado en el futuro, todavía podía caminar, debía de aprovecharlo lo más que pudiera.

Después de levantarse camino apresurado frente a sus rehenes, primero camino a la izquierda, donde estaba el niño abrazado por su madre, cuando vio a John paseándose cerca, lo saludo con la mano, John hizo lo

mismo, la madre lo vio con odio, John no la vio por estar viendo al pequeño, pero si le hubiera visto la cara, le habría dado un susto, esa mujer ya no era más la madre cariñosa que era esa mañana, ahora su mentalidad había cambiado y solo tenía un objetivo: matar a John. Aunque se conformaba con verlo morir lenta y dolorosamente, muy en sus adentros sabía que no tendría los ovarios para matar a John, pero se iba a alegrar tanto cuando lo viera masacrado. John dio media vuelta y se dirigió hacia la otra esquina de rehenes, en la otra esquina, algunos metros hacia la izquierda, estaban Dylan y María. María seguía recargada en el hombro de Dylan, tenía la cara roja y los ojos algo hinchados pero ya no lloraba. No se atrevió a ver a John.

John si la vio, pero no solo la vio a ella sino a Dylan también, vio que estaban acurrucados el uno con el otro, él sabía que no se conocían antes de que el entrara al restaurante. Bonita pareja, pensó. Producto mío. Y tenía razón, de no haber sido por él no se hubieran conocido. John llegó al final de ese extremo. Pensó que sería interesante hacerle algo a esa parejita. Lo guardara para después.

Después de los rehenes había mesas, más allá de las mesas, la pared. John no pudo evitar ver la caja envuelta como regalo en una de las mesas. Se acercó a ella y tomo el regalo. John sonrió al tenerlo en sus manos. Dylan apretó la mandíbula. Más le valía a John no hacerle nada al regalo de Linda.

22

John camino a su silla, no se sentó. Tomo la caja con ambas manos, su mano izquierda tenía la pistola todavía. Agito la caja en su oreja de su cara, el golpeteo era mínimo. El regalo era algo pesado, ¿Qué sería? Su público lo observaba con tremenda curiosidad, no sabían lo que iba a suceder a continuación. Dios bendiga al dueño, murmuro una mujer del público, acto seguido se persigno. John puso el regalo en el asiento de su silla, vio a su público. Se intrigo por sus reacciones, supuso que esa también sería su cara, ya que él tampoco sabía que iba a pasar. Dylan tenía los ojos pelados, no le preocupaba que John destruyera el regalo o le hiciera algo, lo que temía era que John lo podía matar. María noto la preocupación de Dylan.

-¿Pasa algo?- pregunto María, más bien susurro.

-Es mía.

-¿Es tuya? ¿De qué hablas?

Acto seguido María miro la caja que estaba en la silla de John y se dio cuenta de lo estúpida que era su pregunta.

-Si...

-No se lo digas.

Dylan parecían volver en sí, se pasó la lengua por los labios y quito sus manos de María, que aun la abrazaba. Los dos se incorporaron.

-Eso voy a hacer, pero ya viste lo que paso la última vez que alguien no quiso decir que algo era suyo- dijo Dylan.

-Si- María se entristeció. Recordó lo que había pasado con la mujer que era dueña del celular. El busco con la mirada, la miro con rencor, como pudo dejar que alguien muriera de esa manera, y por defenderla. Movi6 la cabeza en forma de negación y volvió a su posición original-. Ya se nos ocurrirá algo- dijo con un falso optimismo. La verdad no creía que algo se les fuera a ocurrir. Dylan le mostro su mejor sonrisa falsa.

Dylan no pensaba en un plan, no pensaba en el regalo, no pensaba en John, pensaba en Linda, su hermosa compañera de vida. Por alguna razón (una ilógica), creía que la persona que corría peligro era Linda. Algo estúpido ya que los papeles están al revés. Dylan ponía por encima de todo a Linda, un error fatal en esta situación, un error que podría cobrarse después.

John buscaba en su público algún indicio que le dijera quien era el dueño. No encontró nada, toda la gente evitaba su mirada, el poder del miedo. Cuando una persona te tiene miedo, solo mirara tu altura y hablara de tu espalda. Eso es un resumen de lo que su audiencia había hecho hasta ahora, evitan confrontaciones y tratan de hacer un plan a las espaldas de John. Tomo el regalo de la silla y lo alzo con una mano. Busco con los ojos y, de nuevo, no vio ninguna señal delatadora.

-Bonito regalo, seguro su contenido es mucho mejor que la presentación- siguió buscando con la mirada, alguien se tenía que delatar en algún momento-. Muy bonita envoltura, ¿regalo de bodas? ¿Para una novia? ¿Para algún querido familiar?

Dylan trago saliva cuando escucho la segunda pregunta de John. María lo noto.

-¿Tienes novia?- pregunto María. Dylan la escucho pero no quiso responder, tenía otras cosas en las cuales poner su atención. John se paseó en un diámetro de dos metros. Sosteniendo el regalo contra su

pecho con una mano. Viendo cuidadosamente a cada uno de sus rehenes.

-Y... ¿Quién es el dueño de tan exquisito regalo?- dijo John. El silencio se apodero del restaurante una vez más. Dylan tenía un debate interior sobre delatarse o no. Sentía que no tendría ninguna posibilidad con cualquiera de las opciones. Decidió por no decir nada y esperar a ver qué pasaba.

-¿Nadie me va a decir?

Silencio.

-¿Es tuyo?- señaló a una mujer. La mujer tembló y negó con la cabeza.

-¿Será tuyo?- dijo a un joven.

-N-no- dijo este, su mandíbula no dejaba de vibrar.

John movió la boca hacia un lado. "tengo que esforzarme más". Puso el regalo en la silla, cruzo los brazos y lo miro con cara seria.

-Bien. Veamos de qué se trata.

Jalo del listón hasta deshacer el bonito moño azul. Quito el listón. La caja estaba toda cubierta de una misma envoltura, para abrirla era necesario romper todo el papel. John desgarró el papel presionándolo con la pistola y pasándola rápido. Se deshizo del papel con furia. Ahora solo quedaba la caja. Quito la tapa. En el interior se veían tres libros pegados envueltos en un plástico, había algo de confeti y pequeños dulces de chocolate blanco.

-Que tierno- dijo John. Pegado a una pared de la caja había un papel que parecía una carta en su sobre, tenía un corazón pintado de un rojo intenso, el dibujo fue hecho a mano sin duda. John quito la carta y la alzo en alto. A Dylan casi se le sale el corazón del pecho. María lo vio con angustia.

-Wow, parece que tenemos a un romeo por aquí- abrió el sobre-. Deleitémonos-. Abrió el sobre con cuidado, no quería arruinar nada. En una época que ahora parecía tan lejana, John hizo lo mismo, solo que a su forma. Saco la carta del sobre, desdoble la hoja y se puso a leer.

-Queridísima Linda:

Estas palabras no tendrán el impacto ni la profundidad de tus escritores favoritos, pero mis sentimientos estarán plasmados con la tinta de mi alma en cada una de las palabras. Te amo. No te lo dije antes porque no lo hacía, sin embargo, ahora lo siento, sin dudarlo. No encontré en ti a mi media naranja, o mi complemento, encontré a alguien con quien puedo compartir mis visiones e ideas. A alguien que me hace aprender más cada

día, alguien que me quito las vendas impuestas por la fabricada idea del amor. Me dijiste "antes de decirlo, piénsalo bien, no vayas a decir algo que tú crees creer y después estés infeliz por una realidad virtual que tú te impusiste", por eso, después de mucho meditación, te lo digo: Te amo, Linda. Eso es de lo único que no tengo dudas el día de hoy. Con poco que decir y con mucho que demostrar, acabo esta carta. Con amor y sinceridad. Dylan.

John leyó la carta para todos. Le recordó a si mismo cuando tenía más o menos su edad, inocente ante la idea del amor. Después descubriría que el amor no es más que una triste ilusión, una estrategia de la mercadotecnia. Hacía años que John había dejado de creer en esa pendejada llamada amor. Lo único que crea el amor es un estado donde te sientes "high", después de eso solo es depresión, como en las adicciones, y era mejor no ser un adicto. Doblo la hoja a como estaba antes, la metió al sobre, saco los libros y dejo caer la caja con el sobre adentro. Miro a su público y les sonrió mostrando los dientes. La mujer que antes se había persignado ahora lo hizo tantas veces hasta que se golpeó la nariz con el pulgar.

-Romeo, Romeo, ¿Dónde estás que no te veo?- declamo John.

Dylan no veía a John, sentía que si lo miraba este iba a saber que él era el dueño. Tenía miedo, miedo a algo que no era seguro. Quiso decirle algo a María pero no consiguió pronunciar palabra.

-Bonita carta, hermosas palabras. Casi mojo mis pantalones. Seguro que conseguirás un buen polvo. Pero vayamos a lo importante, ¿Quién es el autor de esta exquisita carta? ¿Quién es Dylan?

A Dylan le latió el corazón muy aprisa, sentía como todo le daba vueltas, quería vomitar.

-Tranquilo, tranquilo. Respira y cálmate- dijo María, le acariciaba la espalda en círculos.

-Vamos, vamos. No seas tímido Dylan, solo quiero conocerte- dijo John con tono juguetón.

Dylan se sintió más mareado, más fuera de sí, no pensaba con claridad, todo parecía lejano y borroso. Tenía miles de cosas en la cabeza, varios recuerdos lo perseguían, estaban todos allí, pero no podía concentrarse en uno, veía a Linda, sentada en una banca de un parque con pasto alrededor, con un lindo vestido color azul cielo, podía sentir su aroma, lilas. De pronto, el olor se volvió putrefacto, todo se volvió borroso y volvió a la realidad, donde John hablaba cosas que Dylan no podía captar. María le toco la cara y lo volteo hacia ella, parecía que le quería decir algo. Dylan perdió estabilidad en la cara y miro al suelo, estaba más incoloro

que una salamanquesa, María lo tomó por los hombros y este le vomitó por debajo de las rodillas. Fue muy poco, después volteó hacia el frente y dejó que su desayuno fluyera por su garganta fuera de su boca. Las personas de alrededor se movieron rápidamente alejándose de él, aunque no muy lejos y sin pararse. John se percató de eso y una sonrisa que no pudo contener se formó en su cara. Era el sujeto que había visto hace tan solo un momento, vio también a María tratando de recostarlo. Con tan solo ver a María supo que ellos no eran la parejita que él pensaba que eran hace un rato. Probablemente se habían conocido cuando todo esto comenzó. Aun así, era placentero, sabía que se iba a divertir con Dylan.

23

Camino hacia ellos, se detuvo a un metro de donde comenzaba la fila de personas, Dylan y María se encontraban en la segunda. María intentaba recostar a Dylan, pero este le decía que podía permanecer sentado. María (que no se había percatado de la proximidad de John) sintió su presencia y volteó a verlo, se quedó estática, trató de hablarle a Dylan pero las palabras no salieron. Dylan se sobaba la frente, se dio cuenta que María no se movía y miró a John, el miedo volvió a su cuerpo.

-Levántate- dijo John. Su voz fue firme y clara.

Supuso que hacerle caso a John sería lo más sensato en ese momento, no veía a John, solo veía sus zapatos, no quería verle los ojos, trató de levantarse, pero sus piernas lo traicionaron por los nervios. Temblaban. Cerro los ojos y respiró hondo, María y él se miraron, ella asintió con la cabeza. Dylan hizo un esfuerzo por levantarse y después de una pequeña lucha pudo ponerse de pie, cuando lo hizo, recorrió con su vista a John, miró sus pies y fue levantando la vista hasta llegar a los ojos. Los dos se vieron unos segundos.

-Así que, Dylan ¿no?- dijo John. Rompiendo el silencio.

Dylan asintió con la cabeza.

-mucho gusto- dijo enérgicamente-. Pensaba que en estos días ya no había inocentes románticos, pensaba que en estos tiempos la gente prefería más lo, hmm, ¿cómo se dice?...- agarró su barbilla con la mano-. ¡Casual! Algo casual. ¿Te gusta lo casual, Dylan?

Dylan tampoco respondió. Poco a poco su mareo desaparecía.

-Debería. En estos tiempos ya no hay lugar para los verdaderos compromisos. Las traiciones te comerán vivo. ¿Crees en el amor, Dylan?

Dudo.

-Si- contesto al final.

John sonrió. Se dio la vuelta y camino por el lugar, riéndose en un tono bajo. Se detuvo cuando estaba por su silla.

-¿Amas a tu chica?

-Si- dijo Dylan, sin dudar.

-¿Ella te ama a ti?

...

-Me quiere.

-No respondiste la pregunta, Dylan. ¿Ella te ama?

Dylan no respondía.

-¿iTe ama!?- lo apunto con la pistola.

-No lo sé- contesto.

-Ella no te ama, amigo- dijo John, moviendo la cabeza negando, con una sonrisa de oreja a oreja.

-Prefiero amar que ser amado- dijo Dylan. Fuerte y sin dudar. Parecía que ya estaba bien, sus mareos se habían ido. No iba a permitir que sabotearan su amor hacia Linda.

-Veamos que tenemos aquí.

John saco los libros de la caja. Leyó el nombre del autor, no lo reconoció. Alzo las cejas. En realidad, John no era una persona de lecturas, prefería pasar la tarde viendo un documental o un buen programa en la TV, pero un libro no. Era aburrido, pasarse tirado durante horas viendo solamente letras. John había leído alrededor de cuatro libros en toda su vida. Ninguno lo marco ni le gusto. Mucha palabrería estúpida. No le agradaban las personas con ese hábito, se les hacían soberbios. Dejo caer los libros al piso.

-¿Te gustan estos libros?

-No los he leído- dijo Dylan. Ya estaba calmado, pero cada pregunta que le hacía John, sentía que la gravedad aumentaba y lo empujaba hacia el

piso.

-Yo tampoco, y ni lo hare. Dime ¿Cómo es tu novia?

Dylan no capto bien la pregunta, mejor dicho, si la capto pero no quiso responderla.

-¿Mi novia?

-Sí, tu novia, ¿esta buena?

-Para mí está bien.

-¿ipero como esta, hombre!? ¿Tetas grandes? ¿Culo redondo? No te pongas pelos en la lengua.

-No hablare así de mi novia- dijo Dylan, miro para otro lado.

-Tomare eso como un "sí, esta esta rica la golfa". Síguenos hablando de ella, ¿a qué se dedica? ¿Qué hace?

-Estudia, trabaja también- dijo Dylan.

Quería que todo acabara pronto, si le iban a meter una bala en el cráneo, que pasara ahora. Los nervios entraron otra vez, las gotas de sudor le escurrían por la frente. Tenía miedo de John, de lo que haría después de hacerle las preguntas sobre Linda. Volteo a ver a María, tenía la surrealista idea de que tal vez ella lo ayudara, pero no fue así, ella solo le devolvía la mirada sin hacer nada. Trago saliva y vio a los demás rehenes. Unos lo veían, mientras que otros, que eran la mayoría, evitaban el contacto visual. John veía su desesperación, lo disfrutaba, pero a la vez le daba lastima ver tan desesperado al pobre tipo. El lado humano que pensó que había dejado hace un momento regresaba. Recordó todo lo que había hecho hasta el momento: herir a un guardia, matar a tres personas, humillar a unos cuantos, difundir miedo y alterar el orden rutinario. Y eso solo era el principio, pensó John. En este momento había cumplido uno de sus objetivos iniciales, el cual era quedar en la historia, pero eso no le satisfacía en lo absoluto, quería más. Quería causar más cosas, esto apenas comenzaba y tenía que disfrutarlo al máximo, hacer cosas que nunca hubiera hecho, encontrar emociones que nunca hubiera imaginado experimentar. Dejo de nuevo atrás su lado humano. Se dio cuenta que ya estaba fuera del circulo de la mentalidad ordinaria, no todos alcanzan eso, se decía. Solo unos pocos, se sentían maravillosas esas sensaciones. Su piel se erizo y su sonrisa enseñó los dientes. Se veía tan feliz. Era el sujeto más feliz que alguien había visto sujetando una pistola. Las personas que deciden llevar consigo una pistola, difícilmente son felices.

-¡ambas! Debe ser una mujer segura. ¿En que trabaja?

Dylan no quería responder. Esas preguntas no eran nada relevantes. A John no le importaba nada de eso. Solo quería atormentarlo, ver como una mirada de esperanza se convierte en un desconsuelo. John lo apunto con el arma.

-Trabaja como camarera en un café- dijo Dylan.

A John las palabras le revolotearon como pájaros por el cerebro. ¿Por qué no lo había visto antes? Mismo nombre, mismo trabajo. ¿Podría ser que se tratase de su Linda? ¿La misma Linda que lo atendía tan amablemente, la misma Linda que siempre le daba una sonrisa coqueta, la misma Linda a la que nunca invito a salir? No tenía evidencia de que fuera la misma, pero se sintió furioso, quería disparar a Dylan. Se imaginó a Dylan y a Linda respirando fuerte el uno frente al otro a escasos milímetros, saciando sus necesidades carnales. Después imagino a Dylan con un hoyo en la cabeza, sus sesos húmedos volando por el lugar y un gran chorro de sangre en el piso, saliendo de su cabeza. Volvió a la realidad, Dylan lo miraba, no supo si su mirada era de confusión o miedo. Dylan había retrocedido un paso.

-¿Dónde trabaja tu novia?- dijo John con autoridad.

-En un café.

John lo apunto de nuevo

-Ya sé que en un café, me refiero a cual.

-Café Condesa- dijo Dylan, encogiéndose de hombros.

Una sensación de arrebató recorrió la columna de John. Apretó el mango de la pistola. Sin darse cuenta se encontraba apuntando a Dylan de nuevo, en el pecho. Recordó a Linda sonriéndole mientras recogía sus platos. La amabilidad cuando le entregaba su desayuno. Luego imagino la sonrisa que hacia cuando veía a Dylan, la amabilidad con la que lo dejaba entrar a su cuerpo. John sentía como si Linda le perteneciera, no iba a permitir que un niño le quitara a su chica, no señor, eso no iba a pasar. Puso el dedo en el gatillo, el destino de Dylan estaba en sus manos. Solo bastaba con mover un maldito dedo, pero no lo hizo. No quiso dejar que sus emociones le afectaran, se podrían dar cuenta de eso y perdería el control.

-¿Sabes que es lo que más me gusta de tu novia?- pregunto John.

Dylan se desconcertó.

-Los sexys hoyitos que se le forman en los cachetes cuando sonrío-
respondió John.

¿T-tú la conoces?

-La conozco muy bien.

No desesperes, solo la conoce del café. No caigas en su juego, solo está provocándote, se dijo Dylan. Se preguntó por qué nadie hacía nada para ayudarlo, es un solo hombre contra dos docenas de personas. Ahí comprendió el poder que otorga un arma, el horror indescriptible de tener el cañón apuntándote al pecho. Sentía un vacío en su estómago. John lo veía esperando una respuesta o una reacción, pero no la obtendría, no le iba a dar esa satisfacción. Dylan lo miraba, tenía las rodillas dobladas en caso de que si John hiciera algo, el pudiera arrojarlo con facilidad y rapidez.

Lo que John quería no iba a funcionar, ya no era tan divertido si no se molestaba el otro. Más bien, eso no le importaba, sino que a John se le habían agotado las ideas de qué hacer con Dylan. Sintió que solo había alterado el agua sin ningún motivo. Pero ese era su objetivo desde el principio ¿no? todo lo que había hecho ese día no tenía ningún orden, nada era planeado, ningún patrón. Entropía. Esa era la palabra con la que John describiría su día. Dejo de apuntar el pecho de Dylan.

-Puedes sentarte chico. Todavía no es tu momento- dijo John.

Dylan no lo creyó por un momento. ¿Cómo un maniaco como el dejaría ir esa oportunidad?

-Si quieres que esto continúe, solo dilo- dijo John. Lo apunto de nuevo.

Dylan le mostro las palmas en señal de calma. Y volvió a su lugar, junto a María.

-¿Estás bien?- dijo ella.

-Sí, no me hizo nada, tú lo viste.

-Me refiero a mentalmente.

-Estoy bien- dijo Dylan, movió su cabeza a otro lado. Se quedó mirando la caja del regalo y pensó en Linda.

Aurora termino de escribir el número en el último trozo papel.

-¡Listo! Ya están los papeles.

Daniela trago saliva. En unos segundos se decidiría el próximo en morir. Marlene veía nerviosa las manos de Aurora que sostenían los papeles.

-Bien. Llego la hora. Aurora: Pon los papeles en el piso.

Aurora lo hizo.

-Ahora cada quien agarre un papel y muéstrenlo- prosiguió Marlene. Todos le hicieron caso. Tomaron un papel y lo mostraron a los demás. A Aurora le toco el 1, a Bob le toco el 2, a Kevin el 3, Marlene el 4 y por ende a Daniela el 5. Ya que todos sabían que numero tenía cada quien, los volvieron a dejar al centro de ellos. Aurora cerró los ojos, revolvió los papeles, los tomo y los paso a su espalda, seguía revolviéndolos. Después los paso al frente, los puso en el piso y siguió revolviéndolos y revolviéndolos. Lo hizo por más de un minuto. Parecía que se había quedado en trance.

-Aurora- dijo Daniela.

Seguía revolviendo.

-Aurora.

Seguía revolviendo.

-¡Aurora!- puso su mano en el brazo para hacerla reaccionar. Aurora se sobresaltó y dejo los papeles en el piso.

-Lo siento- dijo, y se acomodó sus gafas.

-Bien. Es el momento de la verdad, ¿Quién lo hará?- dijo Marlene.

-¿A qué te refieres?- dijo Bob.

-¿Quién será el que levante el papel?- respondió Marlene.

-Deberías preguntar ¿Quién será el verdugo?- dijo Daniela.

-¿¡Quién lo hará!?- Marlene se desesperaba.

-Yo... yo lo hare- dijo Daniela. No muy motivada, movió su mano para tomar un papel.

-¡Espera!- Aurora le agarro de la mano-. Aunque el resultado sea al azar, no debes tomarlo tan a la ligera, piénsalo bien, la vida de todos nosotros depende del papel que tomes.

-Está bien.

Daniela dejó su mano suspendida. Le temblaba. Nunca pensó que la vida de alguien sería decidida por un papel. Tenía 20% de probabilidad de que ella misma tomara su vida. Bajo más la mano. Parecía que padecía Parkinson. Miro los papeles con mucha atención.

-¡No puedo hacerlo!- dijo. Lagrimas sin llanto invadieron sus ojos.

-Si puedes, tienes que hacerlo. Recuerda que no va a ser tu culpa. Toda la culpa es de él. Lo sabes. Tú te ofreciste a hacer esto, así que, querida, tienes que hacerlo- dijo Aurora.

Daniela cerró los ojos. Tomo aire y antes de sacarlo cogió un papel. Se lo llevo al pecho.

-Tienes que decirnos, chica- dijo Bob.

-Vamos, muéstranos- dijo Kevin.

Daniela asintió con la cabeza. Movi6 su puño a donde todos pudieran verlo y de forma lenta abrio la mano. Todos acercaron sus cabezas. Daniela dio un gran suspiro de alivio al ver que no era su número. Algunos más lo hicieron, agradeciendo en sus mentes su salvación. Todos lo hacían, menos Kevin.

Kevin quedo perplejo con el gran y gordo 3 en el papel. El número de la muerte. Las sonrisas que se habían formado en cuatro de ellos se esfumaron cuando recordaron que alguien iba a morir. Daniela lo miro con tristeza. Aurora y Marlene evitaron el contacto.

-Mala suerte con el destino- dijo Bob.

Kevin se contrajo. Estaba más blanco que el techo del lugar. Hizo la cara a un lado y vomito. Libero un líquido baboso. No había desayunado.

-¿¡Estás bien!?- dijo Daniela, mientras lo sostenía entre sus brazos para que no cayera. Llevo la cabeza de Kevin a sus pechos.

-No- dijo Kevin. Daniela lo alzo para que todos pudieran verse. Le acariciaba el cabello.

-No quiero morir- le susurro a Daniela.

Aunque fue un susurro, todos escucharon lo que dijo.

-¿En verdad esta será la forma que decidiremos la muerte de alguien?- dijo Marlene-. No puedo soportarlo.

-De nuevo con tus pendejadas ¿Eh, Marlene? esto ya se decidió. El número fue 3 y el chico es el 3. El destino ha hablado. Es duro, chico, lo sé, pero vas a tener que morir, lo harás por nosotros. Lo harás por ella- dijo Bob.

-Esta idiota. Si estuvieras en su lugar...- dijo Marlene.

-¡Si, pero no lo estoy!- interrumpió Bob-. El resultado ya se dio.

-No, no será así- dijo Daniela. Tomo el papel que decía 3 y lo hizo pedazos.

-¿iQue te ocurre niña!? Tenemos que seguir con esto.

-No creo que los resultados de la vida sean por un destino. Así que...

-¿iVan a permitir esto!? ¿Están de acuerdo?

Nadie respondió, pero Bob pudo ver la respuesta en sus caras.

-Están locos. ¡Van a hacer que nos maten a todos! ¿Eso es lo que quieren?

-Eso es lo que no vamos a permitir- dijo Marlene.

-Son todos unos idiotas- dijo Bob. Se cruzó de brazos y murmuro cosas incomprensibles.

-Todo estará bien Kevin. Nadie morirá- dijo Daniela. Kevin le sonrió, ella lo hizo también. Kevin estaba ya sentado por sí mismo. Aunque seguía recargado del hombro de Daniela. No creía poder despegarse de ahí. Su aroma era hermoso. Imagino que si moría, el lugar a donde iría tendría un olor así.

-Kevin- dijo Bob. El chico volteo-. La decisión fue cancelada. Pero eso le da otro chance a que otro pueda morir ¿no?

-¿Qué coño haces ahora?- dijo Marlene. Iba a hablar más, pero Bob la detuvo alzando el dedo.

-Lo que quiero decir, Kevin. Es que hay fuertes posibilidades de que ella muera- señalo con los ojos a Daniela-. ¿Quieres que ella muera?

Kevin estaba confundido. No sabía si lo que Bob decía era para manipularlo o hablaba en serio. Pero Daniela importaba más... así que le puso atención.

-No-

-Entonces deberías respetar el resultado anterior. Si no hacemos nada, ella podría morir. Y no solo ella, todos nosotros también. Piénsalo Kevin. La salvarías. Serás un héroe. Nos salvaras a todos nosotros. Piénsalo.

-No lo escuches Kevin- intervino Aurora.

-Usted que sabe anciana. ¿Lo harás, chico?

De pronto. A Kevin no le pareció tan terrible la idea de morir, como decía Bob, salvaría a los cuatro, y entre ellos, salvaría a Daniela. Sería el héroe que se sacrifica por los demás sin pensarlo. Quedaría un buen recuerdo de él en las mentes de ellos. Sin embargo, solo iba a ser eso. Un recuerdo. Una memoria en el momento más desagradable en la vida de ese par de docenas de personas. ¿Cuánto duraría? ¿Una semana, dos quizá? Tal vez un mes, eso ya no parecía justo, ¿cómo iban a olvidar a alguien que dio el culo por ellos!? Y lo más increíble, ¡tan pronto! Después dedujo que Daniela no iba a detenerse por él, al cabo de un tiempo encontraría a una persona de carne y hueso que cumpliría las funciones que él cumplió durante solo un día. Aunque le haya salvado la vida y ella lo recordara de vez en cuando con cariño, no iba a detenerse por él. Iba a seguir su vida, el mundo seguiría girando, y él, él estaría muerto.

Ahora la idea de morir no le parecía tan agradable, después de todo, aun le quedaban muchas cosas por hacer. Como Daniela. No iba a ser la perra de Bob.

-No.

-¿Qué dijiste?- dijo Bob. Preocupado por que no era la respuesta que esperaba.

-No lo voy a hacer. Puedes ofrecerte tú- Kevin volteo hacia Daniela y esta le sonrió. Puso su mano sobre la de suya.

-Demonios, chico ¿Entiendes lo que estás haciendo? Si nos matan, esto quedara en tu conciencia por el resto de tu vida.

Marlene le puso fin a la discusión con su voz firme y autoritaria.

-¿Cuál va a ser el plan?

-No nos quedan muchas opciones. Tenemos que pensar rápido, estamos perdiendo mucho tiempo- dijo Aurora.

-Mierda ¡alguien diga algo!

Todos estaban desesperados, y no era para más. El tiempo corría y el único arreglo que tuvieron lo deshicieron. No había plan, no había ideas, no había nada más que el miedo a lo desconocido. Se miraron entre sí, respiraban muy rápido, como si estuvieran sofocados. Casi les da un infarto cuando Fur elise, la canción del celular que llevaba consigo John, sonó.

John había visto todo el desenlace de los voluntarios. Tenía una gran sonrisa en su cara. Se había divertido viéndolos, tanto que dejó de prestarle atención a su público. Ninguno de los rehenes intento nada, John no les prestaba atención pero ellos seguían ahí. Se acostumbraron a las órdenes de John, como el perro de Pavlov. John saco el móvil de su chaqueta. Se levantó y los vio con una generosa sonrisa. Se llevó el celular a la oreja y contesto la llamada.

-showtime.

25

A diferencia del restaurante, donde el único ruido provenía de los murmullos de la desesperación y agonía. En el exterior era un caos, ruido y enojadas voces por todos lados. Decenas de policías y patrullas rodeando el restaurante entero. Las luces rojas y azules molestaban la vista incluso siendo de día. Otros policías lidiando con los civiles y curiosos en la entrada del estacionamiento, tratando de calmarlos y hacer que se fueran sin parecer molestos y sin recurrir a la violencia. Por otro lado, en la otra entrada, estaba el espacio de los periodistas, estos eran más insoportables, arrojando filosas preguntas que trataban de superar a las otras. Empujones, codazos y uno que otro golpe. Todos querían que la jefa de la policía respondiera sus preguntas, pero ella no tenía tantos oídos. Llevaba ahí más de media hora. Había dado un pequeño discurso sobre como marchaba la operación hasta el momento. Claro que ella decía que todo estaba controlado y que en cualquier momento lo atraparían, pero la realidad era otra. Era el momento de las preguntas. Pregunta tras pregunta. Era agobiante y cansado, en especial cuando te ves forzada a sacrificar un día tan bello como ese con tus hijos por un loco que tomo rehenes en un restaurante, y más a pesar de todo ien su día libre! Que le

había costado un mes de arduo trabajo y horas extras para darse ese gusto. Su paciencia se había agotado, ya ni siquiera le ponía atención a las preguntas, respondía cualquier cosa, y antes de permitirse cagar su reputación, decidió terminar con la pequeña conferencia de golpe.

-Esto ha sido todo, gracias.

Se puso sus gafas, se inclinó y bajo del escalón. Otro agente, de cargo importante, pero inferior al de Regina, subió a la tarima a disculparse y contestar las preguntas que el pudiera responder amablemente. Regina se dejó caer en el asiento de su auto, estaba cansada y molesta. Encendió el carro junto con el aire acondicionado. Libero su cabello rubio del chongo y dejó que cayera por sus hombros. Sin pensar en nada más, bajo su asiento y cerró los ojos para refrescarse. Pensó en sus hijas y se lamentó tener ese trabajo, aunque en cualquier otro trabajo la situación fuera parecida. Quería salir huyendo de ahí.

Frederick Reynolds acababa de recibir una noticia que él supo que sería clave para detener todo este alboroto. Víctor recién descubrió la visita que John le había hecho al doctor. No sabían que le había dicho este, pero pronto iban a averiguarlo. Hablaron a su oficina. El doctor no llegaba aun a su consultorio y no se encontraba en su hogar. Su secretaria les había dicho que no tardaría en llegar. No había mucho tiempo, así que le encargo a Víctor ir al consultorio a que el dijeran todo lo que tuviera que saber. Víctor excitado y nervioso a la vez, sería su primera vez en hacer de detective, era su sueño desde los ocho años.

-No lo defraudare, señor. Le traeré esa información.

-Más vale que lo hagas. No pierdas tiempo. Ve y tráeme esa información- dijo Reynolds apuntando con el dedo al aire-. Confió en ti chico- dijo mientras Víctor caminaba emocionado a su misión. Reynolds vio como el chico se trataba de abrir camino entre policías y civiles, y Frederick se preguntó si lo lograría. Cuando perdió de vista al muchacho se alejó de la camioneta donde recolectaban datos.

Detrás del ruido de los policías hablando por los altavoces, detrás del ruido de las cámaras y gritos de los periodistas, detrás de los civiles que solo estorbaban, pudo escuchar el inconfundible ruido de una motocicleta, pero no era cualquier motocicleta, era el pizzero. Se comunicó con su radio con los que custodiaban las entradas y les ordeno dejar pasar al pizzero, que avanzaba a vuelta de rueda a través de toda la gente. Al fin pudo pasar, se dirigió hacia Reynolds que le hacía señas con las manos.

-¿son las 10 pizzas?

-Si- contesto el muchacho-. ¿Qué está pasando?- pregunto viendo a los

policías por doquier.

-El efecto de un alma desesperada. Espera aquí, tengo que hacer una llamada.

Reynolds se alejó del repartidor, cuando estuvo en un lugar donde nadie podría escucharlo. Llamo a John. El teléfono sonó tres veces antes que contestara.

-No te alarmes, cielo. Los niños están bien.

-Tengo tu pedido. Pero antes tendrás que hacer algo por mí.

-Bien, bien. Morimos de hambre aquí, algunos ya lo han hecho. Espero tu llamada en diez minutos. No más, no menos.

-espe...

26

Metió el celular en su chaqueta. Recorrió con la mirada a todos sus rehenes mientras caminaba hacia los voluntarios. Se detuvo a unos cuantos pasos.

-¿Y bien?

Los cinco evadieron su mirada, John vio como la barbilla de Kevin no paraba de vibrar.

-¿Cuál fue su decisión?

Nadie respondía.

-Vamos, levántense. ¡Y quiten esas caras! Que deprimente es hablar con gente así- dijo John enérgico. Retrocedió un par de pasos en lo que se levantaban. Los 5 estaban de pie frente a John. Miradas fugaces se cruzaban entre ellos. Kevin y Daniela aún se agarraban de las manos.

-No pueden evadir esto. Así que díganlo, si quieren que solo sea uno...- John agito la pistola.

-¡El será!- grito Bob señalando a Kevin-. El, el será, el morirá. Eres un héroe chico.

-¡No! él no va a morir- dijo Marlene.

-Ya habíamos quedado mujer. Que débil eres. ¡Que débiles son todos!

Empezaron a gritarse y maldecirse, los otros tres intervinieron para aplacarlos, pero solo aumentaron la pelea. John se impacientaba, solo tenía diez minutos para acabar con eso. Así que hizo lo que debía hacer. Un disparo al techo basto para callarlos a todos y que se pusieran firmes como soldados.

-Decidan ya.

Su voz fue clara. Ya no podían aplazarlo más, tenían que decidir en ese momento, sino, bueno, creo que no hace falta decirlo. Estaban acomodados en fila y Aurora recordó el plan que habían descartado, el de las votaciones. Donde cada quien nominaba a uno diferente y no habría nadie con dos votos. Por lo tanto podrían retardar la muerte de alguien, o hacer desesperar a John hasta que los matara a los cinco, sea como fuera, tenían que hacerlo, era la única opción viable que podían hacer con tan poco tiempo. Aurora le susurro lo que pensaba a Marlene. Esta accedió.

-Haremos lo que habíamos acordado. Por votaciones, ¿entienden?- Marlene lo susurro, aunque sabía que era algo estúpido ya que John podía escuchar todo lo que hablaban, pero no quiso hacer caso a lo que hablaban, quería respetar los últimos momentos de los futuros cadáveres.

Todos accedieron afirmando con la cabeza, Marlene esperaba que todos hubieran captado. Y así fue. Todos recordaron lo que debían de hacer.

-Decidimos hacerlo por votaciones, el que tenga más votos será el que... usted entiende- dijo Aurora.

-No me importa como lo hagan. Pero háganlo.

-Bien, hagámoslo- dijo Daniela, después sacar todo el aire que pudo.

-Yo emezare- dijo Aurora-. Voto por Marlene.

-Voto por Daniela- dijo Marlene.

-Voto por Kevin- dijo Daniela.

-Voto por Bob- dijo Kevin.

Al tercer voto John supo lo que hacían. Le pareció buena respuesta que intentaran que nadie muriera, tal vez, si lograban su cometido, los dejaría

vivir, aunque los haría recordar el momento para siempre.

Llego el turno de Bob. Los cuatro morían de nervios, solo faltaba un voto y el destino dictaría lo que sigue. Los cuatro miraban a Bob y él los miraba a ellos. Su decisión marcaría la diferencia. Estaba entre dos cosas, lo seguro y lo no seguro. No quería arriesgarse, pero adentro de su ser no quería ser el causante de una muerte, o de varias. Pensó en sus negocios, en su dinero, en su esposa y sus amantes, en su familia y en los rehenes.

-¿Qué va a ser Bob?- dijo John impaciente. Se había aprendido los nombres mientras los demás votaban.

Después de un rato de silencio Bob había tomado una decisión. La más significativa y la que lo marcaría de por vida.

-Voto por... Marlene.

27

-¿Qué pasara ahora?- pregunto María.

-Lo inevitable- dijo Dylan.

-Ya está decidido. Marlene... vas a morir- dijo John.

-¡HIJO DE PUTA!

Un Kevin lleno de rabia se le abalanzo al instante. Sus ojos contenían lágrimas de coraje.

-¡Kevin!- grito Daniela. Trataba de apartarlo jaloneándolo de los hombros, pero no era tan fuerte. Quien diría que alguien tan flacucho tendría tanta fuerza.

-¡¡HICE LO QUE TENIA QUE HACER!!- dijo Bob tratando de apartar a Kevin a empujones-. ¡¡TENIA QUE SER ALGUIEN, CHICO!! ¡¡DEBERIAS AGRADECERME, TE SALVE EL MALDITO CULO!!

-¡¡TENIAS QUE SER TU!!

-¡CALLENSE YA!!

John tuvo que casi desgarrar su garganta para superar sus gritos. Daniela fue tras Kevin para tranquilizarlo. Bob no se acercó más al grupo y desde su posición acomodó su camisa y corbata. Marlene estaba perpleja.

-No sabes cómo lo siento, amiga- dijo Aurora en llanto buscando la mano

de Marlene.

-Que sea lo que tenga que ser- dijo una Marlene resignada.

-No tiene que ser así... ya verás que todo estará bien.

-Todo estará bien- interrumpió John-. Pero para ti, para ella la suerte se ha acabado.

-¿Puedes creerlo? La van a matar- dijo María.

-No si lo impedimos- dijo Dylan.

-¿Qué piensas hacer?

-Más vale que a nadie se le ocurra hacer algo estúpido, si eso pasa Marlene no será la única en perder la vida- dijo John para todos. Había escuchado los murmullos de Dylan y María, y aunque estos estuvieran alejados de donde estaba, John sabía que no podían estar hablando de otra cosa más que no sea librarse de eso.

Todos los voluntarios, menos Bob, se acercaron a Marlene. Compadeciéndose de ella y diciendo la mentira más mortífera que se pudiera decir en esos casos: todo estará bien. Cada uno abrazó a Marlene, Bob veía esto desde la soledad de su espacio.

-Bien, ya es suficiente. Marlene, da un paso al frente- dijo John.

Sus palabras fueron estacas para el corazón de Marlene, nunca pensó contemplar la muerte de esa manera. Nunca pensó morir de esa manera tan irreal. Dio el paso al frente viendo hacia la entrada del restaurante. La salida estaba ahí, solo tenía que caminar hacia allí. Pensó en hacerlo, pero solo tendría una muerte repentina. Siempre le había asustado la idea morir de una manera repentina, donde ella no supiera que iba a morir. No saber el momento cuando tu cuerpo deja de ser el transmisor del alma, eso le aterraba. Recordando su niñez, al padre que la abandono, al novio que la engaño, al chico que le gustaba en la secundaria, sus amigas, los buenos días, los malos días, al novio que ella engaño, a su esposo que amaba pero que tuvo que dejarla. Con la frente en alto y su cuerpo en posición de firmes. Dejo que la mano de John trazara una recta, desde el cañón del arma, hasta el punto entre los ojos de Marlene. Marlene imagino a su fallecido esposo tomándola de la mano. Eso le dio fuerza.

-¿Quieres decir tus últimas palabras?

-Si...- su voz no proyectaba ningún sentimiento-. Aurora, Kevin, Daniela, y todos los demás, fue un gusto conocerlos, lamento que haya sido en estas circunstancias. Aurora, dile adiós a mi familia de mi parte ¿sí?... para ti,

psicópata, espero que lo que estés buscando no le cueste la vida a los demás- se tomó unos segundos para ver a Bob, este se encogió de hombros y desvió la mirada, ni siquiera tuvo los huevos para verla a la cara-. Eso será todo. Adiós a todos.

-Bien, prepárate- dijo John.

Antes de jalar el gatillo, volteo a ver a Bob, perplejo viendo a Marlene. John sintió repugnancia hacia él. Volvió a poner su concentración en Marlene. Ella lo veía a los ojos. John le asintió con la cabeza y conto mentalmente hasta tres. 1...2...3... disparo. El cuerpo sin vida de Marlene cayó hacia atrás con un hoyo entre los ojos. Algunas personas del público (la mayoría mujeres) soltaron un chillido o un grito agudo.

John fue a su silla. Contemplo al público y a los voluntarios, solo unos cuantos lo veían, la mayoría veían el cuerpo inerte de Marlene. Bob se veía tan pálido como una salamanquesa.

-Pueden irse.

Eso iba dirigido a los voluntarios. A los cuales se les hizo extraño, aun sabiendo que esa había sido la promesa. Bob fue el primero en andar. Aurora y Daniela pasaron lentamente junto al cuerpo de Marlene, rezándole y dirigiéndole palabras. No tardaron mucho y siguieron su camino. Kevin iba detrás de ellas, se arrodillo junto al cuerpo y lo contemplo. La gran parte de su cara estaba teñida en rojo, con unos ojos verdes inexpresivos sin vida. Quería decirle algo profundo y con significado, pero no se le ocurrió nada. Solo un cálido "adiós" mientras cerraba sus ojos. Se levantó y vio el cadáver una vez más con respeto. Aurora y Daniela lo esperaban más adelante, camino rápido hacia ellas y tomo la mano de Daniela. Todos los veían marcharse de ese pequeño infierno.

Bob estaba a unos pasos de la entrada. Su arrepentimiento se había esfumado y había sido reemplazado por el aroma de la victoria. Puso su mano en la puerta de cristal y sintió una calidez que recorrió su espalda. Quiso empujar la puerta, pero no pudo, su fuerza se iba junto con su vida, se tambaleo hacia adelante y otras dos balas se le enterraron a la espalda. Antes de caer hizo un esfuerzo por voltear, cayó al piso boca abajo en dirección a John. No le dio tiempo ni de maldecirlo. Los tres voluntarios restantes se habían arrojado contra la pared al escuchar el primer disparo, claro, menos Aurora, ella simplemente se cubrió la cabeza y camino lo más rápido que pudo a la pared. John vio a los tres a los ojos y dio media vuelta. Daniela capto esto como una señal para que se fueran y así lo hicieron, caminaron rápido, lo más rápido que pudieron para salir de esa locura. Quien sabe que otras cosas les pudiera ocurrir a los que seguían dentro. Pasaron a través del cuerpo de Bob. Kevin fue el único

que paso encima de él. Antes de salir le arrojó un escupitajo.

Justo en el momento en el que salían por la puerta el celular sonó. Timbro solo una vez. La llamada había sido cancelada.

28

Aurora, Kevin y Daniela, aun conmocionados por todo lo que vivieron dentro, dieron gracias en su pensamiento por ver la luz del mundo exterior y dejar atrás esa pesadilla. Agarrados los tres de la mano se alejaron a pasos veloces del restaurante. Tuvieron que detenerse al ver la bola de policías y paramédicos que corrían hacia ellos. En un segundo se encontraban rodeados por todos ellos, los policías se acercaron y se quedaron en la distancia. Los paramédicos fueron los que acudieron a ellos, les preguntaron si estaban bien, si tenían heridas. Un policía a cargo, hablo por su radio y ordeno a los demás que se alejaran. Los paramédicos guiaron a los tres hacia una ambulancia cercana.

-Estamos bien, estamos bien- Decía Daniela mientras la examinaban junto con los demás, en señales de algún golpe o herida.

-Tenemos que asegurarnos- dijo el paramédico.

Una voz fuerte sonó detrás de los paramédicos. Un par de ellos se abrieron para que Frederick pasara

-Soy el agente Frederick Reynolds. El encargado de todo esto- dijo tendiéndole la mano a Kevin.

-Vaya jefe- dijo rechazando su mano. El otro bajo la mano.

-Quiero ir a mi casa- dijo Aurora.

-En un momento lo harán. Para que esto resulte, voy a necesitar que me cuenten cada detalle de lo que paso ahí dentro. Ayudaran a sus compañeros que siguen dentro. Necesito que revivan lo que acaban de pasar.

-Oficial, le digo que quiero irme a mi casa. En mi opinión, son todos unos imbéciles. Si todos estos hombres entran al mismo tiempo, el demonio que está adentro no podrá hacer nada. Y si lo hubieran hecho antes, nadie hubiera muerto. ¡Quiero que me lleven a mi casa! Quiero quitarme todo esto de encima.

-Está bien- dijo Reynolds. Señalo con los dedos a un par de policías-

Ustedes, escóltela a su casa y asegúrense que este bien.

Los policías fueron por Aurora. La tomaron amablemente por los brazos, y se la llevaron con un caminar muy despacio.

Aurora volteo hacia Reynolds. Su cara no tenía ni pizca de expresión positiva.

-Tiene que detenerlo, agente. No sabe lo que ha hecho, y no tiene idea de lo que podrá hacer. Es muy peligroso. Tiene que hacer algo ya. Antes de que mate a todos, usted incluido- dicho esto volteo y siguió caminando con su escolta.

Aurora dijo que quería ir a su casa. No sabía ni para qué, quería librarse de todo lo que acababa de pasar, pero todo le seguía pasando por la cabeza, como una película en fast forward. Esos recuerdos la iban a estar persiguiendo por el resto de su vida, sin poder dormir, y cuando lo conciliara, tendría pesadillas sobre aquel día.

-Discúlpenme un momento, tengo que hacer una llamada- dijo Reynolds, saco el teléfono y se alejó de la ambulancia.

John contesto al tercer tono.

-¿Te gusto mi regalo, corazón? Te prometo uno mejor la próxima vez, aunque no sé si llegaran completos.

-Llego tu pedido.

-bien, bien. Entrégamelas.

-Primero dime que fueron esos disparos de hace unos minutos.

-Hmm... nada en especial. Quería ver como se extinguía la llama de la esperanza en alguien con fe.

-¿Cuántos fueron?

-Solo dos. No quiero perder el ritmo.

-Te daré las pizzas. Pero tienes que prometerme que no mataras a nadie.

-Hecho. Palabra de caballeros... tengo unas condiciones para la entrega. Primero: Que el pizzero que las trajo me las de, que termine su trabajo. Segundo: Vendrá solo, no quiero sorpresas o trucos. O romperé la promesa y los sesos volaran. Tercero: nadie entra. El sujeto que las entregue se quedara a un metro de distancia de la puerta, y cuarto: el sujeto se largara después de que recibamos las pizzas. Recuerda, si algo

no sale según mis puntos, no hay garantía de sobrevivientes.

-En dos minutos estará ahí. Mis condiciones son simples: Nadie muere, nadie se lastima. Un movimiento en falso y este día tendrá un color muy negro para todos.

-El color negro es un color muy brillante para describir lo que queda del día. Dos minutos. Entendido.

Reynolds fue por el pizzero, que estaba sentado en su motocicleta mirando desconcertado para todos lados. Le dijo lo que tenía que hacer.

-¿iQue!? ¿iEstás loco!? ¿iPorque yo!?

-Porque es tu deber como ciudadano y trabajador. Y el pidió que tú se las des.

-No pienso hacerlo-

-Debes de. Ese fue el trato- Reynolds vio su cara de desesperación-. No tienes opción, pero te recompensaremos.

-No me importa, no lo hare.

-Lo harás. Si no, las personas de allí dentro podrían morir. ¿Quieres que personas inocentes mueran por tu egoísmo y cobardía de no hacer lo correcto?

-Emm... Está bien- dijo pensando que no había opción.

-Bien. Ve por las pizzas y ve al restaurante. Escúchame bien, no entraras ahí. Te quedaras a un metro de distancia de la puerta. Después de dejarlas regresas. Y no te preocupes, te cubriremos la espalda. ¿Alguna pregunta?

-No.

-Entonces has lo que te acabo de decir.

El pizzero fue a su motocicleta murmurando obscenidades. Tomo las pizzas y camino al restaurante. Reynolds saco su radio y dio órdenes. Algunos policías se acercaron un poco más al restaurante, sin ningún movimiento brusco.

No bastaban los cincuenta policías detrás de él, no le quitaban la sensación de estar solo. Cada metro le tomaba más tiempo cruzarlo, sus pasos se achicaban y el restaurante era inmenso. Se imaginaba a John como un sujeto de cabello largo, musculoso y lleno de cicatrices y tatuajes

de cárcel por doquier. Aunque la realidad era muy distinta, él no lo sabía. Cinco metros de la entrada. La sombra del local le llegaba a los pies. Se persigno y trago saliva varias veces. Luego eructo. Dejo las pizzas donde le habían dicho que lo hiciera. Su mirada solo veía el suelo. No quería ver, pero la curiosidad mato al gato. No puso su mirada en la entrada, solo vio de reojo una pequeña silueta que abría la puerta. Sintió miedo.

29

-No me pude contener. No me gustan las injusticias- dijo John. Refiriéndose a la muerte de Bob.

-Eso es lo que has estado haciendo todo este tiempo- dijo Rick. John volteo a verlo. Llevaba un largo rato sin hablar. Ya se había olvidado de él.

-No he hecho ninguna.

-Matar a un hombre inocente por querer ayudar a una mujer ¿eso es justo? ¿Quitarle la vida a alguien por que si es justo?

-No fue injusticia, fue demostración. El chico tenía que saber que la mujer a la que salvo no le importó su muerte. Ella no fue ni capaz de hacer algo por ayudarlo. No, me equivoco, si era capaz, solamente que no quiso hacerlo, porque si lo hacía, podría morir. No fue una injusticia, fue un acto contra el egoísmo de todos nosotros.

-Lo que sea. No tiene caso discutir contigo. De todos modos, para el final del día, estarás muerto. No hay marcha atrás, lo sabes ¿verdad?

-Claro que lo sé. No haría esto de no saber eso. Sabes, esto fue lo mejor que pude haber hecho en la vida. Ustedes como yo, deberían de disfrutarlo también. Ahora entiendo por qué la libertad no tiene precio.

-iTú no estás disfrutando nada! ¡Estas sufriendo! Y esto fue lo único que se te pudo ocurrir. ¡Esto no es toma de rehenes, es autodestrucción!

-¡exacto! ¡¡ESE ES EL OBJETIVO DE LA HUMANIDAD, LA AUTODESTRUCCION!!- dijo John a todo pulmón-. Pero antes de autodestruirme, te destruiré a ti.

Apunto a Rick, este se encogió de hombros y se movió hacia atrás desde donde estaba sentado. John lo quería muerto ya, pero el timbre del teléfono le hizo recordar la promesa de no matar. No es que la quisiera

respetar, si no que si disparaba se iba a armar un alboroto y tal vez su jueguito se acabaría más pronto de lo que él tenía planeado. Contesto al tercer tono (la plática fue la del capítulo anterior).

John no recibiría las pizzas, se expondría. Tendría que ir alguien más. Vio a su público y en la esquina donde acababa la fila de personas, estaba la mejor opción, abrazado de su madre.

-¡Hey, chico!

El niño se paró de golpe y fue con John de inmediato. La madre vio a su pequeño alejarse, furiosa, dentro de ella había un ardor que desgarraba cualquier ligamento, pero en su exterior era serena, dispuesta a explotar en el momento correcto. El niño llegó con John, él le puso la mano en su cabello y lo revolvió en un gesto amistoso.

-¿Te gusto lo que hice?

-Fue geeeencial, en serio, como le disparaste a la espalda. ¡Eres el mejor matando gente!

-Lo sé. Fue muy divertido, que bueno que lo disfrutaste. ¿Me harías un pequeño favor?

-Sii.

-Cuando te lo diga, vas a ir a la entrada y recogerás las pizzas, son diez. Solo las tomas y entras, no le hagas caso a nada más. Cuando las traigas, te podrás quedar con una para ti solo. Y no te preocupes, en unos momentos más, mataras a alguien.

-¡Por fin! ¡Ya quiero hacerlo!

-Lo harás. Mientras espera mi señal para que vayas por las pizzas.

-De acuerdo.

John se preguntó cómo sería la vida de ese niño en quince años. Se preguntó si volvería a actuar como lo hacía ayer. ¿Y su madre? ¿Cómo sería la conducta del niño después de este día? Era una lástima que John no pudiera ver como creciera el pequeño, pero tenía esperanza que no fuera otro ladrillo en la pared, sometido al sistema. El niño se quedó parado frente a John, mirando su cara. ¿Dónde estará su padre? Era casi seguro que no tenía uno, tal vez vio en John una figura paterna, un ejemplo a seguir. Calculo que habían pasado los dos minutos y lo mando por las pizzas. El niño haría cualquier cosa que él le dijera, sin siquiera cuestionarse, sin saber si hacia mal o bien, no lo diferenciaba. Tal vez no lo necesitaba, tal vez no lo necesitamos. Tal vez no haya mal o bien, solo

incomprensiones.

El niño vio el exterior parado frente de la puerta. Ahí estaba el pizzero, dejando la comida en el piso y viendo de reojo el interior. La puerta se abrió y el niño salió. A Reynolds se le cambiaron todos los planes. El pizzero estaba a punto de salir por pierna, pero no pudo moverse cuando vio al niño ¿qué coño pasaba?

-Hola- dijo el niño.

El pizzero no respondió.

-¿Has matado a alguien?

-...No- dijo el pizzero, desconcertado.

-Yo tampoco. Pero pronto lo hare- dijo el niño, sonriente. Fue apresurado por las pizzas y se las llevo arrastrando hacia dentro. Las empujo hasta John.

-Bien, bien. Vamos, toma una entera y llévatela para ti solo- dijo John. El niño volvió a sonreír. Su día estaba lleno de sonrisas y sorpresas. Tomo una pizza y fue corriendo con su madre, esta como de costumbre lo abrazo fuerte cuando volvió. Nunca se sabía cuándo iba a ser el último abrazo. El niño sin pensarlo abrió la caja y comenzó a engullir los pedazos, le ofreció a su mama, pero esta se negó.

-Tu, Linda- dijo John, dirigiéndose a Dylan-. Reparte un pedazo de pizza a cada quien, hay que comenzar el convivio.

Dylan lo vio con desprecio, se levantó y fue por las pizzas. No hablo, solo hizo lo que le ordenaron. Cogió una caja y pasaba de lugar a lugar para que todos tomaran un pedazo, cuando se acababa una pizza, dejaba la caja a un lado y agarraba otra para seguir repartiendo, lo hizo hasta terminar la tarea. Cuando acabo John lo incito a agarrar un pedazo, lo hizo y fue a su lugar otra vez. Todos sostenían el pedazo de pizza, entero, ninguno lo comía, solo el niño.

Todos lo odiaban. Todos querían matarlo, pero nadie lo desobedecía, todos hacían lo que John decía. Como en el experimento de Milgram, todos obedecían sin cuestionar al sujeto de la bata blanca, aunque en esta ocasión, no era una inofensiva bata, sino una pistola. Un arma que si desobedecías, te arrojaría un trozo de metal que te atravesaría el cráneo como si fuera mantequilla.

-¿No van a comer?

Nadie respondió.

-¡Vamos! Las traje para ustedes, para que pasen un buen rato. Deben de comer, así tendrán energía para lo que viene. ¡Coman!

Algunos comieron, otros siguieron ignorando la pizza.

John sabía lo que estaba pasando fuera. Se imaginaba a Daniela, Aurora y Kevin contando todo lo que habían pasado a Reynolds. Este los escucharía con atención tratando de encontrar algo útil. ¿Lo encontraría? ¿Habría John hecho algo que delate algo más profundo para el beneficio de Reynolds?

John rio. Su risa lleno el lugar. Camino hasta la persona más cercana a él, sonriente. Se puso en cuclillas, a la altura de su cara.

-¿Te gusta?- dijo John. El tipo masticaba la pizza. Trago rápido.

-S-sí.

¿Te gusta estar aquí?

-...No.

-¿Quisieras irte?

-Si- el tipo estaba temblando.

-¿Sabes? Puedo sacarte de aquí. En serio, lo puedo hacer. Podrás ser libre de nuevo. Te lo preguntare otra vez, ¿quieres irte?

El tipo lo pensó un momento. No sabía que responder. No sabía que creer.

-¿Quieres irte?

¿Irse o no? ¿Lo dejaría irse o eso ocasionaría otro juego enfermizo?

John se acercó a su cara, sus narices rozaron.

-¿Quieres irte?

El tipo se hizo hacia atrás.

-Sí, si- dijo con los ojos cerrados.

-Puedes irte. Con una condición claro. ¿Aceptas?

-¿Qué tendré que hacer?

John se levantó y camino a su silla.

-No tendrás que hacer nada, solo recibir, una bala. No te preocupes- dijo John moviendo las manos-. No te matara. Considéralo como un sacrificio para la libertad. El dolor antes del placer hace que valga la pena.

-¡Vamos, no morirás! Además, hay un montón de paramédicos ahí fuera ¿a qué le temes? ¿Lo harás?

...

John se volvió a acercarse a él.

-¿Le temes al dolor?- agito la pistola.

-¡Por supuesto!

John rio.

-¡Sin dolor no hay vida completa! Nadie está exento de él.

Desde el lugar donde el tipo estaba sentado, hacia ver a John más grande y corpulento pero era solo un efecto de la posición.

-¡Levántate!

Una descarga eléctrica paso por la espalda del tipo.

-Te enseñare algo, levántate... ¡vamos!

El tipo miro a los demás rehenes, como en casos anteriores, muchos le retiraban la mirada, nadie quería simpatizar con su situación. No vio otra salida, así que se levantó. Con miedo y pensando lo peor. ¿Qué era lo peor?

John le hizo una seña con la mano para que permaneciera donde estaba. Obedeció. Hizo otra seña, dirigida a otra persona. A los pocos segundos, el niño se acercaba con un gran pedazo de pizza a medio acabar, con sus mejillas manchadas por queso y salsa. Cuando llego, John le acaricio.

-¿Cómo está la pizza?

-muy rica. Gracias.

-Te tengo otra sorpresa.

-¡Genial! ¿Qué es?- pregunto eufórico.

John le tendió la pistola.

-WOW.

El niño dejó caer la pizza. Tomó la pistola con cuidado y con ambas manos.

-Lo prometido es deuda. No dispares a matar, solo espántalo un poco.

-Entendido.

El niño con sus dos manos levantó la pistola y apuntó al tipo. John se acercó a él y le dio algunas indicaciones en la oreja. También le dijo que si alguien del público hacía algo raro podía disparar a matar. John estaba desarmado, era el momento de los rehenes de poder salir, pero nadie se movía de sus lugares. Le temían al niño también.

John retrocedió dos pasos, y dejó al niño con el control. El tipo no se movía. No veía a John ni al niño, ni al público, eran todos desconocidos para él. Solo veía el cañón de la pistola y la posibilidad de morir. El niño tomó aire, contó hasta tres mentalmente, exhaló y, a continuación, disparó. El tipo recibió la bala y dio un grito ahogado, cayó al suelo y grito de dolor, sus ojos se llenaron de lágrimas. Dos personas del público se levantaron para ayudarlo, pero John se movió como rayo para quitarle la pistola al niño y amenazar a los otros para que volvieran a sentarse. A la misma velocidad que John tomó la pistola ellos volvieron a su lugar. El tipo se revolcaba por el piso. Idiota exagerado, pensó John, el sujeto no conocía lo que era el verdadero dolor. ¿Quién lo hace? ¿Los que sufren más?

-¡Deja de andar de maricon y levántate!- John se acercó a él y le pisó la rodilla. El tipo gritó todo su pulmón-. ¡Solo fue en el hombro, tienes tus dos piernas, levántate!... levántate o empeorara.

El tipo no tuvo otra opción más que levantarse. Aun acostado en el piso, volteó a ver los ojos de John. Vio odio. Quitó su mano del hombro y observó como la sangre se escurría de entre sus dedos. Nunca había tenido una herida de ese tipo. Hizo un esfuerzo por levantarse, pero volvió a caer gracias a que se apoyó de su brazo lastimado. Se llevó la mano otra vez a la herida e hizo otro intento, lo logró.

-Está loco- dijo el tipo.

-Sí, creo que esa es la definición que me pondrán de ahora en adelante. Puedes irte, ahí está la puerta- John dio media vuelta y le indico al niño que se fuera a sentar, no sin antes prometerle disparar otra vez.

-¿Cómo te sientes?- exclamo John, mientras el otro se alejaba.

-De la mierda- susurro el otro, nadie lo escucho.

-¡Te sientes vivo! No desaproveches eso.

Puedes sufrir porque estas vivo. Sientes dolor por que tu cerero sigue despierto. Le tomo a John 44 años darse cuenta de ello, le tomo todo esto. Se imaginó como seria su vida si no se hubiera dejado influenciar por las emociones negativas y la poca comprensión que tenia de las cosas. Se arrepintió, se arrepintió mucho. Pensó en que si hubiera sido más comprensivo y abierto, su esposa seguiría viva. Tal vez tuviera una vida feliz, tal vez no hubiera necesitado descargar su ira en un restaurante. Tal vez, un abrazo de su esposa hubiera bastado para detener el mundo. Sus ojos se pusieron vidriosos, quería romper a llorar, pero no podía, no frente a todos ellos, no frente a su público. Removió todos los pensamientos de su mente y limpio sus ojos.

-Suficiente existencialismo. A lo que sigue.

Antes de que pudiera pensar en lo que iba a hacer. Sintió que algo no estaba bien, algo en el aire no estaba como debía. Recorrió el restaurante con la mirada: las mesas, los rehenes, los cadáveres. Todo en orden. Levanto la cabeza, y por segunda vez, vio al exterior. La primera vez lo vio cuando llegaron los policías, después de eso solo veía el exterior de reojo, no quería ver todo lo que tenían preparado para él. Afuera estaba todo como antes, bueno, había más policías. Pero había algo que no estaba bien: el ruido. No había ruido de movimiento de los policías, Reynolds no hablo después del disparo. No hablo después de que el tipo salió. ¿El tipo? ¿Dónde estaba? Si acababa de salir. Recorrió el exterior minuciosamente, no lo veía. Alejado, en una ambulancia, se encontraba el tipo. Sintió alivio al verlo. Lo que podía ver eran a dos hombres examinándolo, y segundos después lo metieron a la ambulancia, la cerraron. Todo lo demás era silencio, los policías firmes en sus posiciones. Pero algo seguía sin cuadrar. Hasta que recordó. Ya había pasado algo de tiempo y no habían podido sacarlo. Solo podía significar una cosa: Francotiradores.

30

-¡Otro más! ¿Cuántos más morirán Dylan?- dijo María. Todavía no se acostumbraba a ver los cadáveres caer.

-No está muerto. Ve bien.

-Aun así, esto no debería de pasar. No puedo seguir mirando. No puedo con esto.

-Es difícil, pero si puedes, ya soportaste todo esto. Si quieres salir de aquí, tendrás que ser fuerte.

Dylan no creyó ninguna de las palabras que dijo. Moría de miedo también. Era horripilante pensar que él podría ser el siguiente en recibir otra bala, o María, o cualquiera de los demás rehenes. Dylan recordó la actitud de John con el guardia de seguridad, se acordó de su teoría, John actuaba según la actitud y acciones de la gente. Si alguien hacía algo raro o desafiante, moría. Si quería alguien conversar, John conversaba. Esa era la idea de Dylan. Pensó que la respuesta para salir de ahí era esa. Tenía que basarse en ello. El guardia de seguridad seguía tumbado junto a la puerta, tumbado en la pared, respirando, o eso era lo que parecía. Eso era bueno. De pronto sus ojos se iluminaron. El guardia tenía una pistola y John no se la quitó, la pistola debía de seguir tirada en algún lado. Sorprendente que nadie la hubiera visto. Recorrió los lugares próximos donde le dispararon al guardia, cada baldosa del piso era examinada con mucha atención. Cerca de donde estaba tumbado el guardia, a dos metros como mucho, había una mesa con sus respectivas sillas, esa parte del restaurante no la movieron, y detrás de la pata de una de las sillas, se encontraba la pistola. Ni siquiera John la había visto. Era un buen momento para Dylan. En ese momento, sus esperanzas volvieron. Y ver a Linda de nuevo era más probable. ¿Pero cómo iba a tomar la pistola? Y lo más importante ¿Cómo le iba a ganar a John en un duelo? Dylan no tenía ninguna experiencia en armas, ni en combate, pero si un niño pudo dispararle a alguien, ¿Por qué el no? debía de haber una manera de llegar hasta esa pistola. Le contó lo que pensaba de John y sobre la pistola a María. El plan tenía que partir de ahí.

-Creo que tienes razón, pero ¿Cómo llegamos hasta ella?- dijo María.

-Es lo que aún no descifro. Tendremos que crear una distracción.

-La gente está esperando un plan o al menos eso hacían. Podemos crear uno con ellos.

-El problema es la comunicación. ¿Cómo se los diremos sin llamar la atención del loco?

-Mierda. Esto es difícil. No sé qué hacer.

-Tampoco yo. Supongo que es porque nuestro cerebro nunca contemplo la

posibilidad de que esto pasara.

-¿Qué pasaría si solo esperamos?

¿Esperar que?

-El final. Llevamos aquí alrededor de dos horas. Esto no va durar mucho. Toda la fuerza esta allá fuera, esto no tardara mucho.

-Podríamos hacer eso, pero va a seguir habiendo muertes.

-Que sobreviva quien pueda.

-¿En serio? Hace unos minutos llorabas por los muertos y ahora dices eso, ¿Qué pasa?

-No lo sé. Nada. Todo. Solo quiero salir de aquí- dijo María. Llorando, otra vez.

Dylan le froto la espalda.

-Deja de quejarte de lo mismo, así no solucionarás nada.

Dylan continuó acariciando su espalda. John se acababa de sentar, parecía asustado, veía para todos lados fuera de las ventanas. Sintió dos golpecitos en el hombro. Dylan giro de golpe. Era un sujeto al lado suyo, puso un dedo en su boca haciendo la señal de silencio.

-Yo también la veo- le dijo.

Dylan frunció el ceño, no sabía de qué hablaba.

-La pistola- dijo el hombre. Su voz era gruesa. Era un hombre grande, con una barba descuidada de varios días.

-Sí. ¿Tiene alguna idea?

-¿Para llegar a ella? Sí. Caminando.

-Que sutil. ¿No tiene otra idea que no nos mate?

-No. Es que eso es lo que hay que hacer, lo que hay que planear- acerco su cara a la de Dylan-. Es como acercarse a la pistola.

-Es lo que decía- dijo Dylan susurrando. Trato de no desesperarse, el tipo podría salir con una buena idea después de todo.

-Hay que hacer una distracción, y en esa distracción, otro corre por la pistola, la toma y mata a tiros al hijo de puta ¿te parece?

A Dylan le pareció arriesgada la idea, pero era la mejor que había hasta el momento.

-Sí.

-Bien. Por cierto, James.

-Dylan.

Y estrecharon sus manos.

31

El condenado golpeteo de las llaves contra el vidrio hizo que despertara. Volteo hecha una furia a la ventana del auto. El policía que golpeaba la ventana puso las manos en alto e hizo una reverencia para disculparse con su jefa por despertarla. Le hizo una seña con la mano de que la llamaban y se fue lo más rápido que pudo, no quería encontrársela enojada. Regina Walker vio con desdén como se alejaba el hombre, fue más molesto que las tres alarmas que la despertaban a las 4:30 a.m. cada mañana. Abrió los ojos como platos y busco su celular con prisa, no sabía cuánto tiempo había estado dormida, ni siquiera sabía que se quedó dormida, solo iba a descansar los ojos un rato. Vio la hora en su teléfono.

-Mierda- dijo mientras salía del vehículo. Busco a Reynolds con la mirada, pero solo vio a Carlos, acercándose a ella. Regina se acomodó el cabello que estaba todo aplastado por el asiento del carro. Metió una mano a su bolsillo y se llevó una menta a la boca. Odiaba el mal aliento, en especial cuando provenía de ella. Siguió caminando, sabía que Carlos le iba a decir algo, pero le parecía más importante dirigirse a donde Reynolds. Carlos le hizo una seña con la mano. Ella se detuvo y espero a que el llegara.

-¿Mala noche?- dijo Carlos, en tono amistoso. Mirando las ojeras de su jefa.

-Mala mañana- respondió ella.

Carlos puso cara seria.

-Jefa. Esto está yendo a ningún lado. Estamos en un círculo. Quiero que me deje entrar en acción, mientras más dejemos pasar el tiempo, más muertos habrá ¿ya cuantos muertos hay? Los testigos hablaron de alrededor de 4 o 5 muertes, quien sabe que más este pasando allí dentro.

Necesitamos actuar.

-Lo sé, pero Reynolds tiene un plan. Ahora voy a que me diga que es lo que está pasando. Y guarde la calma, agente. Recuerde que nadie quiere que haya más muertes. Debería de saberlo. Reúnete con él, quizá puedan sacar un plan juntos. Los dos son de los mejores agentes que tenemos. Aprovechéense. Ahora, si me disculpas.

Regina siguió su camino. Carlos se quedó dónde estaba, pensaba que todo esto era una pérdida de tiempo. El ya habría entrado a la fuerza y hubiera detenido todo esto, quizá hasta con menos muertes, pero nadie parecía comprenderlo, todos querían seguir el protocolo. Pasó su mano por el cabello y se dispuso a caminar en círculo por el restaurante.

Regina llegó a donde Reynolds, él estaba junto a una patrulla hablando con Víctor, que había regresado de hablar con el doctor que atendió a John hace unas semanas. Reynolds vio a Regina, le dijo algo a Víctor, este sonrió, y Frederick camino hacia ella.

-Tiene razón, jefa. Es igual a todos.

-Lo sé. ¿Qué descubrió agente?

-Está enfermo.

-¿En serio? Nunca lo hubiera sabido- dijo Regina.

-Enfermo de verdad. Esclerosis lateral amiotrofica.

-¿Con eso no debería de estar en una silla de ruedas?

-Aun no. Se le diagnostico hace unas semanas, pero no creo que tarde mucho en caer.

-¿Cómo un sujeto puedo hacer todo eso en esas condiciones?

-Tiene fuerte voluntad. Quiere joder al mundo.

Regina se quedo pensativa.

-No me importa la enfermedad. Me importa que siga allá dentro matando gente. Tienen que hacer algo ya. Medio cuerpo de policía está aquí. Úsalos. Te daré treinta minutos. Si no haces algo en ese tiempo, dejare a Carlos al mando ¿entendido?

-Sí, jefa.

-Bien. Ahora si me disculpas, tengo que limpiar la cagada que están dejando.

Regina se fue y Reynolds se sintió incompetente por no haber cogido al criminal ya. Normalmente no tardaba tanto. No era que John fuera diferente, él lo veía diferente sin saber por qué. John Digger, ese nombre lo había escuchado antes.

-Víctor- grito Reynolds.

El otro llegó tan rápido como pudo.

-¿Qué pasa, señor?

-Es algo que debería haber hecho ya. Tráeme una foto completa de John Digger.

-sí, señor, enseguida.

Víctor se fue corriendo. Era un joven entusiasta.

32

Aunque llevaban todo el tiempo rondando, el ruido de los helicópteros lo espanto. Sentía que se acercaba el final y tenía miedo. Algunas personas del público lo miraban diferente. John lo noto, no hizo nada al respecto. Le preocupaba más que una bala le volara medio cerebro en cualquier momento. Pensó en por que mierda había hecho todo eso y no pudo encontrar una respuesta clara. Se sentía inseguro. Débil. Pequeño. La pistola ya no le proporcionaba fuerza. Se llevó una mano a la frente. Los rehenes empezaron a susurrar entre ellos. Los susurros cada vez se convertían en voces normales y simulaban el ruido de un restaurante. John los escuchaba. Escucho a Rick decirle al sujeto de junto que se estaba quebrando, que era una cuestión de tiempo. Por supuesto que era una cuestión de tiempo, John sabía que ese día iba a morir de una manera o la otra. Se quitó la mano de la frente y vio a su público. Ya no tenían la cara de pánico de hace un momento. Eso enoja a John. Pensó que ya no tenía el control de la situación, lo cual lo hizo enojar aún más. Se dijo a si mismo que no se debía dejar llevar, respiro profundo, se tranquilizó un poco y vio las cosas con mayor claridad. Recordó el por qué estaba allí y por qué quiso hacer todo eso. Se levantó de golpe.

-¡CALLENSE YA!- Disparo dos veces al aire. Su público hizo un "oh" en unísono. Se paseó frente a los rehenes, viéndolos a ellos y viendo a las

ventanas. Una mujer acerco su boca al oído de un hombre.

-no hables!- amenazo John, apuntando en medio de las cejas de la mujer, su cara daba más miedo que la pistola. La mujer quedó paralizada.

-No hables.

-No hables.

John dio un paso hacia ella, la miro unos segundos y con las mismas con que la apunto, bajo el arma y siguió caminando.

Paseaba viendo a los rehenes a la cara, uno por uno, memorizaba cada rostro. Iba a ser un hermoso recuerdo... o momento. Después pensó que era una estupidez, como podría ser un hermoso recuerdo si había un 95% de probabilidad de que muriera ese mismo día, en unas cuantas horas. Pero eso no importaba, iba a seguir vivo aterrorizando las mentes de todo su público por casi una vida. Eso lo reconfortaba, él iba a seguir vivo en la mente de todos ellos, y también iba a vivir en la historia de la ciudad, como el sujeto que tomo un restaurante y causo pánico y estragos. Su nombre no iba a ser uno cualquiera, como los de la mayoría, cuando escucharan su nombre, John Digger. Se estremecerían, otros recordaran el odio y la impotencia, y otros simplemente sentirán desagrado, pero todos sentirán algo en sus corazones. En el fondo de su ser, como una puerta que no quiere ser abierta, estará John Digger.

Caminada cerca de sus rehenes, viéndolos, paso por donde estaba Dylan y María, luego por donde Rick, y por ultimo donde el niño y su madre. El primero le sonrió. John le devolvió la sonrisa. Arriba de la cabeza del niño se asomaba un escote que no se podía evitar ver. Redondas y firmes. John subió la mirada para verlo mejor, tenía años en que no sentía esa emoción de ver algo así, hoy era un buen día, incluso para morir. Desde que murió su esposa, no había tenido sexo, no porque no pudiera, siempre estaban las putas, no lo tenía por qué no le apetecía. Tardó años en volverse a fijar en las mujeres, cuando salía a la calle las veía y a la vez no las veía, no le importaban, hasta Linda. Un día, quería encontrar un nuevo lugar para desayunar, harto del pequeño negocio de café que estaba a una calle de su casa. Un día se decidió por cambiar de lugar y encontró ese nuevo local a unas calles de su trabajo, no tenía ni un mes abierto, pero era mejor que ese tal Starbucks, lleno de jóvenes y jóvenes adultos, donde John tenía que oír las conversaciones a lo lejos en las cuales cada joven pensaba que tenían la razón y eran únicos, y no se daban cuenta que eran exactamente igual a todos los demás, con los mismos deseos y sueños. La comida era buena y no era cara. Empezó a desayunar esa semana ahí, pero aún no estaba seguro de que ese fuera su lugar ideal para desayunar. Hasta el tercer día. El primer día de trabajo de Linda. Torpe, coqueta y tierna. Ella le llevaba a John pan y café,

cuando los iba a poner en la mesa tropezó y derramo todo el café en la mesa, mojando el periódico de John. Ella no paro de decir que lo sentía, estaba muy preocupada, era su primer día de trabajo y ya llevaba dos platos rotos. John trato de tranquilizarla, ella estaba a punto de llorar. Después de un rato el encargado del lugar le llevo a John un café y pan. Por cuenta de la casa, claro. Después se fue y se acercó a hablarle a Linda, John los veía, ellos estaban detrás de la barra. Discutiendo. El encargado agitaba las manos y Linda lo escuchaba viendo al piso y asintiendo, seguramente conteniendo lágrimas. Después de un rato, el encargado le hizo un gesto para que siguiera con su trabajo, ella asintió con la cabeza y fue a atender una mesa, en la cual la pareja de ancianas no dejaba de ver la discusión, cuando vieron que Linda se acercaba a su mesa, retiraron la mirada de ella y simularon que hablaban de otra cosa y que no la habían visto. El rato pasó y John termino de comer. Se fijó en Linda, hablaba con un señor de mediana edad en una mesa de fuera, al parecer se había equivocado de pedido. El señor pidió un club sándwich y ella le trajo un panino de jamón, queso y salami. El encargado estaba viendo todo eso tras la barra. John se levantó de su silla y fue a donde se encontraba el, pago su comida y comenzó a hacerle platica, del establecimiento. Después de conversar un poco, le hablo sobre Linda, le dijo que se notaba que no era buena en su trabajo (¿Quién lo es cuando empieza?), pero que era una buena chica, en conclusión, que le diera una segunda oportunidad, que lo haría bien. John recibió su cambio y fue a su mesa a recoger sus cosas. John tomo su maletín y dejo en la mesa una generosa propina, cuando volteo, Linda estaba detrás de él, sonriente. Había escuchado su plática con el encargado.

-¡Muchas gracias, señor!

-No tienes que agradecer- dijo John. Sin saber a qué se refería Linda. Ella se acercó y puso sus manos en los hombros de John.

-En verdad, ¡gracias!- y le planto un beso en la mejilla. En ese momento John había encontrado su lugar ideal para desayunar. Su cara se ruborizo. El acercamiento fue fugaz, pero la sensación del húmedo beso seguía ahí, y ahí se quedaría un buen rato. John se despidió de ella, dijeron un par de comentarios graciosos y se fue. La sonrisa de idiota le duro todo el camino hacia al banco, también la sensación del beso.

Al día siguiente, John se encontraba ahí de nuevo, nervioso por si Linda no se aparecía, llevaba ya media hora ahí y ni rastro de ella. Decepcionado, se dispuso a pagar la cuenta e irse. Justo en ese momento entro Linda, con el cabello alborotado y sofocada, habría corrido para llegar allí. John esbozo una sonrisa en gracia a la situación de la chica. Volteo a ver al encargado y este lo vio, ambos se saludaron con la cabeza. Dejo que Linda le hiciera la cuenta. Desde ese día, John no podía ir a

trabajar sin antes tener una dosis de la bella chica.

Linda le bastaba para no pensar en su esposa.

De vuelta a la situación actual, los pechos le pertenecían a la madre del chico, afortunado el padre. John la vio a los ojos y toda erección bajo como una montaña rusa. Sus ojos destilaban odio puro, el delineador se había corrido, y sus ojos hinchados por el llanto le daban un aspecto de miedo. La parte superior del labio de la mujer temblaba con un ligero toque hacia arriba, parecía la expresión que hace un animal cuando muestran sus colmillos para ahuyentar al contrincante. John se alejó de ella, no sin antes devolverle la mirada. Sintióse más cómodo consigo mismo, decidió continuar con lo que sea que fuera a hacer.

-¿Alguien quiere más pizza?- le ofreció a su público.

Todos habían acabado con sus pedazos. Y para la sorpresa de John, la mitad de las personas alzaron la mano para comer más.

-Está bien- dijo John sonriendo-. Chico, ya sabes que hacer.

El niño se quitó los brazos de su madre de encima, camino y agarró una pizza que fue pasando por cada persona, más de la mitad tomó un segundo pedazo. Después de eso John le indicó que se sentara. No se había dado cuenta del hambre que sentía, parece que tratar de quedar en la historia quemaba más calorías de las pensadas, tomó un pedazo de pizza y engulló la mitad de un mordisco. Alzó la vista a los cristales y quiso por primera vez, saber quiénes eran los que conspiraban contra él. Ahí fuera estaban los mismos policías en sus posiciones, otros rondaban el lugar para ver que podían hacer. Más allá, en una ambulancia, estaba todavía el sujeto que dejó salir, sentado sujetándose la pierna ahora vendada, un paramédico estaba hablando con él. A cinco metros del vehículo, había dos hombres conversando, uno grande y moreno y el otro flaco y pálido, el grande sujetaba una foto y el otro le decía cosas, después los dos callaron y alzaron sus caras dirigiendo su vista al ventanal del restaurante. ¿Coincidencia? Tal vez. Pero el hombre moreno de espalda ancha veía exactamente donde John estaba, parecía que veía a través del vidrio oscuro, directamente a los ojos de John, John también le observó, ambos lo hicieron por unos segundos. No había dudas, John sabía de quien se trataba, era Frederick Reynolds, y no era la primera vez que se veían.

33

John Digger. El nombre sin duda lo escuchó antes, ¿comprometido en un crimen, o detenido alguna vez en los primeros días? donde Frederick era solo un novato. No era posible, John tenía limpio su registro policial. O tal vez no solo lo escuchó, también lo pudo haber conocido, pudieron haberse estrechado las manos y compartir sus nombres en un cualquier día

pasado, pero ese nombre le causaba incomodidad, un sentimiento pesimista que no sabía su procedencia, un picor en la piel que no se quita por más que lo rasques. Dio vueltas y vueltas en su cabeza tratando de recordarlo, recordar a aquel hombre que ahora tenía que detener. Era inútil, su cerebro era libre de todo John Digger. Víctor aun no regresaba, ¡maldita sea muchacho!, ¿Dónde te metes?

Pensando en otras cosas, estaba Regina, la presión de los periodistas, la amenaza de alguna imprudencia de Carlos y la posible sorpresa de más personas muertas ahí dentro. Se tenía que hacer algo pronto, algo rápido y efectivo. La opción de entrar por la fuerza y detenerlo había sido descartada por el momento, no sabía lo que pudiera pasar si hacían eso. John no le temía a la muerte, pero sus rehenes sí, y la policía teme por ellos, así que el resultado sería una posible carnicería por manos de John. La otra opción, hacerlo caer mediante negociación, pero si no había podido derrocarlo antes, ¿Cómo lo haría ahora? Tanta experiencia de los muchos casos y situaciones difíciles que se había enfrentado en su vida parecían no servirle de nada. El control parecía escabullírsele de las manos, y eso no le gustaba a Reynolds, él no podía estar en armonía con el caos, todo debía de llevar un orden, un control. Pensó en cómo había resuelto casos pasados, situaciones más difíciles, como cuando detuvo a un suicida con una bomba pegada a su pecho en un edificio corporativo. Hizo que el tipo se rindiera pacíficamente y luego este le agradeció por haberlo hecho recapacitar de no volarse en pedazos junto con un edificio con más de cien personas dentro. Se le ocurrió a Reynolds que sus años ya habían pasado, que esa luz llena de fuerza y voluntad se apagaba, tal vez era tiempo de dejarle la tarea de campo a alguien joven y encargarse de mantener el orden del país detrás de un escritorio hasta que decidiera alejarse de todo eso en definitiva. Su confianza estaba decayendo gracias a un idiota de quien no podía recordar ni siquiera su puto rostro. Eso lo enojó e hizo hacerle querer reventarlo a golpes. Sí. Eso haría, en cuanto lo viera, lo iba a machacar a golpes hasta que su enfermedad lo dejara inservible para el resto de su vida. O quizá solo le volara los sesos de un tiro. Cualquier cosa era posible.

Vio a Carlos paseándose cerca de ahí, contemplando el local, tenía sus manos en la cintura, corriendo su saco hacia atrás, sus ojos analizaban todos los puntos del restaurante. Reynolds fue con él.

-¿Estás pensando en algo?

Carlos lo miro.

-Algo así. Pienso en John Digger. En las declaraciones de los rehenes. Si no estás a favor de usar la fuerza, creo que podemos quebrarlo.

-¿Cómo? Él no está respondiendo, lo único que hemos sacado, es que nos

mande a la mierda.

Carlos rio.

-Frederick Reynolds. Perplejo por un cualquiera. Jamás pensé en que llegara este día. Pero cambiando de tema ¿recuerdas las declaraciones de los rehenes?

-Sí, ¿Qué tienes en mente?

-Esos años te están afectando, colega. Ellos salieron ilesos. Los primeros, la anciana y los otros dos jóvenes. Dijeron que estuvieron en una especie de juego, y John cumplió su palabra al dejarlos salir. También lo que dijo el sujeto que le dispararon, dijo que John lo hizo para hacerle ver algo, que se lo agradecería. ¿No lo ves? Les está dando lecciones, en una forma retorcida, pero este tipo quiere que aprendan algo, que se queden con eso para toda su vida. ¿Tú crees que el sujeto ese va a olvidar que un loco le disparo en la pierna?, ¿crees que olvidara lo que le dijo? Nunca. Probablemente sueña con eso por años, coño, quizá nunca vuelva a comer en un lugar público. John busca que lo recuerden, quiere dejar su huella en la Tierra. No quiere ser olvidado.

Reynolds estaba sorprendido. Nunca había visto a Carlos hacerle un análisis a un criminal, estaba creciendo, la mariposa salía del capullo, salvo que Carlos nunca fue un indefenso gusano. Su época llegaba, la era de Reynolds terminaba para abrirle paso a una nueva. Grandes cambios están por llegar, pensó Reynolds. Grandes cambios.

-Me sorprendes, chico. Ya empiezas a sonar como un buen policía- Carlos hizo como que no puso atención a lo que dijo-. Sí, tienes razón. El los dejo salir, cumplió todo lo que dijo, claro, a excepción del sujeto que era uno de los que debía salir... ¿Cuál era su nombre?

-Bob- respondió Carlos.

-Claro. El no salió, pero fue porque era un maldito egoísta, en palabras de los rehenes. Entonces... lo mato porque pensó que era lo correcto, porque gracias a él más personas sufrieron. Así como los está atormentando, también los ayuda.

-Como un antihéroe.

-Exacto, solo que este no pertenece a ningún bando-dijo Reynolds.

-señor Reynolds, señor Reynolds!- grito Víctor desde lo lejos. Corría mientras se sujetaba los lentes con una mano para que no cayeran, en la

otra llevaba una foto impresa.

-Habrá que hacerle una llamada- dijo Reynolds a Carlos. Este esbozo una sonrisa, saludo con la cabeza a Víctor y se fue.

-Aquí está la foto- dijo jadeante.

Reynolds la tomo. En ese momento fue como si su cuerpo hubiera sido congelado, se quedó inmóvil. Los recuerdos vinieron como rápidos flashbacks. Ahora recordaba quien era John Digger. No lo podía creer, era improbable, pero a veces la vida arroja coincidencias que pensarías más de dos veces su origen.

-¿Señor?

-¿Señor Reynolds?

Lo jalo del saco.

-Señor Reynolds, ¿está bien?

Frederick volteo desorbitado

-Sí, estoy bien.

-¿Lo conoce?

-Algo así. Lo conocí, aunque preferiría no haberlo hecho.

Víctor no pregunto más. Reynolds alzo la mirada al restaurante. No sabía bien por qué, pero sabía que John lo estaba mirando, y aunque el vidrio era polarizado, sentía su mirada. Y sabía que el también sentía la suya.

34

Coincidencias. El mundo tiene una manera muy graciosa de juntar las cosas, incluso, en ocasiones, lo hace varias veces. Ver la cara de Frederick Reynolds tras el cristal fue volver a vivir la furia, la humillación, el odio, la impotencia, el llanto, la violencia. Fue un coctel de sensaciones. Estaba de nuevo en su vida, cumpliendo la misma tarea que la última vez: arruinarlo. John quería matarlo, quería salir y meterle una bala en los ojos. No, quería más que eso, quería humillarlo. Que sintiera lo que el sintió hace años. Reynolds no pasaría por lo mismo, pero la pasaría peor. Si, en esa época John no fue capaz de castigarlo. No era lo que es ahora, ahora podía hacer lo que sea, y con la ayuda de su pequeña amiga de metal, era imparabile.

La llamada de Reynolds no tardaría en llegar, John lo sabía, lo sentía. Dio media vuelta y se sentó en su trono. En el camino no cruzo mirada con ningún rehén. Yacía en otro mundo, cualquiera hubiera podido marcharse caminando y John no hubiera hecho nada. Sin embargo, nadie se movió, una fuerza invisible parecía hacerlos quedarse allí sentados, quizá fuera el miedo, quien sabe. John espero. A los pocos segundos, saco el celular y lo mantuvo en la mano, esperando la llamada, como si con tenerlo en la mano haría que fuera más posible la llamada que teniéndolo en el bolsillo. Mientras miraba el celular movía su talón de arriba abajo. La llamada no llegaba y necesitaba ocupar su tiempo. Dejaba en el olvido a sus rehenes, ya no había jugado con ellos. Su público se aburría. Y el show debe continuar.

Guardo el celular, lo que tuviera que pasar pasaría. Se levantó y suspiro, luego les sonrió.

-¿Qué piensan?

Todos callaron, los pocos que hablaban, claro.

John mostro la pistola.

-Queremos irnos, estamos muy cansados de todo esto- dijo la chica estudiante de medicina que tiempo atrás ayudo con el guardia de seguridad. Su tono era más bien cansado.

John se acercó un poco a la chica, se agacho para quedar a la altura de su cara, y con el mismo tono lastimero de la chica hablo.

-¿Quieres irte, querida?

La chica lo vio desconcertada, seguro era uno de sus juegos, pero algo le dijo que dijera que sí.

-Si- asintió la chica.

-Lo hubieras dicho antes, la puerta está ahí.

La chica señalo la puerta.

¿Puedo salir?

John miro para arriba, moviendo los hombros y mostrando las manos. La chica miro a su compañero, este negó con la cabeza.

-Quiero salir.

-Es tu decisión querida. A propósito ¿Cuál es tu nombre?

-Eva.

-Eva. Nombre de pecadora. ¿Lo eres, Eva?

-No, no. Yo solo quiero salir- las lágrimas salían de sus ojos. No lloraba por lo que le decía John. Lloraba porque sabía que había entrado a un nuevo juego, del que no iba a poder salir, al menos sin perder algo.

-¿Has tenido sexo?

Eva agacho la cabeza, lloraba más fuerte. Antes de que sus sollozadas fueran más agudas, John jalo la barbilla de la chica en dirección a su cara.

-¡contesta la pregunta!

-¡Sí! Lo he tenido- su voz era un hilo.

-¿Y te gusta? ¿Te gustan los pitos grandes?

Eva gemía con cada pregunta.

¿Te gusta que se corran en tu boca?

Eva no respondió.

John metió bruscamente la pistola en la boca de la chica. El cañón golpeo sus dientes. El sabor y el roce del metal con su lengua la hicieron asquearse. Hundió la pistola en su boca.

-Boca profunda. Seguro que es lo que te encanta, ¿verdad, puta? Meterlas hasta el fondo de tu garganta- John empujo aún más la pistola, un pequeño hilo de sangre se propagaba del centro de sus incisivos centrales al cañón de la pistola. La chica daba arcadas ahogadas.

-¿Disfrutas cuando se corren en tu boca, eh, sucia puta?

Las lágrimas se mezclaron con la mucosidad de su nariz. Negó con la cabeza. El muchacho que a su lado (el otro estudiante de medicina que también ayudo con el guardia) se arrodillo y dio un paso hacia John, su cara también estaba húmeda, pero no por dolor o tristeza, sino por enojo, eran lágrimas de impotencia, parecía que iba a atacar a John, pero su acción se detuvo a medio camino. John se volvió hacia él.

-¿Ibas a hacer algo, niño?- Empujo la pistola hacia delante y la chica se atraganto, hizo su cabeza atrás para librarse de la pistola, pero John

empujo aún más. El chico y él se miraron. Ignoro al muchacho y saco la pistola de la boca de Eva, que se fue para delante tosiendo y dando grandes arcadas. Esta vez, el chico no dudo y fue con ella.

Eva vomito en la camisa de Roy, pero no pareció importarle, su concentración estaba en el bienestar de su compañera. Levanto su cara y limpio con la mano los rastros de vomito en la boca de Eva, luego, con la otra, limpio su nariz.

-Lo siento- dijo Eva, apenas se podía escuchar.

-No te disculpes.

La tomo de los brazos para ayudarla a incorporarse pero ella rechazo la ayuda, se quedó sentada viendo el piso frotándose la frente con sus manos. El chico miro de nuevo a John y se levantó de golpe. Dio un paso, dos, y hasta ahí quedo, a un metro de él.

-¡Eres un cerdo hijo de puta! ¡Lárgate!

No se movió, solo se quedó parado con su fuerte respiración. John le apunto. El chico trago saliva y se quedó quieto, en posición de firmes. Toda furia de su cara se esfumo.

-¿Eso fue todo? Esperaba más que una muestra de nada. Ni siquiera vales la bala niño. Maldito cobarde- John lo miro con desprecio y se fue. Camino alrededor de su público y luego se paró junto a su silla. Miro hacia los estudiantes de medicina. El chico trataba de consolarla y Eva le decía que todo estaba bien, mientras se quitaba la sangre de la boca.

-Cómo iba diciendo ¿alguien quiere salir?

La gente nunca respondía sin amenazas previas. John se había dado cuenta de eso y con el ejemplo que acababa de ponerles, menos.

-¿nadie quiere salir? ¿Enserio? Lo que me han estado rogando todo este tiempo, es lo que no quieren hacer. Vamos. Salgan, allí está la puerta. Vuelen libres, mariposas.

Unos se vieron, otros se hablaron pero ninguno salió.

-Que cobardes- John hizo cara de repulsión-. Tienen la puta oportunidad de sus vidas y la desaprovechan por no enfrentar un miedo invisible. Nunca había conocido gente tan cobarde.

De hecho, sí. La había conocido, él se incluía. Los miedos invisibles eran su represión. Siempre lo dejaban a medias y a veces ni siquiera eso, a veces ni empezaba o se atrevía por esos miedos. Los maldecía y los

odiaba, pero siempre los dejaba apoderarse de él. Sabía que esas oportunidades nunca regresarían y sin embargo, las dejaba ir. John estaba lleno de esas oportunidades perdidas. Algunas noches, esas donde solo das vueltas a la cama sin poder callar tus verdades, John se preguntaba ¿Qué hubiera pasado si...? Inútil pregunta en esa situación. Parece algo de panfleto, pero si la gente realmente entendiera eso, sus vidas cambiarían.

-¿Nadie?

...

-Bien. En ese caso. Prepárense para lo que sigue.

35

En la vida de John no todo fue oportunidades desechas ni enfermedades incurables. También hubo felicidad, una que estuvo con él dieciséis años de su vida; su nombre era Alicia. Su esposa. Ojos verdes, inteligente, con redondos pechos imperdibles a la vista. John la amaba y ella lo amaba, hasta donde John sabía o quería creer. Aunque en los últimos días por parte de él, todo ese amor se convirtió en rencor y odio. Esas sucias imágenes nunca se borraron de su cabeza; una traición nunca se olvida, no importa cuánto tiempo pase. El celular sonó.

Ahora que John sabía a quién pertenecía la voz, no hubo comentarios sarcásticos ni hilarantes. Hubo silencio.

-¿Te estas divirtiendo?- dijo Reynolds.

-Como no tienes una puta idea.

-Me agrada. Porque esto está a punto de terminar. Estas acabado John.

-Acabare cuando ponga una bala en tu cara, vergasuelta.

-Para eso tendrás que salir, Johnny ¿te puedo decir así, ahora que somos amigos?

-Existe más de una forma de morir, amigo.

-¿ya te acordaste de mí, eh?

-El recuerdo es fresco y negro, como tu culo. Pero eres policía, Ricky. No puedes hacer esto personal o la cagaras, aún más. Seguro tu jefe lleva cagándote toda la mañana reclamándote con que no puedes detener a este suicida. Eres inútil. Eres patético. Pero puedo ayudarte un poco, amigo. Hacerte las cosas un poco más fáciles para que puedas conservar

tu pendejo trabajo y algo de dignidad. ¿Qué dices?

-Eres un demente y estas ahogándote.

-Eso podría ser cierto, como también lo podría ser liberar a unas cuantas personas, pero al ver tu escaso interés, las mataré ahora mismo- su público se estremeció.

-¡Esto no es un puto juego!

John rio.

-Tienes razón, no lo es. Por eso, tu mejor opción. Es escucharme, porque para mí, esto es lo más real que existe-dijo John.

Reynolds se quedó a media palabra cuando John lo interrumpió.

-¿Sabes? Estoy loco. No tengo por qué hacerte caso, pero tú sí, porque soy un peligro para mí y para los demás.

-¿Qué es lo que quieres?

John sonrió.

-Voy a liberar a tres personas, solo que tendrás que hacerme un pequeño favor-

Reynolds cerró los ojos con fuerza y apretó el teléfono contra su oído. Como estupidez de Reynolds, esa llamada la hizo desde su celular personal, nadie estaba escuchando esa llamada, solo ellos dos.

-Es algo pequeño, insignificante a comparación de lo que podría pasar aquí dentro.

-Déjate de rodeos y dilo- Reynolds perdía el control, el poco que tenía, lo estaba perdiendo, sus emociones lo mataban.

-El sujeto flacucho con lentes con el que platicabas hace un rato.

-¿Qué con él?

-Dispárale.

Escucho la respiración de Reynolds a través del teléfono. Había escuchado y entendido el mensaje perfectamente, pero hay veces que el mensaje tiene que ser escuchado dos veces.

-¿Qué?- exclamo Reynolds.

-Un disparo. Donde sea, no tendrás que matarlo y no correrá peligro, hay mil paramédicos ahí fuera. No seas cobarde y salva a tu gente de aquí dentro.

-Estás loco.

-Y tu cuerdo ¿pero quién puede decirnos quien es el que está en lo correcto?

-No voy a disparar a nadie.

-Es tu elección. Solo te recuerdo que un inofensivo disparo podría salvar a tres personas aquí dentro- John agrego un tono más serio-. Sus muertes no serán rápidas, sabes. Dolerán. Te daré diez minutos para que lo pienses bien. Si no recibo una llamada tuya en ese tiempo. Bailare.

John colgó.

-Como ya escucharon. El futuro de tres personas puede ser tan bueno como puede ser tan malo. Depende del policía, seguro que tomara una buena decisión- espero unos segundos-. Como ya saben, tengo que saber quiénes serán esas tres personas. Escójanlas. Tienen tres minutos, si no lo hacen. Lo hare yo.

36

-¿Tres minutos? Es muy poco tiempo ¿Qué vamos a hacer?- dijo uno de los rehenes. Un hombre alto y delgado, con un largo y débil cabello cubierto de canas que entrañaba un color negro amarrado como una coleta.

-Podrías ofrecerte- dijo una mujer a mediados de la cuarentena. El peso de los años vividos se le veía en las comisuras de la boca.

-Ni muerto dejare que te quedes con la casa. Maldita caza recompensas.

-Vamos querido, que si no es el, será el cáncer. Ahórrate tiempo.

Un ambiente de preocupación y miedo se apoderaron del lugar. Ya no murmuraban, eran gritos, la desesperación se veía en sus ojos abiertos y movimientos bruscos. La mayor parte de la gente se señalaba, se gritaba, pero no llegaban a ningún acuerdo, todos señalaban a otro que no fueran ellos para el juego. Solo unos pocos estaban quietos, serenos, esperando

el momento justo, que cada vez se acercaba mas.

Dylan y María observaban quietos el espectáculo "Como rellenar los tres huecos". Una mano brusca jaloneo a María por el hombro y casi la hizo caer de espaldas.

-¡Ella lo hará!- grito el tipo que la sujeto a quien fuera.- ¡Ella nos hará el favor!

-¡Si, ella!- dijeron unos hombres detrás en unísono.

-¡Quítate imbécil!- María quito al sujeto con un manotazo. Dylan estuvo a punto de echársele al tipo.

-Esto es una locura Dylan, mira toda esta gente.

-Mantén la calma, eso nos salvara.

-Dylan ¿Cuándo será el momento? Podríamos hacerlo ahora- dijo James.

Dylan miro alrededor. La idea era muy arriesgada, si moría no podría ver jamás a Linda, pero si no lo hacía tampoco.

-Necesitamos estar seguros del momento, un error y morimos.

-Tres chico, te olvidas de la chica.

-No. Ella no...

-¿Ella no qué? Tengo las mismas ganas de salir de esto que ustedes. Cuenten conmigo-

-Así se habla, chica- estrecharon sus manos.

Todo siguió igual durante los dos minutos restantes, los gritos y jaloneos cesaron cuando John paro el culo de su asiento. Alzo el brazo de la pistola y lo bajo para que todos se sentaran, cumplido eso dijo:

-Levántense las tres personas.

Como en ocasiones pasadas, nadie se levantó y todos guardaron silencio.

-¿Es que siempre van a hacer lo mismo? ¿No se dan cuenta que eso no resulta? Levántense, vamos, que no hay tiempo.

John lo sabía, nadie iba a levantarse.

-Bien, yo los elegiré.

Camino de cerca, viendo a su público, como un mago buscando voluntarios.

-Tu- le dijo a una mujer que se levantó sin más en cuanto John la apunto para ello.

-Tu- le dijo al compañero de Eva. Este se quedó estático con una mirada a John.

-Levántate, vamos- dijo John y trono sus labios como cuando te diriges a un perro. El tipo se levantó, aunque con lentitud, como diciendo, no me tienes del todo.

John siguió buscando con la mirada, pasó la vista por su público; que se había reducido mucho, y se seguiría reduciendo. Se encontró con Dylan y María, el primero estaba hablando con James, pero lo volteo a ver. No quería elegir a Dylan, aún le faltaba jugar con él de una forma personal. María iba a ser un buen material para el juego, lo que hacía que quedara...

-Tu- dijo John. La pistola señalaba a James.

Este volteo a ver Dylan y susurro un pequeño pero significativo "coño". María los miro a ver consternada, el plan estaba arruinado y ya no contarían con James, se liberaría o acabaría muerto. Si iban a hacer algo, lo tendrían que hacer cuanto antes. Quedaban menos de 7 minutos. James se levantó.

-Bien- dijo John-. Ven que no es tan difícil, solo tienen que actuar.... Bueno, para ustedes tres, la cosa es simple, si el policía hace lo que le pedí, salen ilesos a contar la historia de cómo arruine sus vidas, si no...- rio-. Supongo que ya saben lo que pasara. No es nada personal, simplemente son las reglas del juego.

-iImpuestas por ti, idiota!- dijo Roy, el compañero de Eva.

John avanzo hacia él, Roy trago saliva.

Camino y se paró frente a él, sus narices rozaban.

-Sí, impuestas por mí- dijo John-. ¿Harás algo al respecto?

El labio del chico tembló de rabia. John noto el peligro y dio un paso atrás. Roy se abalanzo hacia él, tomándolo de la chaqueta, Roy empujo con su cuerpo y ambos cayeron hincados. James no lo pensó más y corrió hacia ellos. María le dijo algo a Dylan y corrió hacia la pistola. Dylan trato de

detenerla pero no fue tan rápido como ella. El público restante solo se levantó, esperando lo peor o una oportunidad para correr.

John vio por detrás de Roy, James venía con toda la intención de matarlo, trato de levantarse pero Roy le golpeo en la frente e hizo que cayera de rodillas. John estiro el brazo y le remato un golpe con el mango de la pistola en la sien que lo dejo inconsciente al instante. Empujo el cuerpo de Roy y se levantó justo a tiempo para apuntar con la pistola en la frente a James, este último levanto las manos y retrocedió un paso. Al mismo tiempo que eso paso, María recogió la pistola y apunto a John.

-Ni se te ocurra pendejo, muévete y mueres- grito María, presa de la adrenalina y del pánico. Dylan estaba a un metro de ella, no fue tan rápido para detenerla, pero si manejaban bien las cosas, podrían salir de esta.

John la vio, sin dejar de apuntar a James, por supuesto. María sujetaba la pistola con ambas manos, el cañón no paraba de moverse, los nervios la traicionaban y eso temía. John se alivió un poco, el tiro de la chica seguro fallaría, aunque habría que estar seguro. Podría dar un rápido paso para atrás y después apuntar y disparar a María, pero James no se iba a quedar quieto. Tenía que hacer algo con él.

-No hagas algo insensato, querida. O disparare- dijo a la chica.

-¿Sí? Yo también lo hare.

Su cabello lo tenía pegado a la frente por el sudor, las mejillas sonrojadas y respiración jadeante. Sus palabras eran seguras, pero su cuerpo no proyectaba esa seguridad. John y ella se miraron entre sí.

-¿Así nos quedaremos todo el día, mujer, apuntándonos las caras?

-Puedes dejar de hacerlo.

John le sonrió. Volvió a poner su atención en James; sentía que presentaba un peligro mayor, y tenerlo en la mira era la forma de controlarlo.

-Tranquila, María. No te precipites- dijo Dylan con voz suave.

-estoy bien.

-¡Dispárale, vamos! ¿¡Qué esperas!?- grito James desde su lugar-. ¡VUELALE LA PUTA CABEZA!-

John le dio un rápido golpecito en la frente con la punta de la pistola, para

que recordara cuál era su posición.

-Sí, ¿Por qué no lo haces? Así acabarías con todo esto- dijo John. Sin dejar de ver a James.

-Cállate o disparo- respondió.

Esa respuesta le dijo todo; la chica no iba a disparar, no podía, no era ella. Probablemente esta haya sido su primera vez con un arma en las manos. Pero ya era tarde, la situación estaba ahí, no se iban a quedar así por siempre, algo tenía que pasar; los dados iban a ser lanzados en cualquier momento y el número que saliera era desconocido.

-Vuelve a tu lugar- dijo John.

James bajo los brazos.

-No.

-¿Quieres morir?

-No, pero te invito a matarme, hazlo. Vamos. Al fin, que si lo haces, morirás también.

-Eso es una variable- John bajo la voz como cuando lo haces para pasar algún chisme-. La otra es que la chica se paraliza con tu sangre salpicada en mi chaqueta, y quedas como tonto. Y hay una tercera, en la cual haces lo que digo y se salvan tú y la chica- guiño el ojo-. Por el momento.

No lo quería ver así, pero la primera variable le parecía más probable; tenía que aceptarlo, la chica estaba al control (por así decirlo) por el momento, pero ese Rush de adrenalina podría traicionarla, y muy feo. Pensó en hacer algo, como tratar de quitarle la pistola o hacer una distracción para que María disparase, pero como dije antes, los nervios podrían traicionarla, así que opto por la variable más conveniente, la de John.

-No importa como quieras evitarlo, ya estás muerto- dijo James en lo que daba media vuelta e iba con los demás rehenes. Se colocó junto a la mujer que John había seleccionado. John aun apuntaba a James por la espalda. Miro a María.

-No se te ocurra moverte- dijo María cuando sus ojos se cruzaron. Su orden se fue con el viento, porque lo que John hizo fue apuntarle.

-¿O si no que?

Ahora ambos se apuntaban entre sí. Los ojos de María se humedecieron; apretó los labios al ver la pistola de John frente a la suya. Se encontraban a unos 6 metros de distancia.

-¡Quieto!- María tensó los brazos, la quijada le temblaba.

-Calma, calma. No lo echas a perder- dijo Dylan. "si la cagas, aquí quedaremos y estar con Linda será imposible" fue lo que pensó Dylan.

-Estoy quieto- dijo John; nada podía quitarle la sonrisa de la cara. Disfrutaba cada segundo de duda de la chica; crecía con su miedo, lo alimentaba-. ¿Cómo piensas que acabara esto?-

María no respondió, ni siquiera escuchó la pregunta; su atención se encontraba imaginándose toda clase de escenarios desagradables. "¿para que lo hice? ¿Por qué de la nada me encuentro así?" es lo que corría por su mente. En ese momento estaban ella, John y las pistolas.

La situación era más grande que ella. Después de debatir con su cabeza, aceptó que no podía controlar a John, ni dispararle; tenía miedo de que todo saliera mal y ella fuera la que acabara muerta. Él estaba más implicado que ella. Quería ganar algo de tiempo para que alguien con más huevos hiciera algo respecto a la situación, pero nadie hacía nada, todos estaban ahí, estáticos.

Un acto arriesgado, realizado con seguridad, en muchas ocasiones. Significa éxito. Dylan no lo pensó dos veces. Con sus labios formó una palabra que María entendió a la perfección: Dispara. Y camino a la salida. Cruzando por un instante la línea invisible entre John y María.

-¿A dónde vas Dylan? la fiesta está aquí.

Dylan no paró, extendió el brazo y con la mano hizo un gesto de despedida. John vio los ojos de María. Tenían la misma mirada dudosa de antes, así que no se preocupó. Se giró lo más rápido que pudo y cambió de objetivo. María tenía el camino abierto, un disparo. Un simple disparo acabaría con todo lo que habían pasado, pondría un fin a la historia.

-Chico, un paso más y Linda se queda sin regalo-dijo John-. Y si, te estoy apuntando.

Dylan se detuvo. Dio media vuelta y grito.

-¡MARIA, DISPARAAAA!

No pienses, actúa. Lo que su padre le decía cuando dudaba de algo. El grito de Dylan la hizo reaccionar. Sin pensar, hizo lo que le pidió. Estiro

los brazos, cerró los ojos y disparo.

37

María mantuvo los ojos cerrados, no quería ver su atrocidad. No lo vio, pero la escucho, y dentro de su oscuridad resonó un golpe en el piso, parecido a cuando un bulto cae; seguido de un disparo, y un grito de dolor.

Lo que paso fue esto: María disparo. Gracias al corto momento de duda de la chica a John le dio tiempo de arrojarle al piso. La bala dejo un círculo de vidrio cuarteado con un pequeño hoyo en el centro de uno de los ventanales del lugar. John cayó de lado, impactando con su hombro y brazo. No le dio tiempo al dolor de llegar y así como cayo, alzo la parte superior de su cuerpo para tener un mejor ángulo y disparar. La bala penetro en el flexor de la pierna de Dylan. Se dobló y cayó de rodillas al piso.

-¡HIJO DE PUTA!- grito Dylan. Hizo presión con sus manos en la herida y se levantó con dificultad.

Al ver eso María abrio las piernas y se acomodó para disparar con toda intención de matar, pero John se le adelanto.

-Baja eso, querida. No querrás otro incidente- dijo John, que para sorpresa de María ya estaba parado y con el cañón hacia Dylan.

No hizo caso.

-Vamos chica, ¿a quién engañas? Todos aquí sabemos que la cagaras como la vez pasada. Evítate molestias y has lo que te dijo. ¿O quieres averiguar lo que pasara?

Dylan se mantenía en pie, la sangre le escurría por la pierna. Necesitaba atención médica. Miro a María. Ella en sus ojos vio una súplica. Que no continuara. Se agacho lentamente y coloco el arma en el piso. John asintió e hizo un gesto con la cara. Que María entendió y fue corriendo hacia Dylan.

John observo a los dos sin decir nada. María paso un brazo del chico por sus hombros y lo ayudo a caminar hacia los demás rehenes. Estando ahí, James les arrojó su chaqueta para que pararan el sangrado, María la amarro como pudo alrededor de la herida provocando presión. Después de algunos quejidos, Dylan le agradeció.

38

Siempre hay elecciones. No importa la situación, siempre puedes tomar un rumbo diferente. Un disparo salvaría a tres personas, y lastimaría a una. La cosa es obvia, dispararle a Víctor sería lo más lógico, una herida de bala no se compara con tres vidas. En especial si eres policía y estas en una toma de rehenes. Pero ¿dispararle a un compañero, que iban a hacer los demás cuando lo vieran sacar su arma y dispararle al pobre? No quería pensar en eso. Si le disparaba, una cosa era clara: estaría bajo el control de John, y eso lo animaría a seguir con sus juegos.

-No voy a dispararle. Voy a entrar y voy a matarte- dijo. Se aseguró que nadie lo oyera.

Un agente se acercó a él.

Reynolds levanto su mano con la palma abierta al pecho del hombre.

-Ahora no, señor.

Sin prestarle atención se marchó. Cerca de ahí Carlos platicaba con un policía apoyado en el cofre de una patrulla. Reynolds fue con ellos.

-Carlos- dijo con autoridad. El policía lo vio y se marchó-. Vamos a entrar.

Al joven agente le brillaron los ojos.

-¿Es enserio? ¿Qué te hizo cambiar de opinión?- dijo Carlos.

-Me pidió dispararle a Víctor.

-Mierda, que tipo. No puedes dispararle a Víctor.

-Por eso mismo vamos a entrar. Ya me canse de esto. No más juegos.

Carlos observo a Reynolds, se le veía estresado y agobiado. Algo que era muy raro en él. Siempre se mostraba calmado y daba un aire de siempre tenerlo todo bajo control.

-¿Puedo hacerte una pregunta?- dijo Carlos.

-Lo preguntaras de todas formas.

-¿Por qué es personal? ¿Qué te hizo ese tipo?

-Yo le hice a él. Y dentro de mí me siento culpable. De alguna forma siento que yo cause esto.

-Escucha agente- Carlos le dio un manotazo en el hombro-. El único culpable es el hijo de perra de ahí dentro, ¿me escuchaste? Necesito que estés frío ahí dentro. No cometamos la misma estupidez de aquella vez.

Se vieron sin decir nada durante casi un minuto. Y cuando por fin alguien iba a decir algo, un disparo resonó dentro del restaurante. Luego otro.

-¡Mierda! ¿¡Que hizo esta vez?-' Reynolds golpeo el auto-. ¿Qué esperas Carlos? ¡Reúne a tus hombres! Vamos dentro.

Carlos asintió y sacó su pistola.

-Rock and Roll.

39

Recargo su espalda en la puerta del auto. Hay veces que el aprendiz le enseña al maestro. Era cuestión de minutos para que todo acabara. Reynolds lo sabía, faltaba poco tiempo, pero el tiempo es relativo. Dependiendo de cómo salieran las cosas, un minuto allí dentro podría parecer un día o viceversa. Varios hombres atendieron sus radios y se reunieron no muy lejos de ahí, donde estaba Carlos. Les comenzó a dar una serie de indicaciones. Reynolds debía de ir allí, pero antes tenía que cerrar el juego. Llamo a John.

Contesto. Su voz se escuchaba agitada.

-¿Qué ha pasado?-' pregunto Reynolds.

-Nada interesante. Solo un par de insensatos, pero tranquilo, ya los puse en su lugar.

-Como les hayas puesto un..

-Shhh- interrumpió John-. Tranquilo, cariño. Nadie ha muerto. ¿Qué te ha ocurrido? Te oyes como los tipos de aquí dentro, desesperados. Eso no va con policías rudos como tu ¿Qué ocurre?

-Tu.

-¿También sientes las mariposas? Porque cada que me hablas, pff. Revoloteo. Cambiando de tema. No he escuchado ningún disparo de tu parte.

-No habrá, John. Se acabó tu juego. Agárrate; porque voy por ti.

John hablo serio, él no jugaba.

-No digas que no te lo advertí.

Reynolds espero el fin de la llamada y fue con su equipo.

40

-Mierda.

John se apresuró hacia la ventana. Vislumbro a Reynolds hablando con ocho personas armadas y con chalecos. No era mentira. Iban a entrar.

A pesar de todo, era un día magnifico, al menos para John. Hizo cosas inimaginables, cosas que nunca pensó ser capaz de hacer. Todas en un día. No a su forma, pero había cumplido su objetivo. Su pisada en el mundo quedo marcada y pasara lo que pasara, no se borraría. Su vida no habría sido en vano y por única vez en su vida podría gritar: Éxito. Por primera vez algo le orgullecía. Claro, otras cosas en su vida lo orgullecieron; como casarse, graduarse, el primer trabajo, ascender. Pero nunca lo llenaron. Ahora que lo tenía todo más claro, pensaba que esas cosas eran innecesarias. Solo son objetivos impuestos para que sigas con la rutina, para que no dejes un espacio vacío. Para John, la vida se trataba de una sola cosa: Disfrutar. No importa lo viejo que estés, a cualquier edad puedes vivir. Esto no lo hubiera sabido nunca. Le sorprendió lo mucho que se puede aprender en tan poco tiempo. Cuando remueves lo innecesario de la mente, te quitas la venda.

Los policías iban a entrar. No había forma de parar la decisión, pero eso no quería decir que no podría mandarle una sorpresa más a Reynolds.

Se acercó a un hombre. El mismo que su mujer lo quería de voluntario.

-Necesito un favor- dijo John.

El tipo arrugo la frente y sus ojos se humedecieron.

-No quiero hacerlo.

-No tienes opción. Es algo pequeño, saldrás de aquí. Párate.

Se paró.

-¿Cómo te llamas?- pregunto John.

-Bill.

John le paso el brazo por el cuello y lo acerco a él.

-Bien, Bill. ¿Ves esa pistola?

Asintió.

-Ve por ella.

-¿Quieres que yo...?

John le dio una palmada en la espalda.

-Si, Bill. Parece extraño, pero quiero que tomes la pistola- John lo empujo-. Ve.

Bill tropezó y camino al arma. Esto era extraño. Llego a ella, miro a John y este dijo si con la cabeza y señalo con el dedo el arma. Bill la levanto.

John le apunto. El sujeto se estremeció.

-¿Sabes usarla?- pregunto John.

-Nunca había tocado una- Bill parecía niño pequeño con el arma. La observada, la volteaba, la tocaba por todas partes.

-Eso no es un inconveniente- miro al niño que tanto le había ayudado-. Enséñale.

El rostro se le ilumino. Fue hacia John. Esta vez no hubo abrazos ni palabra de su madre. Más que una mirada de muerte a John. El chico se acercó a Bill.

-¿Cuántos años tienes?- pregunto Bill.

-Diez.

Le arrebató el arma. La sujeto con ambas manos y le apunto en el pecho.

Bill salto hacia atrás.

-¿iQué coño!?

-¿Ves? Así se apunta. Debes mantenerte firme y no pongas tan cerradas

las piernas. Respira profundo antes de disparar. Eso me funciona a mí.

Agarro el arma del cañón y se la entregó a Bill, la tomo por el mango.

-Gracias, amigo. Eres de gran ayuda- dijo John al muchacho.

-Cuando quieras- dijo este, y fue a su lugar junto a su madre.

-Ahora. Quiero que me escuches con atención- dijo John. Nunca dejo de apuntar a Bill.

-Di-dime.

-Te lo resumiré. Vas a salir; con el arma, y disparas a tantos policías como balas tengas. ¿Entendiste?

-Yo...no. Lo siento...No puedo- dijo Bill.

-ohh, no te subestimes. Claro que puedes, solo tienes que hacerlo.

-Es enfermizo.

-Sí que lo es. Todo esto ha sido enfermizo y terminara siendo así. Mira, te diré algo con lo que puedes animarte. Estas tres personas- Señalo a los seleccionados-. No pueden quedar elegidas, deben de cumplir su función. Debes ocupar todas las variables de la ecuación. Sal, y si no disparas. Los mato.

Bill encogió los hombros. Camino a John tendiéndole el arma.

-No puedo. Enserio, no puedo matar a nadie.

-No te acerques. Toma la pistola y sal de aquí. Recuerda que siempre puedes elegir, puedes elegir matar o no matar. Pero habrá consecuencias, si lo haces morirán policías; Si no, morirán estas tres personas. ¿Qué quieres?

Iba a decir algo pero John lo callo.

-No digas nada. Sal o te mato ahora mismo. ¡HASLO YA!

Lo hizo.

41

Con una amenaza de muerte y sin otra alternativa camino a la puerta esperando que un milagro se presentara. Puso su mano en la parte

metálica de la puerta.

-¡Tienes diez segundos para hacerlo!

Grito John al fondo. Su voz le puso la piel de gallina. Dudo unos segundos y empujó la puerta. Una pequeña ola de viento movió su canoso cabello y los policías lo miraron con atención, luego mostraron sus armas al ver lo que Bill llevaba en la mano derecha.

-¡Tira el arma! ¡Al suelo!- gritaron entre la multitud. Los helicópteros televisivos, periodistas y algunos camarógrafos colados lo enfocaron.

Movió medio cuerpo atrás y vio dentro del restaurante. John estaba de espaldas a él, cuidando de que sus rehenes no le dieran ninguna sorpresa y anhelando los disparos. Lo podías notar ya que movía la pierna mostrando ansiedad. Bill corrió alejándose del restaurante. Cerro los ojos y apuntó al cielo; disparando a él. Que pasara lo que tenía que pasar. Los rugidos del arma cesaron cuando un oficial equipado lo tacleo por la espalda. Varios más se acercaron a él con cautela. Lo tumbaron y esposaron sus manos. Lo levantaron y lo llevaron a un lugar donde pudiera calmarse, no sin antes quitarle el arma. No hubo ninguna detonación dentro del restaurante.

42

John giro al oír los disparos. Vio a Bill correr en línea recta apretando el gatillo en dirección al cielo. Asintió con una sonrisa. Bill gano el asalto y ahora podía respirar aire fresco.

-Ustedes tres pueden sentarse- espero a que lo hicieran-. Cuando salgan, si lo hacen. Agradézcanle a Bill. Salvo sus vidas, así que no desperdicien lo que hizo.

Reynolds iba a tardar unos minutos en entrar. Decidió aprovechar el tiempo y descansar en su silla. Pensó en quedarse callado hasta que llegara el momento, pero un rehén hablo, ellos también podían hacerlo.

-¿Qué espera sacar de todo esto?- pregunto la mujer de Bill.

John quito la espalda del respaldo con pereza. Se inclinó y apoyo sus antebrazos en sus piernas.

-¿De ustedes? Nada. Quería hacer algo grande mientras aun pudiera hacerlo. Cuando entre aquí no tenía ni una puta idea de cómo iba a terminar esto. Tenía mucho miedo, les confieso, pero me deje llevar, lo que ven es lo que resulto- dijo John. Su cara no era la de un asesino frio. Era humana. Miraba a los rehenes con humildad en sus ojos-. ¿Tienen

alguna otra pregunta? Siéntanse libres. Juguemos a las veinte preguntas.

La gente no podía digerir a ese John. El mismo que había matado a sangre fría y sin vacilar, ahora podía pasar casi como por uno de ellos. Como seres empáticos y sociales que somos, decidieron preguntar. Tal vez así se mantendrían vivos.

-¿Qué harás cuando termine?- pregunto Eva.

-No sé si lo sabré. No tengo contemplado salir de aquí, y si lo hago, acabare encerrado o ejecutado.

-¿No tiene miedo?- siguió preguntando.

-Al principio. No sabía cómo lo iba a hacer, me aterraba que todo saliera mal y acabara siendo golpeado o peor. Pero vencí mi miedo- Se recargo en el respaldo-. Esto ha sido una explosión de emociones para mí. No sé cómo describir lo que siento en este momento. Pero me gusta. Ha sido un buen viaje.

La mujer de Bill levanto la mano.

-Entonces por lo que entiendo- dijo-. ¿Nunca habías matado a alguien?

-No- John respondió con una sonrisa-. Jamás lo había hecho, ni siquiera tuve una pelea de verdad en toda mi vida. Matar; el mayor tabú. No me sentí mal al hacerlo, tampoco bien. Sé que le he arrebatado todo a esa gente inocente, ¿pero que no nacen niños con cáncer todos los años, niños que no han hecho nada, que todo lo tienen en blanco? A eso lo llamo probabilidad. Si te toca, te toca.

-¡Hijo de puta, deja de decir pendejadas y déjanos ir!- dijo una mujer. Estaba al lado de James.

-Otra vez con lo mismo, ¿no se cansan? Ya he demostrado que así no los dejare salir- hablo lento y claro-. Deja... de insistir... con las mismas... ¡pendejadas!

James sabía lo que pasaría después. John se desesperaría, levantaría la pistola y pum. Le paso el brazo por los hombros y acerco su cara a la de ella musitándole cosas para calmarla. La mujer se entregó a su hombro. Chillando tendidamente, arrugando su camisa con su puño. James se preguntó cuánto tiempo faltaría para que él se derrumbara.

John pasó la vista por su público, su amado público, con los que ha compartido lo más emocionante de su vida. La nostalgia lo invadía a pesar de que su taller no acababa. El sentir del tiempo es relativo, en unas horas ya tenía la experiencia de años. No lo sabía, pero tenía una sonrisa

en el rostro.

-¿Quieren más pizza?- pregunto John.

-No, gracias- respondió alguien educadamente.

-Ok. Dejémosela a Reynolds. No queremos ser descorteses con nuestro invitado-luego añadió-. Ah, sí. Ese es el nombre del oficial con el que he habado.

-Parece que tienen historia ustedes dos. Te va a abrir el culo cuando entre- dijo James.

-Sería muy desagradable, ¿no?- puso cara de asco-. Pero pasara algo muy interesante. Te lo aseguro.

-¿Qué hay entre el agente y tú?- pregunto Eva. Su rostro pálido combinado con sus lagrimosos ojos y el rastro de vomito en su uniforme de medicina le daban el aspecto de una adicta en abstinencia.

John la miro, pero su mente estaba en otro lado, en el pasado. En el momento que su castillo de cristal quebró.

-Está bien- dijo con cansancio, se recostó en su asiento-. Les contare.

43

-Fue hace años. Cuando vivía en la burbuja de la moral y educación. Mi vida era normal. Despertaba, meaba, iba al trabajo y regresaba empezando la noche. Después cenaba, veía la televisión con cervezas y dormía. Si tenía suerte, en ocasiones me encamaba con mi esposa. La mayoría de los días eran así. Y así fueron por mucho tiempo, años. Mi esposa, Alicia. Trabajaba en casa, daba clases de piano a niños. Trabajaba mañana y tarde, eran su adoración. Sin embargo, nunca pudimos tener uno. La amaba, era lo mejor que me había pasado. En nuestros primeros años de matrimonio hacíamos todo juntos. Compras, visitas, excursiones, era el mejor de los tiempos. Hasta que las cosas se pusieron frías. Caímos en la rutina. Ella con su trabajo y yo con el mío. Llegaba exhausto y ella terminaba agotada después de sus clases. Solo hablábamos en la cena y antes de dormirnos. Sabía que todo se venía en picada. Quise arreglarlo pero ella no ponía de su parte. Todas las noches antes de dormir, le miraba muy despacio repasando cada curva en su cuerpo, de pies a cabeza, veía esos grandes ojos verdes y le preguntaba "¿Quieres?" a lo que ella siempre respondía "Estoy muy cansada. Tal vez mañana". No me miraba a los ojos, después de decirme eso se volteaba sobre su almohada y no sabía nada de ella hasta el día siguiente. En ocasiones había un mañana, un raro día, en el que ella y yo teníamos sexo. No lo hacíamos apasionadamente como antes, pero siempre es bueno hacer el amor con

la persona que compartes tu vida.

Transcurrió el tiempo, y la monotonía se había convertido en rutina. Las pocas palabras y el poco sexo se habían hecho normales para mí. Hasta una noche. Ella hacía lo que sea que las mujeres hacen en el baño por tanto tiempo mientras yo leía. Estaba sumiso en mi lectura cuando escuche la puerta del baño abrirse, no le preste atención, puesto que era normal. Lo que no era normal era esa fragancia que tanto me gusta y que no la había olfateado desde hace quien sabe cuántos años. Voltee y mire la puerta del baño. Parada como vino al mundo, con una mano recargada en el marco de la puerta, estaba Alicia, más bella que nunca. Ni siquiera el tiempo se atrevía a quitarle su belleza, el vapor del agua caliente se resbalaba por su cuerpo desde detrás y subía. La luz del baño a su espalda junto con el vapor la hacía parecer un ángel, mi ángel. Que camino hacia a mí. Les juro que nunca la había visto tan radiante en toda mi vida. Me tomo de la nuca y acerco mi cara a la suya. Hizo esa sonrisa pícaro que tanto me gusta y me arrojó a la cama. Se puso sobre de mí y mientras hacía pequeños gemidos me pregunto al oído "¿Te éxito?".

Supongo que no hace falta contarles lo que siguió, solo diré que fue la mejor noche de mi vida. Cuando desperté me gire para abrazarla, pero ella ya se había levantado desde horas antes. Lo supe por que las sabanas estaban frías y no calientes. Me puse unos pantalones y baje a la cocina. Ella preparaba el desayuno. La abraza por detrás y le bese el cuello. "Vas a hacer que tire la sartén" me dijo, tan seca. Luego me aparto. Era domingo a las 10 de la mañana y ella estaba radiante, llevaba un vestido negro que le llegaba poco arriba de las rodillas, algo holgado, pero aún resaltaba su figura, acompañado con tacones negros. A los cinco minutos desayunábamos. No comentamos nada de lo de anoche. "¿A dónde vas?" pregunte mientras ponía miel al Hot-cake. Detuvo el bocado que se llevaba a la boca y puso el tenedor en el plato. Me vio fijamente. "¿Aun me amas?" me dijo. La pregunta me resulto extraña, hacía tiempo que no me preguntaba eso. De hecho, tenía más de un año que no nos decíamos te amo.

Vacile.

Por supuesto, dije al fin. Ella bajo su mirada y me hizo una sonrisa. No una feliz, sino de esas sonrisas con un secreto detrás. Tomo su plato a medio acabar y lo dejo junto al lavabo, se volvió hacia mí y me dijo que iba a demorar unas horas. Se marchó.

No volvió en unas horas, sino hasta la noche. Veía la televisión tumbado en mi sofá con una cerveza cuando escuche las llaves entrar a la perilla. Seguí viendo el programa esperando que pasara, tenía que cruzar ya que las escaleras se encuentran al final de la sala. Llevaba los tacones en una mano y el bolso en la otra. "Dijiste solo unas horas, no todo el día" dije. Alicia siguió de largo, "estoy muy cansada como para discutir, John. Me

voy a la cama” me respondió. Dos horas más tarde subí al dormitorio, ella ya estaba en el quinto sueño. A partir de ahí sabía que todo se iba a venir abajo.

Conforme los días pasaron sentía que algo ocurría detrás de mí. Y si, como se podrán imaginar, querido público. Pensaba que mi esposa me engañaba. Decidí ignorar esa sensación. Confiaba en mi esposa, después de todo, era su deber compartir su cuerpo solo conmigo. Pero habitamos en un mundo donde vivimos mentiras y matamos verdades. Así que indague. Supe que Alicia no me diría nada, de todos modos, lo único que compartía conmigo era el desayuno. Un día cuando regrese del trabajo, ella limpiaba nuestro pequeño patio en la parte de atrás. Ella no salía mucho, sus salidas eran a casa de su madre cada dos fines de semana, ir de compras viernes por la noche y muy de vez en cuando, visitaba a alguna amiga suya. Por lo cual simplifiqué todo eso y pensé que si me engañaba, sería con algún padre que conoció cuando este recogía a su hijo. Fui a la cocina y abrí el cajón donde anotaba en la libreta todo lo referente a sus clases de piano. Lo primero que tome fue una hoja de papel donde tenía anotado su horario, a diferencia de hace meses, este horario estaba reducido, solo veía a cuatro niños, dos en la mañana y dos en la tarde, solo cuatro horas al día. De las nueve que tenía antes. La reducción le daba mucho tiempo libre. Abrí una libreta que tenía debajo de la hoja, en esa llevaba la contabilidad, su ingreso y demás. También llevaba un seguimiento de los alumnos que venían. Me fijé en el de los cuatro que asistían. Uno llevaba dos años en las clases, dos eran hermanos, llevaban trece meses asistiendo, el otro llevaba cuatro meses. Mi atención fue con él. Busque su nombre más atrás en la libreta, la persona que pagaba sus clases era su madre, Lisa Reynolds.

Llame al número de teléfono adjunto, desde mi celular, ella seguro tenía el número de la casa. Pregunte con quien hablaba, para mi suerte resulto ser ella. Le dije que le iba a hacer unas preguntas para un artículo de un periódico. Logre saber que se había divorciado hace dos meses, con eso me bastó. Deje el tema del engaño y seguí con mi vida, tratando cambiar la estación de mi matrimonio, quería verano, no invierno.

No sé cuánto tiempo paso, pero sí sé que solo fueron semanas. En el trabajo me dijeron que podía tomarme algunos días, dado que en ese año no descansa ni en días festivos. Decidí hacerlo ese día, me iba a tomar una semana. Salí temprano ese día, mi plan era llegar a casa y decirle a Alicia que empacara de inmediato, nos iríamos al lugar más exótico que existiera en la tierra.

Salí corriendo del trabajo. De camino a casa me salte unos pocos semáforos, quería darle la noticia a mi esposa lo más pronto posible. Deje el auto fuera del garaje, eso me quitaría tiempo. Entre en la casa y me dirigí al cuarto donde teníamos el piano. No había nadie ahí. Busque en toda la planta. No había Alicia ni niños. Debía de estar arriba. Subí las

escaleras corriendo, me tropecé a medio camino y caí con una rodilla en el filo del escalón. Camine el par de peldaños que me faltaban y me sobe la pierna. Era un dolor molesto e innecesario. Me queje del golpe mientras sobaba mi rodilla cuando escuche golpes. El sonido era el mismo a cuando le pegas a la pared con un trozo de madera. Provenía de mi cuarto. A cada paso el ruido se intensificaba y no solo era ese ruido, también los jadeos y suspiros se intensificaban. La puerta estaba abierta. No quería asomarme, porque en cuanto lo hiciera, el engaño iba a ser real. Pero tenía que saberlo. Apreté la mandíbula y me pare bajo el marco de la puerta. Mi esposa estaba bajo un hombre negro, recibiendo fuertes embestidas y gimiendo pidiendo más. Tenía enterradas las uñas en sus omoplatos. Su cara era goce puro. Reynolds se tiraba a mi esposa como yo nunca lo haría. Los observe unos segundos, ninguno noto mi presencia. Salí del cuarto y me recargue en la pared. Los gemidos seguían. Tenía los ojos como platos, quería llorar pero no podía, quería gritar, pero no lo hice. Alicia, mi esposa, que me había jurado amor eterno, ahora lo derrochaba en el pene de otro hombre. Mi vida se venía abajo, el vidrio se quebraba y caía en mil pedazos. Mi pensamiento se apagó y mi yo animal tomo control de mí. Entre al cuarto y me acerque a ellos. El olor a sexo y sudor me hicieron que reventara. Apreté los puños y golpee como una bestia la espalda de Reynolds. Mi esposa abrio los ojos y grito, pero los míos eran más fuertes. Seguí golpeándolo y gritándoles. No era yo, era una maldita bestia. Reynolds se giró y varios de mis golpes resbalaron al vientre de Alicia, pero seguí golpeando, quería castigarla también. Reynolds salto sobre mí, nos caímos, pero nunca deje de golpearlo, el trataba de agarrarme. Alicia solo gritaba desde la cama. Quería que nos detuviéramos, nos íbamos a matar, nos gritaba. Dimos varias vueltas por el suelo. Su erección no había bajado, lo sé porque sentí su pene bañado en los fluidos de mi esposa rozar con mi pierna. Así que le golpee en la verga. El imbécil retrocedió y yo aproveche para levantarme y patearle la cara, pero él ya estaba parado cuando yo lo hice. Salte y le peque con la parte carnosa de mi puño en su nariz, la sangre no tardo en salir. Lo último que recuerdo es a él jalándome de la camisa y golpeándome en la sien.

Desperté horas más tarde en el mismo lugar donde me quede, en el piso. Me incorpore poco a poco, la cabeza me zumbaba y sentía dolor a los costados, el hijo de puta me siguió pegando después de que caí. No había nadie en el cuarto, toque las sabanas para saber si había pasado mucho tiempo, frías, aunque un poco húmedas. Paso tal vez una hora o hora y media. Fui a la cocina, vacía. Envolví hielo de la nevera y masajee con el donde recibí el golpe. Recostada en el sillón más grande descansaba Alicia, tenía puesta una bata blanca, en su labio había rastros de sangre seca. Yo no tenía ánimos para discutir más. Me acerque despacio.

-¿Estás bien?- le dije, aunque ya sabía la respuesta.

Me vio largo rato.

-No- respondió al fin-. Quiero estar sola. Por favor, no duermas hoy aquí.

Vi su cara, las lágrimas y el maquillaje corrido me rompieron el corazón. Si, ella fue la que me engañó, y si, la odie por un momento. Pero era mi esposa después de todo y elegí pasar el resto de mis días junto a ella. No pude evitar sentirme como mierda. Después de todo, la culpa también era mía.

-Te amo. No sabes cómo siento todo esto- me di la vuelta, di unos pasos y me detuve-. Si no es mucho pedir, me encantaría verte sonreír cuando vuelva.

Tenía meses que no la veía sonreír, me pregunte si ella era feliz.

-Yo no te amo. Quiero decir, te amé, pero ya no lo hago. Platicamos cuando regreses- dicho eso se dio una vuelta en el sofá dándome la espalda.

-Descansa...te amo.

Regrese dos días después. Estaba dispuesto a comenzar de cero, enamorarla de nuevo. Me puse el mejor perfume que encontré y compre flores. Decirle de las vacaciones todavía era parte del plan y era perfecto. Quería escapar con ella de todo esto. Toque el timbre para no tomarla por sorpresa. No hubo respuesta. Lo toque una, dos, tres; nada. Entre. No me fije en nada, subí directo a la habitación. La puerta estaba cerrada. Vacile antes de entrar, me acomode la ropa, me pare erguido y respire profundo, varias veces. No quería estropearlo. Abrí la puerta y mientras lo hacía susurre su nombre. Dormía sobre la cama. Deje las flores al borde de la cama y me acerque a ella. Quise besarla la frente, pero un olor me lo impidió, apestaba, su boca apestaba.

-Alicia, amor. Regrese.

No hubo respuesta. Toque su frio cuello, no había pulso. Desesperado y con lágrimas en los ojos le rogué que despertara.

-Alicia, despierta. Por favor, amor. Ya regrese.

La moví, incluso le di un par de bofetadas pero nada. Ya no iba a despertar. Me acosté junto a ella y la abrase. Me quede largo rato así, esperando a que despertara, aun no me lo podía creer.

Horas más tarde, cuando me di cuenta que era real y que no volvería a ver esa encantadora sonrisa, me levante. Me lave la cara y baje. Todo era muy confuso, mi mente no pensaba, no sabía lo que hacía, mi cuerpo solo

reaccionaba. Llame a un hospital y les dije que había encontrado a mi esposa muerta. Me dijeron que hacer no sin antes decirme que me calmara cuando llore. Los espere en la sala. Cuando llegaron tiempo después, les dije dónde estaba el cuerpo y que se lo podían llevar. Sobredosis, me dijo un tipo. Me dio el pésame y se fue, dijeron que llamarían más tarde. Tome el teléfono y fui a la cocina, iba a esperar la llamada ahí. Me senté en una de las sillas y note que en la mesa había un sobre amarillo tamaño carta. En la parte superior decía "John". Lo abrí sin dudar, era una carta, de Alicia. Me levante de golpe y leí.

Querido John:

La razón por la que hago esto es simple, me harté de vivir. Me canse, todo era muy gris, no había colores. No te dije nada porque pensé que estos sentimientos eran gracias a la monotonía de nuestras vidas, pero me equivoque. Conocí al sujeto con el que me viste meses atrás, su nombre es Frederick Reynolds. Las cosas se dieron rápido, no quería lastimarte, pero lo nuestro estaba tan mal que decidí hacerlo. Al principio todo era perfecto, me sentía viva de nuevo. Engañarte fue lo mejor que pude haber hecho, era la primera vez que me sentía bien desde hace años. Pero se volvió una adicción, solo quería coger, y solo en la cama me sentía bien. Lo que hizo que me deprimiera de nuevo. Después paso el incidente de ayer. Eso me hizo recapacitar. Yo ya no te amo, tampoco me amo. Por eso seguiré con esto, por favor, no pienses que esto es tu culpa. No quiero que te vuelvas como yo, quiero que vivas, que hagas las cosas que nunca has hecho.

Por último, quiero que le digas a mi madre la verdad; a mis amigas, tú sabes cuales son, diles que fueron maravillosas, pero que yo ya no pude continuar; A los niños dales un abrazo de mi parte.

Recuerda siempre nuestros mejores años, cuando sonreíamos y nos amábamos. Quédate con eso, es tuyo.

Adiós para siempre, mi acompañante.

Alicia Digger.

Me quede inmóvil con la carta en las manos. No sentí nada, creo que mi cerebro dejo de procesar las cosas para protegerme. Al meter la nota en el sobre me di cuenta que había algo al fondo, algo pequeño que no note al sacar la carta. Metí la mano para sacarla. Era una fotografía de su rostro, la foto era de nuestra luna de miel. Su sonrisa ahí era la más radiante del mundo. Si no fuera porque estaba muerta, hubiera sonreído yo también. En el reverso de la foto había algo escrito con pluma "Fue real".

Salí de la cocina y fui a nuestro cuarto. Saque del fondo de armario una caja de zapatos, dentro de ella habitaba la pistola que estoy sosteniendo. Quite el seguro y me apunte la sien. No pude hacerlo, grite lo más alto que pude y arrojé la pistola. Creo que ya no hace falta contar más.

44

-No quiero heridos, ya todos saben el aspecto de John. Esto será rápido y eficaz. No vacilen- dijo Reynolds al grupo de policías especiales que lo acompañaban. Asintieron todos-. Bien, vamos dentro. Cada quien a su posición.

Todos corrieron donde se les dijo. Era cuestión de que Reynolds diera la señal. Carlos fue el único que no se movió.

-¿Seguro quieres hacer esto? Por qué sabes que puedo encargarme de esto- dijo Carlos.

-Estoy seguro- dijo Reynolds.

-No lo sé. Esto se volvió muy personal para ti, pero tú eres el jefe. Espero tu señal.

Carlos se dirigió a un camión, entro por la parte de atrás y bajo vestido con un chaleco azul y pistola en mano. Reynolds respiro hondo.

-Vamos, has hecho esto una docena de veces, es solo un hombre. No se compara con lo demás. Ellos te necesitan, no los defraudes- se dijo.

-¡Reynolds!

Era Regina. Se había puesto gafas de Sol y fumaba un cigarro.

-¿Sabe lo malo que es eso?- dijo Reynolds señalando el cigarrillo.

-A la mierda la salud, de lo que voy a morir es de estrés con todo esto. ¿Sabes toda la presión que tenemos en este momento? Más vale que hagas algo bueno allá dentro. Nuestra reputación está en juego. No quiero pasar lo de la última vez ¿estoy siendo clara?

Para Regina resultaba muy fácil decirlo, ella no tenía que meter las manos en el horno.

-Sí, jefa. Tenemos todo bajo control, sacaremos al hijo de perra en segundos.

Regina le dio una gran calada al cigarro.

-Eso es lo que quiero ver Reynolds... ¡Eficiencia! Reacción rápida. Nos estamos comprometiendo mucho.

-Entiendo- dijo Reynolds.

Regina saco el humo por un lado.

-¿sabe? Hay un rumor, dicen que conoces al sujeto. ¿Es verdad?

Antes de que Reynolds pudiera contestar su jefa lo interrumpió.

-¡No me mientas!

-Sí, lo conozco. Algo del pasado, nada que pueda interferir con mi desempeño.

-Eso espero Reynolds, eso espero-. Puso una mano en su hombro. Las gafas y el cigarro la hacían ver intimidante-. No la cagues- dijo señalándolo con la mano que sujetaba el cigarro.

-Sí, jefa. Si me disculpa, voy a arreglarme.

Fue al mismo camión en el que Carlos estuvo. En las paredes había armas de todo tipo, bajo ellas estaban un montón de chalecos tácticos. Se quitó el saco y se puso uno de ellos.

-Emm, señor.

Era Víctor. El chico lo admiraba y quería darle ánimos. Acariciaba sus manos.

-Dime.

-Emm, me dijeron que va a entrar.

Solo dijo eso. No era muy bueno con las palabras.

-Así es Víctor. Entraremos un equipo especial, Carlos y yo. No pasara nada, te ves preocupado.

-Bueno, como conoce a John Digger. Pensé que para usted va a ser difícil hacer esto.

Reynolds suspiro.

-No te voy a negar que me siento nervioso, pero llevo años en esto- se acercó y le puso un brazo por el cuello-. Sé cómo hacerlo, lo lograremos. Ten fe. Ahora, si me disculpas, quisiera estar solo.

-Claro, lo dejo. Sé que lo lograra- dijo Víctor. Le dedicó una tímida sonrisa y salió del camión.

Al fin solo. Reynolds se sentó en una de las butacas. Cerró los ojos y rezo.

45

Cuando John terminó, nadie dijo nada. Todos tenemos secretos, puertas que no queremos abrir de nuevo, secretos que no compartiríamos ni con la persona más amada. John tenía muchas de esas puertas, y a pesar del miedo, las abrió y compartió con todos. Cuando la muerte te persigue, no deseas más esas puertas, las abres y las destruyes. Destruyes todo lo que este dentro, así en tus últimos momentos, la niebla se disipa y puedes ver claramente lo que no habías querido ver.

Una mujer levantó la mano.

-Dime- dijo John.

-Necesito ir al baño- dijo la mujer. No cualquier mujer, la madre del pequeño y fiel compañero de John.

-No puedes.

Los baños son cerrados, no podría ver si intentaría hacer algo. John veía al grupo inofensivo, pensaba que ya había detenido a las amenazas, pero aún tenía que asegurarse.

-Por favor- dijo la mujer angustiada-. No puedo aguantar más.

John la vio un momento, movió los labios a un lado.

-Está bien, pero lo harás allá.

Señaló el bulto de mesas acomodadas contra la pared. La mujer asintió.

-Vamos, hazlo rápido- dijo John.

La mujer acarició a su hijo y corrió a las mesas. Encontró lugar detrás de una mesa que aún tenía un plato lleno de Hot-cakes. Bajo sus pantalones y ssssss. Su cara de placer y el sonido de la orina se encontraban en perfecta armonía. Orinar era una necesidad, y también una distracción. Su plan consistía en entrar al baño, encontrar algo o romper un espejo para

obtener algo filoso, después le rebanaría el cuello a John. Ya se había resignado, pero esto era mejor, no solo al regresar tendría que pasar por donde estaba John, sino que junto al plato de panqueques, un filoso cuchillo le sonreía. No pudo haber sido mejor. Se levantó, abrocho sus pantalones y vio a John. Este le quito el ojo de encima en una vista al público. Lo que la mujer aprovecho para tomar el cuchillo y guardárselo bajo la manga. Era su venganza, por la interrumpida inocencia de su hijo. Salió de las sillas y camino hacia John, lento, muy lento, no existía lugar para el porcentaje de error. John no tenía atención en ella, la creía inofensiva, una pobre mujer con la vejiga llena. La indefensa se deslizaba a su espalda, mientras el otro pensaba que iba a su lugar. De no ser por la cara de sorpresa y asombro de Eva, John estuviera degollado.

Al ver el rostro de Eva lo supo de inmediato. Si no hacía algo, moriría. Se agacho lo más rápido que pudo, recogiendo las piernas dejando caer su peso sobre sí. El cuchillo alcanzo a hacer un corte superficial arriba de la oreja, varios pelos volaron. John aprovecho el desbalance de esta y empujo con todas sus fuerzas desde sus senos. La mujer cayó de culo. John quiso volver a tomar el control retrocediendo, de tal forma que pudiera apuntar a la chica y al público. Pero ella fue más rápida, mientras John luchaba por incorporarse y tener un buen ángulo para amenazar a las dos partes, esta se arrodillo y se arrojó a él haciendo un grito gutural, parecía un animal, no había más que furia en ella. John no tuvo tiempo de reacción. Clavo el cuchillo arriba de su rodilla, el cuchillo penetro el musculo de John como el grito de la mujer en sus orejas. Apoyo las dos manos y enterró con fuerza. Entre gritos y dolores, visualizo a Reynolds, no podía marcharse sin darle su regalo. Como pudo estiro el brazo y con toda la fuerza que pudo reunir, golpeo la cara de la mujer con el mango del arma. Ambos se separaron. John dio pasos hacia atrás sujetando su pierna y ella cayó al piso sobándose la cara.

-¡HIJA DE PUTA! ¿QUE HAS HECHO? ¡MIRA LO QUE HAS HECHO!- gritaba John, mientras trataba de sacarse el cuchillo con la mano libre. El dolor era insoportable, además, ella todavía no acababa.

No fue suficiente, ella estaba dispuesta a matarlo. Sus ojos brillaban de cólera, la sangre corría por su frente, escurriéndose por la nariz. Se levantó y corrió a John con los brazos extendidos. Se detuvo.

John le apuntaba.

-Un paso más, y habrá un huérfano entre nosotros.

Dio un paso más.

-Piensa en tu hijo. Lo está viendo todo ¿ese ejemplo le vas a dejar, sangre se paga con sangre? Piensa en su futuro, en lo que se convertirá. Y

piensa, en que ya no tendrá madre a partir de hoy.

La mujer se detuvo.

-Puedes calmarte, sentarte y abrazar a tu hijo. O puedes caminar y morir. Tú decides.

Se quedó parada con los ojos clavados en John. Destellantes de ira. Respiro hondo, alzo los brazos y grito lo más fuerte que pudo.

-¡AHHHHHHHHH!

Saco todo el odio que tenía. John cojeo atrás y por primera vez, vio con miedo a un integrante de su público. Quizá porque era un recordatorio de él, a la impotencia que sintió. El no grito, lo guardo todo, y ahora eso lo estaba quebrando.

-Ve con tu hijo- dijo John. Su voz tenía ese tono dulce de comprensión.

La mujer giro y fue a su lugar llorando. Su hijo la esperaba con los brazos abiertos.

Era mucho dolor, la sangre salía, y su público se volvía más hostil, pero tenía que aguantar. Ya casi lo lograba, un empujón más, solo eso. Como pudo, cojeo hasta su silla, se paró delante de ella.

-Vamos a hacer una nueva dinámica. Necesito pluma y papel. ¿Alguien?

Un mesero saco de su bolsillo una pluma, la alzo temerosamente.

-Bien. Falta papel. ¡Es para hoy, rápido!

-Yo tengo- dijo María. Levanto lo que quedaba de la hoja que habían utilizado para repartir el mensaje.

John le hizo una seña al niño. Él lo entendió y tomo la pluma y papel del mesero y María. Se los entregó a John.

-¿Duele?- pregunto el niño señalando la herida.

-Como no te imaginas. Escribe esto.

John le susurro algo al niño y le dijo que pegara el papel en la entrada.

-¿Cómo lo pego, no tengo pegamento?

-Con esto- John saco de su pantalón un paquete de chicles-. Toma uno,

mástícalo y con eso pégalo. Quédate con los chicles.

-Gracias.

Los modales no se pierden. Fue hasta la puerta, mastico el chicle unas cuantas veces, lo saco de su boca cuando se aseguró de que estaba bien salivado. Lo pego y regreso.

-Puedes volver a tu lugar, amigo.

El niño siguió.

-¡No, espera!

-Quiero darte algo- continuo John.

El chaval regreso corriendo con una sonrisa de oreja a oreja. John saco el cartucho de la pistola. Saco otro de su chaqueta y cargo la pistola.

-Toma.

Le entrego el cartucho casi vacío al chico.

-Wow, gracias. Enserio, gracias.

-De nada. Has sido un buen chico. Antes de llevarte eso debes de hacerme una promesa.

-Claro- respondió el niño entusiasmado.

-Promete que serás bueno con tu madre. Que la protegerás y no la harás enojar. Que te portaras bien.

-Prometido- dijo con una sonrisa tímida.

-Te creo. Ve con ella y abrázala.

Estrecharon sus manos con mucho afecto. El niño corrió hacia su madre, cuando llego le dio un fuerte y cálido abrazo. Después le beso el cachete.

-Querido público. Acabamos de entrar a lo que se llama; Último acto. Así que por favor, levántense todos.

Lo hicieron. Dylan se paró con ayuda de María.

-¿Cómo sigues?- dijo María.

-¿Cómo crees?- Dylan hizo lo posible por no apoyar su peso en su pierna mala-. Necesito atención médica.

-Resiste. La policía entrara en cualquier momento. Ya casi termina.

-¿Eso crees?- sus ojos ya no tenían ese brillo de esperanza, estaban apagados, como su voz-. María, ¿no lo ves? Él tiene un plan, ¿Quiénes crees que detendrán las balas?

A ojos de María, Dylan parecía otra persona. Había perdido toda esperanza. Un acto violento te cambia la vida en segundos.

-No Dylan. Saldremos de aquí, todos.

Lento, John fue cojeando alrededor del público hasta quedar a la espalda de ellos.

-Quiero que todos estén muy quietos, no querrán que muera nadie ¿verdad? Aún queda por hacer.

Se paró en medio de Eva y Roy, solo que detrás. Los demás formaban una fila horizontal. Eran los peones, John era el rey. Vio una sombra acercarse a la puerta.

47

Quito sus rodillas del piso. Las golpeo con las manos para quitar el polvo de los pantalones y salió del camión. Los rayos del Sol contrajeron sus pupilas, se llevó la mano a la cara y camino donde se encontraban Carlos y otros dos hombres armados. Su vista se recuperó a medida que caminaba.

-¿Listos?- dijo Reynolds al llegar. Los demás lo vieron no convencidos.

Carlos le tomo del hombro.

-Tienes que ver esto- le señalo la entrada del restaurante-. Toma, échale un vistazo, compadre.

Reynolds tomo los binoculares y enfoco hacia la puerta. Había un papel pegado a ella.

SOLO FREDERICK REYNOLDS

SI NO, MUERTOS.

-Te quiere solo a ti dentro amigo, ¿aceptaras?- dijo Carlos.

Reynolds lo medito un momento.

-Sí. Lleva horas matando gente, habla en serio, si entra alguien más matara a todos los rehenes que quedan. Carlos- ambos se vieron-. Tratare de hacerlo por mi cuenta. No quiero que nadie entre ¿escuchaste? Dame cinco minutos, si en ese tiempo no salgo, entren y acábenlo.

-¿Tengo opción? Si entro antes me mataras a tiros- bromeo Carlos, después se puso serio-. Acaba con su miseria.

-Eso hare. Nos vemos en unos minutos.

Le estrecho la mano a los dos policías. Le tendió la mano a Carlos, pero este la rechazo y le dio un abrazo afectivo. Se despidió de ellos con la mano y fue al restaurante. Las cuentas se saldarían.

-iHey!

Carlos lo alcanzo.

-Para la suerte- le ofreció un revolver 38 plateado.

Reynolds lo guardo en la parte trasera de su pantalón.

48

Se detuvo frente a la entrada. Lo primero que vio fueron los tres cadáveres junto de la puerta, bajo de ellos había un enorme charco de sangre y pisadas con rastros de sangre cerca de ellos. Empujo la puerta y entro. El infierno se había desatado allí dentro. Se acercó al guardia de seguridad, seguía inmóvil en el mismo lugar donde lo dejaron, la chaqueta que le habían amarrado sirvió para poco; se agacho y con sus dedos medio e índice, toco su cuello, muerto. Fue recorriendo el camino con la vista, solo se encontró con más cadáveres y sangre por todos lados, el lugar parecía un matadero. Vio las mesas acumuladas en el rincón, la orina en el piso. Y finalmente, vio a los rehenes, parados en línea a través del lugar. Detrás de ellos había una sombra.

-Me gusta la nueva decoración. Le da un toque...dramático al lugar- dijo la sombra.

Reynolds apunto a la sombra.

-no no no- dijo John juguetón-. Ponla en el piso. Hablo en serio, no

querrás ver algo desagradable ¿o sí?

Bajo la pistola.

-Hazlo lento. Si, así.

Dejo la pistola en el piso.

-Levanta las manos y patéala lejos de ti.

Con su pie izquierdo, la pateo como si fuera un balón de soccer y la envió lejos.

-Muy bien, chico.

La sombra se aproximó y quedo entre Eva y Roy, sonriendo y apuntando a Reynolds.

-Este es un encuentro nostálgico, ¿no piensas decir nada, vergasuelta?

-Libera a los rehenes y acabemos con esto de una vez.

-¿Sacarlos? Eso es imposible. No podemos quedarnos sin público, nadie sabría qué fue lo que paso.

Reynolds noto el cuchillo en la pierna de John.

-¿Publico hostil, huh?

John hizo una mueca.

-Tiene sus altibajos, no me quejo. Me gusta mi audiencia.

-Y bien, John. Estoy aquí dentro, me estas apuntando ¿ahora qué?

-No te apresures, compañero. Tenemos años de no vernos. Primero nos pondremos al corriente. Dime, ¿Te gusto cogerte a mi esposa?

Decir la verdad era la mejor opción. De cualquier manera, no importaba mucho lo que dijera, John lo quería vivo, quería jugar.

-Me encanto. Tenía unas tetas hermosas.

-Las tenía- John pelo los ojos-. Espectaculares. ¿Sabes que más tenía, Reynolds?

Reynolds enarco las cejas esperando respuesta.

John disparo.

-Una hermosa sonrisa.

Lo dijo mientras Reynolds se recuperaba del disparo. La bala dio en el hombro, justo al lado donde el límite del chaleco terminaba.

-Eso fue por cogerte a mi esposa- disparo-. Esto, es por placer.

Reynolds alcanzo a moverse. La bala rozo su otro brazo, dejando una quemadura en su piel y un corte en su camisa.

-Buenos reflejos- dijo John.

El silencio volvió a apoderarse del comedor. John y Reynolds se miraron. Los rehenes seguían en posición de firmes viendo como su salvador era acribillado poco a poco.

-¿No vas a decirles nada, Reynolds? Llevan horas esperándote, y ni siquiera los saludas. Eres un asco, Frederick, ¿Qué puta clase de policía eres?

-No se preocupen, todo estará bien. Saldrán enseguida de aquí- dijo Reynolds.

-No eres un héroe. No eres justicia. No eres el bien. Eres una pequeña bola de mierda que pretende ser un copo de nieve. Observa el puto lugar, lo que ha ocurrido, y te atreves a decirles que todo está bien. ¿iQue crees que va a estar bien!?- la voz de John era un grito-. ¡La esperanza se fue cuando no entraste después del primer muerto! Vamos, diles, ¿iPor qué no lo hiciste, policía de mierda!?

John entro en cólera. Reynolds no tenía arma y estaba herido. Tenía que encontrar una solución rápida sino quería morir con los rehenes. Se arrepintió de haber entrado solo, al parecer, no estaba a la altura de su imagen. Si tan solo hubiera escuchado a Carlos. ¡Carlos! Entonces recordó. Recordó el arma en sus pantalones. La pistola de la suerte. Quién lo diría, ahora era Carlos quien le salvaba el culo.

-No soy la justicia, y no estoy impune, he hecho muchas cagadas, pero mi trabajo es detener a espurios como tú. Alza los brazos, John Digger. Estas bajo arresto.

Reynolds camino hacia él. John se cagaba de risa.

-¿Cómo lo harás, vergasuelta? Yo tengo un arma.

No respondió. Siguió caminando, viéndolo a los ojos y sin dudar. John espero a que estuviera a medio camino. Acabaría con él. No más juegos, no más drama; quería ver su cadáver. Pero también quiera, aunque sea por una vez, ver en la cara de Reynolds el mismo sentimiento que en la suya cuando lo encontró embistiendo a su esposa.

Disparo a su rodilla.

La pierna de Reynolds se dobló, cayó sobre ella con un dolor infernal. Tú te lo buscaste, pensó. Se tragó el dolor y busco el revólver en la parte trasera de su pantalón. John esperaba a que Frederick alzara la cara para volarle los sesos.

-Hora del adiós, socio.

Reynolds saco el revólver, y antes de que John pudiera hacer algo, disparo.

49

La bala trazo una recta que penetro la parte baja del pecho derecho de John. Todo se apagó, todo era sordo. El impacto hizo que diera un paso atrás. Su vista se nublaba por el lagrimal de los ojos. Aun no sentía dolor, solo un calor que crecía desde sus entrañas. Su primer disparo, lucho por no desmayarse. Los gritos de los rehenes y el ruido de sus pasos sonaban lejos, todo era lejano y borroso, veía sombras moverse.

-¡Váyanse de aquí, corran!- grito una de las sombras a lo lejos, era Reynolds. Se disponía a disparar otra vez.

Los rehenes se inquietaron, unos echaron a correr, otros dudaron. Al ver eso y para proteger su vida, John se abalanzo a Eva, que apenas se preparaba para correr. La sujeto del cuello con un brazo y con el otro trato de disparar a Reynolds. Los disparos se perdieron junto con el caos, su vista nublada no lo dejo enfocar. Reynolds se hecho al piso y rodo hasta las mesas, que no estaban muy lejos. Jalo de la parte liza con su brazo y la boto para cubrirse. Se recargo en la mesa y apretó su rodilla, el dolor aumentaba.

-¡ALTO TODOS! ¡UN PASO MAS Y LA CHICA MUERE!- grito John lo más alto que pudo.

Tres personas salieron, ignorando su petición. Los demás se pararon en seco. Dylan había caído y James y María lo ayudaban a levantarse. Los

restantes, presas de la emoción del momento, siguieron corriendo a la entrada. Rick consiguió llegar a la puerta, la empujaba cuando recibió un disparo en la cabeza. Su sangre y viseras se proyectaron en la puerta de cristal. Su cuerpo cayó de frente, dejando la puerta entreabierta.

-¡ES ENSERIO!

Todos se detuvieron. Los que lograron salir fueron el mesero y otras dos personas. El niño y su madre, que se encontraban cerca de la entrada, quedaron paralizados al ver lo que paso con Rick. El chico al fin actuó acorde a su edad, y lloro, su madre lo abrazo y también lloro.

-¡Deja ir a la chica, John!- grito Reynolds-. Esto es entre tú y yo.

-¡Arroja el arma y sal maldito!- respondió John.

Con la rodilla destrozada, el hombro herido, cinco balas en el revólver, contra un hombre armado y furioso. Tus posibilidades de salir victorioso del encuentro se reducen a cero.

-¡Sal, cobarde!

Presiono el gatillo dos veces. Las balas atravesaron la mesa. Un proyectil dio en el extremo, el otro paso a pocos centímetros de la cabeza de Reynolds.

El cuerpo de John se entumecía. Respirar cada vez era más difícil, parecía que el aire no llegaba. Eva tenía las manos aferradas a su brazo. Su temblorina le dificultaba aún más a John a apuntar. Su enemigo no podía moverse, pero se iba a colocar en una posición en desventaja si se movía e iba hasta Reynolds, que lo estaría esperando.

-¡Deja de moverte, maldita sea!- grito a Eva.

La chica reacciono soltando un chillido. Y John tuvo una idea.

-¡Eh, estúpida!- dijo dirigiéndose a María.

Ignorarlo hubiera sido lo mejor, pero no lo pudo evitar. Lo miro en acto reflejo.

-Sí, tu. Mata al policía.

-Ya enloqueció- dijo James.

-¿apenas lo notas?- dijo Dylan.

-Veo que recuperaste el sentido del humor.

-¿iQue hago!?- dijo María, desesperada.

-iHAZLO YA O LE VUELO EL CEREBRO!!

Presiono el cañón contra la cabeza de Eva.

-iAhórcalo hasta la muerte!

María se quitó el brazo de Dylan, dejo a James encargarse de él. Se separó de ellos y avanzo al policía.

-iRápido!- grito John.

No era confiable que María lo matara, pero, al menos, ganaría algo de tiempo. Tiempo que no tenía.

-Detente, chica- dijo Reynolds al tenerla a escasa distancia.

-Lo siento- dijo ella, con lágrimas en los ojos.

-No tienes que hacer esto.

-No. Pero si no, ella morirá. Lo siento. Lo siento mucho- dijo María con un hilo de voz, las lágrimas resbalaban por sus mejillas.-Lo siento.

Estiro los brazos en dirección a Reynolds. Antes de que pudiera tocarlo. Frederick le apunto con el revólver.

-Aléjate.

Parte del brazo de Reynolds salía con el arma de la mesa, a la vista de John.

-Mátalo, no disparara- volvió a presionar con el arma a Eva-. iHazlo!

-Te lo advierto, chica. No avances- dijo Reynolds.

María giro hacia John.

-Va a matarme.

Exacto, pensó John.

-iDispara Reynolds, trata de matarte! Vamos mujer, si no lo matas, esta

muere.

-Ayúdeme, por favor. No quiero morir. Tampoco quiero que ella muera-
dijo María al policía-.por favor.

-Me pones en una situación difícil chica.

John disparo al aire.

-iHazlo maldita sea, mátaló!- disparo al piso, cerca de donde se encontraban.

María volteaba desesperada a todos lados, buscando una señal. No sabía qué hacer. Eva o ella.

El cuerpo se entumecía más, ya no sentía las piernas. Era un milagro que siguiera de pie. La muerte le daba fuerzas. Su paciencia se agotó viendo como María se quedaba parada, no iba a matarlo. Tendría que hacerlo personalmente. Si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo.

-iSE ACABO EL TIEMPO NIÑA!- dijo hecho una furia.

Arrojo a Eva a un lado. Le disparo sin siquiera mirarla. Cojeo a toda velocidad hacia Reynolds, su vista se nublaba otra vez, su cuerpo se apagaba. Disparo a María y a la mesa. Las balas se perdían en el aire junto con John. James se arrojó al piso junto con Dylan. El poco público que quedaba también hizo lo mismo. Cojeo hasta donde María estaba tirada. Tenía a Reynolds de frente, desarmado. Se le había caído la pistola en un intento por retroceder de los tiros a discreción de John, trato de agarrar la pistola lo más rápido que pudo. Los dos se vieron. John hizo una cara extraña, que parecía ser una sonrisa, puso en la mira a Reynolds y balbuceo unas palabras. Hubo tres disparos.

50

Una detonación fue de John, que fallo. Los otros dos fueron de Carlos, que había llegado justo a tiempo y disparado desde la puerta. Uno fue al hombro de John, dándole por un costado y tirándolo al piso de inmediato, el otro disparo fue fallido.

Carlos corrió directo con Reynolds.

-Mírate. ¿Qué te parece si la próxima vez no ignoras mis ideas?

Reynolds sonrió.

-No habrá próxima vez.

-Deja de balbucear. Venga, tienen que revisarte.

-Primero los rehenes. Revisa que estén bien.

Carlos sacó un radio de su chaleco. Habló y en unos segundos un equipo de paramédicos entró. Se levantó, vio a los rehenes.

-Pueden irse, son libres.

No hubo sonrisas, ni siquiera un atisbo de alegría. Solo se limitaron a salir. Carlos se volvió a Reynolds.

-Ya todo acabo. Vamos, hay que sacarte de aquí.

Los paramédicos colocaron a Reynolds en una camilla y se lo llevaron. Su última visión antes de salir del restaurante fue John. Tirado en el piso como vil rata muerta cubierto de sangre, pero vivo.

51

Veintisiete personas formaron parte del público de John. Quince fueron los supervivientes. Al salir del restaurante maldito, los atendieron, les ofrecieron terapia y se les hizo testificar para que los medios de comunicación se informasen para dar su versión de la historia. La tragedia recorrió el mundo, el gobernador del estado incluso habló con las víctimas y dio las condolencias a las familias de los difuntos. Ese mismo día el gobierno informó a través de los medios que se implementarían nuevas reformas sobre la posesión de armas en los ciudadanos y seguridad.

La vida de todos dio un giro ese día. Jamás regresarían a ser como el día anterior. Conocieron la oscuridad de los corazones, que no importa quien seas ni que tan fuerte pienses que eres, puedes quebrarte, y eso no es malo. Somos tan frágiles como una casa de naipes, un soplido puede tirarla y dispersar todas las cartas. Por eso, cuando eso pase, levanta todas las cartas y has una nueva casa, más grande.

Meses después, tras su recuperación. Reynolds anunció su retiro, dejándole a Carlos su posición. Kevin y Daniela siguieron en contacto, incluso salieron durante un tiempo. De vez en cuando, visitaban a Aurora. Aunque sus pláticas se limitaban a ese día, siempre acababan riendo. María nunca volvió a entrar a un local de comida en su vida. Se veía ocasionalmente con Dylan, a quien siempre llamaba en sus ataques de psicosis. Dylan le contó a Linda lo que John sentía por ella, lo recordaba como el señor de las propinas generosas. Siguieron su relación por años, y cuando Dylan por fin se le propuso, por razones que nunca dijo, lo

rechazo.

52

John despertó días después. Recostado en un pequeño cuarto sobre un colchón duro como piedra, con vendas en el brazo derecho, en la pierna y en el pecho. No quiso alzar la cara, no quería ver su cuerpo. El solo hecho de respirar lo llevaba al infierno. Su cuerpo era monitoreado por varias máquinas alrededor de él. Lo había logrado. Había sobrevivido a su último día. Se preguntó que habían dicho los periódicos del día después. La televisión, la radio. ¿Qué medidas nuevas iban a tomar? ¿Qué había cambiado? ¿Cómo se encontraba su público? Pero al final, no importaba, él sabía lo que había hecho y lo que había logrado. Por primera vez, desde que conoció a Alicia, se encontraba en paz.

Escucho la puerta abrirse. Un tipo alto y delgado con anteojos en bata blanca entro.

-¿Dónde estoy?- pregunto John.

El medico ignora su pregunta y reviso las máquinas, después anoto algo en un sujetapapeles de madera.

-No tienes que saberlo. Lo uno que tienes que hacer es recuperarte, en lo que cabe- respondió el medico por fin.

-No entiendo. ¿Por qué me están tratando? Debería de estar muerto.

-No te confundas. Te vamos a tratar esas heridas. Así llegarás como nuevo a tu ejecución.

El doctor dejo el sujetapapeles en la puerta.

-Bien, John. Hasta nunca.

-Espere...doctor. No sea malo y hágale un último favor a este moribundo.

El medico exhalo, cansado.

-¿Qué desea?

-Lápiz y papel.

Agarro una hoja del sujetapapeles y saco una pluma de la bata, se las tendió a John.

-Gracias, buen hombre.

El medico se limitó a regalar una falsa sonrisa para después irse. John tomo la hoja y la pluma con su mano sana y escribió. Cuando termino, dejo la hoja a un lado y se quitó los cables del cuerpo. Cerró los ojos, imaginándose su reunión con su amada esposa.

A quien sea, de preferencia a mi público:

Yo siempre quise ser reconocido, hacer un acto que la gente admirara. Ser visto, es todo lo que anhelaba, no me quería ir como una abeja más de esta gran colmen. Al menos, no fue así. Sin embargo, no quería terminar así, no quería terminar con estas acciones en mi conciencia. Si me enseñasen el video de lo que hice diría que ese no soy yo, ese no era yo. No solo era la enfermedad, eran esos sentimientos reprimidos los que me impulsaron a hacer esto, la enfermedad solo fue una excusa para hacer tal vez lo que siempre quise hacer. Si de algo sirve. Me disculpo. Lamento los destrozos, lamento las muertes, lamento la sangre derramada, pero ese no era yo, les juro que no era yo, aquel monstruo lleno de ira buscador de sangre no era yo, simplemente ese no es mi espíritu. Ahora tendré que pagar, no hay excusa, lo hare. No creo en el karma, ni siquiera creo en el bien y el mal, pero creo en las consecuencias de los actos que elegimos realizar. Bien lo decía el versículo 32:23 "sabad que vuestro pecado os alcanzara".